

LE
MONDE
diplomatique
Aún Creemos en los Sueños



Nuevo libro
Últimos textos de
Luis Sepúlveda
en Le Monde Diplomatique
PDF en venta a \$2.950 en
www.editorialauncreemos.cl

El 25 de octubre y el futuro del proceso constituyente

Lo que se juega en el plebiscito

Por Álvaro Ramis, Dante Castillo, Mario Torres, Luis Eduardo Thayer y Catherine Galaz



Francisca Cerda, Hombres con marco (Bronce), 2014

Covid-19:
¿Cambio o ajuste al modelo chileno?

por César Ross

Piñera y el "pato cojo"

por Libio Pérez

Hace medio siglo:
**Las maniobras para evitar la
presidencia de Allende**

por Jorge Magasich

Violencia policial, los orígenes de la desconfianza

-¿Para qué sirven los artistas?

-La elite burguesa intelectual

-Dossier: Pandemia y turismo

-Cuento inédito de Yan Lianke



LE MONDE diplomatique

Equipo

EDICIÓN CHILENA

Director:
Víctor Hugo de la Fuente

Editor General:
Libio Pérez Zúñiga

Iconografía:
Dominique Monteau

Diseño y diagramación:
Cristián Escobar

Administración:
Ruth Flores
Iván Silva
Freddy Araneda
Consultora en administración
y finanzas: Allende y Montes
Asociados Ltda

Colaboradores:
Clara González
Margarita Iglesias
Federica Matta
Ricardo Parvex
Álvaro Ramis
Gonzalo Rovira
María Emilia Tijoux

Le Monde Diplomatique
Edición chilena
es una publicación mensual de la
Editorial "Aún Creemos
en los Sueños"

Dirección: San Antonio 434
local 14 - Santiago Chile

Teléfono: 22 608 35 24

E-mail:
edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Página web:
www.lemondediplomatique.cl

Venta de ejemplares:
www.editorialauncreemos.cl

Impresión: Copesa

De este número
se imprimieron 8.000 ejemplares

Distribución:
Quioscos: Meta
Librerías: LOM Ediciones

EDICIÓN CONO SUR

Director:
José Natanson

Redacción:
Carlos Alfieri
Creusa Muñoz
Luciana Garvarino
Nuria Sol Vega
Pablo Stancanelli

Le Monde Diplomatique (Francia)

Fundador:
Hubert Beuve-Méry
Presidente del Directorio
y Director de la redacción:
Serge Halimi
Jefe de redacción: Benoît Bréville
Jefes de redacción adjuntos:
Martine Bulard y Renaud Lambert
Encargada de desarrollo y ediciones
internacionales:
Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon,
75013 París Francia
Tél.: (331) 53 94 96 21
Fax: (331) 53 94 96 26
E-mail:
secretariat@monde-diplomatique.fr
Internet: www.monde-diplomatique.fr

Difusión

Ediciones internacionales de
Le Monde Diplomatique

ALBANIA Y KOSOVO. Mensual,
editado por Bota Diplomatike, Eduard
Lir, Nr 50, Ap.10, 10000 Prishtina,
Kosovo. 500 ejemplares
(Friedrich

ALEMANIA. Die Tageszeitung.
(Friedrichstraße 21, 10969 Berlín);
80.000 ejemplares, supl. mensual.
www.monde-diplomatique.de

BRASIL. Palavra Livre (Rua Araújo
124, São Paulo); 30.000 ejemplares,
mensual.

BULGARIA. Les Amis du Monde
diplomatique. (Rakovski 78, 1.000
Sofía); 6.000 ejemplares, suplemento
de Duma.

CHILE. Editorial "Aún Creemos en los
Sueños" (San Antonio 434, Local 14,
Santiago); mensual, 8.000 ejemplares.
www.lemondediplomatique.cl

COLOMBIA. Tebeo Comunicaciones
S.A. (Avenida 19, N° 4-20, Bogotá);
6.000 ejemplares, mensual.

COREA DEL SUR. Sociedad Le
Monde Corea. (Seúl); 5.000
ejemplares, mensual.

ESLOVENIA. Novinarski Klub.
(Tavcarjeva 15, Ljubljana, Eslovenia);
1.000 ej., mensual.

ESPAÑA. Ediciones Cybermonde SL.
(Aparisi i Gujjarro N° 5, 2º, 46003,
Valencia); 30.000 ejemplares,
mensual.

GRECIA. Avgi. (Agiou Konstantinou
12, 10431 Atenas); 10.000
ejemplares, suplemento semanal.
www.monde-diplomatique.gr

HUNGRÍA. Edición electrónica
difundida por Közép-Európai
Fejlesztési Egyesület, Múzeum u. 7.
Kossuth Klub, Budapest).
www.magyardiplo.hu

INDIA. Hard News. (Gautam Nagar
110049, Nueva Delhi); 40.000
ejemplares, suplemento mensual
en inglés.

IRÁN. Sedaye Adalat. (60/6 rue
Sarve, Ave Vali Asr, Teherán); 5.000
ejemplares, suplemento mensual.

IRLANDA. Village. (44 Westland
Row, Dublin 2); suplemento semanal
en inglés.

ITALIA. Il Manifesto. (via Angelo
Bargoni 8, 00153 Roma); 49.000
ejemplares, suplemento mensual.

LUXEMBURGO. Tageblatt. (44, rue
du Canal, 4050 Esch-sur Alzette);
30.000 ejemplares, suplemento
mensual en alemán.

**GRAN BRETAÑA Y MUNDO
ANGLÓFONO.** Edición mensual, 5.000
ejemplares
https://mondediplo.com.

MUNDO ÁRABE. La versión árabe es
editada por la Sociedad Nouvelles
Presses disponible por suscripción
(www.editionarabediplo.com);
publicada en varios diarios de Medio
Oriente, el Golfo y el Magreb.

NORUEGA. Diplo AS. Distribuido
en Noruega, Suecia, Finlandia y
Dinamarca por la Sociedad (Le Monde
diplomatique Norge AS, Postboks 33
Grefsen, 0409 Oslo); Mensual 25.000
ejemplares www.lmd.no

POLONIA. Livres et presse.
(Rue twarda, 60, Varsovia); 10.000
ejemplares, mensual.

PORTUGAL. Cooperativa Outro
Modo, Rua Febo Moniz, n° 13, R/C,
1150-152 Lisboa; 4.000 ejemplares,
mensual.

RUSIA. Asociación Le Monde
diplomatique rusa. Kakhovka
9-1-176, 113303, Moscú;
ru.mondediplo.com.

SERBIA. Mensual, l'hebdomadaire
Nedeljnik. 20.000 ejemplares.
www.nedeljnik.rs

SUIZA. El semanario
Wochenzeitung. (Hardturmstrasse
66, Postfach 8031, Zurich); 20.000
ej., suplemento mensual.

TURQUÍA. Suplemento mensual del
diario Cumhuriyet. Empresa Yeni
Gün Haber Ajansı Basın ve Yayıncılık
Anonim Şirketi, oficina principal
Prof Nurettin Oktem Sok. No: 2 Şişli,
Estambul. 50.000 ejemplares.

VENEZUELA. (Cuarta av. Res Unión,
Torre B. Local E y F, Caracas),
5.000 ejemplares.

EN INTERNET
Chino: http://cn.mondediplo.com
Esperanto: http://eo.MondeDiplo.com
Inglés: http://MondeDiplo.com
Japonés: www.diplo.jp

Le Monde diplomatique se difunde
en 22 idiomas en sus 31 ediciones
internacionales
https://www.monde-diplomatique.fr/
diplo/int/

Aviso:

Al cierre de esta edición la librería *Le Monde Diplomatique*
se mantiene cerrada hasta nuevo aviso.
Adquiera las ediciones digitales en PDF del periódico y los libros.
Más económicas, envío inmediato por mail.

Compre en:

www.editorialauncreemos.cl

Calendario de fiestas nacionales 1 al 31 de agosto

1 Benín	Independencia	9 Singapur	Fiesta Nacional	20 Hungría	Fiesta Nacional
2 Suiza	Fiesta Nacional	10 Ecuador	Fiesta Nacional	24 Ucrania	Fiesta Nacional
3 Macedonia del Norte	Fiesta Nacional	11 Chad	Independencia	25 Uruguay	Independencia
5 Burkina Faso	Fiesta Nacional	15 Congo	Fiesta Nacional	27 Moldavia	Independencia
6 Bolivia	Fiesta Nacional	17 Liechtenstein	Fiesta Nacional	31 Kirguistán	Independencia
7 Jamaica	Independencia	17 Gabón	Independencia	Malasia	Independencia
7 C. de Marfil	Fiesta Nacional	19 Indonesia	Independencia	Trinidad y Tobago	Independencia



UdeSantiago
Radio

SOMOS TU RADIO UNIVERSITARIA

99.5 FM - WWW.RADIOUSACH.CL

Suscríbese a Le Monde Diplomatique y sus libros mensuales

Suscríbese con pago automático (PAT) y reciba cada mes
Le Monde Diplomatique más un libro por \$4.900 mensual.

Periódico y libro en versión digital por \$4.300 mensual
con Pago automático con tarjeta

Teléfono: 22 608 35 24

<https://editorialauncreemos.cl/producto/suscripcion-periodico-libro-mensual/>

Editorial "Aún Creemos en los Sueños"

La Editorial "Aún Creemos en los Sueños" publica
la Edición chilena de *Le Monde Diplomatique*
Director: Víctor Hugo de la Fuente

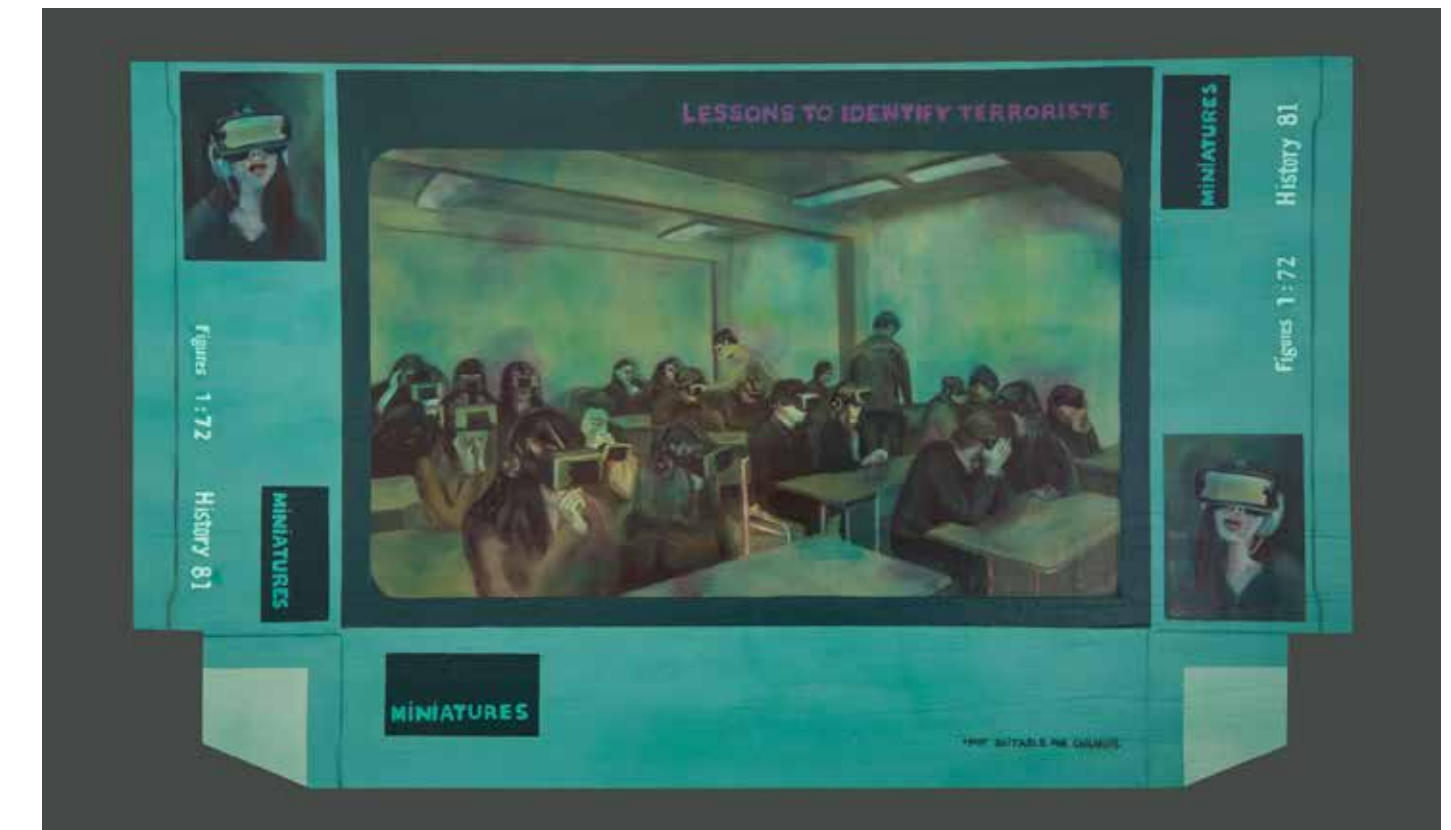
San Antonio 434 - local 14 - Santiago-Chile
Tél.: (56) 22 608 35 24
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl

¿La guerra de veinte años?

por Serge Halimi*

Los soldados estadounidenses que hoy parten a luchar en la guerra de Afganistán todavía no habían nacido cuando comenzó. En 2012, Donald Trump ya había llegado a la siguiente conclusión: “Es hora de partir de Afganistán” (1). No parece que vaya a conseguir mejores resultados que su predecesor Barack Obama en ese sentido. De hecho, cada intento de desmovilizar militarmente a Estados Unidos de algún país –Siria, Libia, Corea, Alemania– genera revuelo en Washington. Cada vez que esto sucede el lobby de la guerra protesta: ¡Cuidado con los rusos! ¡Ahí vienen los rusos! Poco importa que el presupuesto militar de Estados Unidos (738.000 millones de dólares en 2020) sea diez veces superior al de Rusia, basta con agitar el cascabel de Moscú para que republicanos y demócratas expresen su pavor a los gritos. Y cuentan con el apoyo editorial de *The New York Times*.

El 26 de junio, el periódico neoyorquino publicó una filtración de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), según la cual Rusia habría pagado una serie de primas a insurgentes afganos para que maten a soldados estadounidenses (2). Ahora bien, todos recordamos que el mes que precedió a la guerra de Irak *The New York Times* había jugado un papel decisivo en la diseminación de mentiras relativas a las “armas de destrucción masiva” de Saddam Hussein (3). La psicosis antirusa de este gran diario liberal salta a los ojos de todo aquel que escriba los términos “Rusia” o “Putin” en su buscador de Internet. La primicia afgana –de la cual *The New York Times* ya parecía dudar apenas ocho días después de haberla revelado...– esconde otras cuestiones. ¿A quién beneficia la “información” en el momento en que el retiro de las últimas tropas estadounidenses parecía casi decidido? ¿Tiene razones para indignarse Estados Unidos de que uno de sus adversarios decla-



Mariana Najmanovich, Funny Games III (óleo sobre tela), 2017 (Gentileza Galería Aninat - www.mariananajmanovich.com)

rados ayude a insurgentes afganos cuando su propio aliado, Pakistán, hace lo mismo hace mucho tiempo, y cuando los propios estadounidenses, entre 1980 y 1988, les mandaban armas sofisticadas a los mujahidines en guerra contra Moscú, gracias a las cuales mataron a miles de soldados soviéticos? Finalmente, ¿cómo explicar que el periódico de Nueva York, que no perdió la oportunidad de ofrecernos extensos y conmovedores perfiles de los tres *marines* supuestamente víctimas de las “primas rusas” –uno lucía un gran bigote y era fisicoculturista, al otro le encantaba vol-

ver a ver *Star Wars*, el último adoraba a sus tres hijas–, haya “olvidado” informarnos que otra agencia de inteligencia estadounidense, la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, en inglés), no le daba la más mínima verosimilitud a la primicia de la CIA (4)?

A pesar de todo, el 1º de julio último, una amplia coalición parlamentaria, conformada por demócratas y republicanos, se basó en las “revelaciones” de *The New York Times* para poner trabas al retiro estadounidense de Afganistán. Ahora bien, qué duda cabe de que la mejor forma de evitar que soldados extran-

jeros sigan muriendo en aquel país sería justamente que dejen de estar allí. ■

1. Twitter, 27-2-12.
2. “Russia offered afgans bounty to kill U.S. troops, officials say”, *The New York Times*, 27-6-20.
3. Véase “Fake News, une fausse épidémie?”, *Manière de voir*, París, agosto-septiembre de 2020.
4. “NSA differed from CIA on Russia bounty intelligence”, *The Wall Street Journal*, Nueva York, 1-7-20.

*Director de *Le Monde diplomatique*.
Traducción: Heber Ostroviesky

Piñera y el “pato cojo”

por Libio Pérez*

La misma noche del 15 de noviembre cuando fue suscrito el acuerdo constituyente, asomó la primera fisura en el campo oficialista, tanto en el gobierno como en la alianza Chile Vamos. No había acuerdo sobre “entregar” la Constitución de 1980, cuestionada por masivas movilizaciones populares que mantenían en jaque a La Moneda. El sector “duro” de la derecha (también bautizado por el propio sector como “Los halcones”), pujaba por endurecer la represión, dictar el Estado de Sitio y producir una regresión autoritaria que no estaba del todo diseñada. El presidente Sebastián Piñera, sin embargo, optó por abrir un cauce institucional a la crisis y accedió a convocar un plebiscito que definiera el camino para elaborar una nueva carta. En ese mismo momento, entregó al Congreso la iniciativa política y radicó ahí las más importantes decisiones.

No era la primera vez que Piñera se enfrentaba a un escenario en el que tenía que ceder. Apenas unos días antes, La Moneda vio cómo crecía el poder desde los municipios; de hecho, una amplia coalición de al-

caldes ponía presión con la puesta en marcha de una masiva consulta sobre el cambio de la Constitución, que terminó haciendo mella en La Moneda. Ya entonces se apreciaba la actuación común de alcaldes opositores con ediles de derecha, que más adelante, con la llegada de la pandemia, volvería a actuar. Anticipadamente, Piñera comenzó a perder poder cuando recién estaba en la mitad de su mandato.

La historia de cómo Piñera adelantó su “año del pato cojo”, indicará que en cada episodio en el que La Moneda necesitaba de la unidad de su bloque oficialista –en el Congreso y entre los partidos de Chile Vamos– solo encontró conflictos que no pudo resolver y derrotas que no pudo evitar. Así sucedió con votaciones importantes, como el carácter paritario de la constituyente, el rechazo de los alcaldes al regreso del funcionamiento de las escuelas en abril, la ley del posnatal de emergencia, los cuestionamientos desde su propio sector a las medidas de ayuda a la población afectada por la pandemia, la falta de empleo y el hambre, la imposibilidad de usar el veto presidencial o recu-

rrir al Tribunal Constitucional, hasta llegar a las votaciones en ambas cámaras que dio curso al retiro del 10 por ciento de los fondos de las AFP. La derrota más profunda que haya recibido hasta ahora.

Este último episodio produjo el radical cambio de gabinete del 28 de julio, que afectó a su equipo político, el cual ya había cambiado apenas unas semanas antes, cuando además tuvo que remover al ministro de Salud por su ineficiente y errático trabajo para combatir la pandemia. Para resolver el problema, Piñera y sus asesores –entre ellos el omnipresente Cristián Larroulet– optaron por descabezar a Renovación Nacional y neutralizar a su presidente, Mario Desbordes, quien mantenía una postura crítica ante las medidas del gobierno y además estaba confrontado con el ala más conservadora de su partido, representada por Andrés Allamand, quien también entró al gabinete.

Pero lo más importante es que el timón del equipo político lo asumió el ahora ex senador Víctor Pérez, vinculado a la ultraderecha desde que fue alcalde designado del general Pinochet en la década de los 80, acérri-

mo defensor de las forestales y del empresario rural de la Araucanía, y declarado partidario de mantener la Constitución de 1980.

El nuevo gabinete es partidario del “rechazo” en el plebiscito y de mantener la actual Constitución, no cree en el camino institucional que lleva a una nueva carta magna, por lo que no hará otra cosa que endurecer el escenario. Piñera optó por ordenar su campo, en vez de conducir al país hacia la superación de la crisis donde la democracia y su profundización sean las herramientas principales.

Piñera está en una pendiente que acelera su pérdida de poder, y que solo podrá revertir si consigue éxitos tan contundentes como sus derrotas, en las siete próximas elecciones que tiene por delante.

Las oposiciones tendrán que aprender de estos episodios y sacar sus lecciones, hacer una propuesta seria que aglutine las voluntades y retomar la iniciativa, que hoy –con sus problemas, contradicciones y conflictos– sigue estando en el campo oficialista. ■

*Editor general de la edición chilena de *Le Monde diplomatique*

Plebiscito y proceso constituyente en Chile

Lo que se juega el 25 de octubre

por Álvaro Ramis*

El plebiscito del 25 de octubre se encuentra a menos de tres meses. En medio de una cuarentena en plena vigencia, la discusión que atraviesa este momento constituyente abarca muchos dilemas simultáneos, ligados al desarrollo práctico del acto electoral mismo, como también a su significado político de fondo.



Coco González Lohse, Ahora (Óleo sobre cartón entelado), 2020 (Gentileza Galería Isabel Croxatto)

Un elemento procedimental de primera urgencia es garantizar un plebiscito seguro, que permita la participación en medio de las condiciones de incertidumbre y desconfianza que se han instalado en medio de la pandemia. Para ello es necesario dar a las condiciones de salubridad un papel central, dando amplitud a los locales de votación, e incluso, permitiendo la extensión horaria, para evitar aglomeraciones, manteniendo la distancia social requerida.

Pero el aspecto procedimental verdaderamente crucial, y más disputado en este momento, radica en cambiar el voto voluntario por uno obligatorio. Este criterio es tan importante porque será vital para asegurar la participación y la legitimidad del proceso. Este aspecto es fundamental ya que este proceso electoral es el resultado de la enorme inestabilidad generada luego del estallido social iniciado el 18 de octubre de 2019. Ante ese momento, abierto hasta ahora en la conciencia colectiva del país, la única respuesta institucional ha sido el “acuerdo por la paz y una nueva Constitución”, del 15 de noviembre de 2019, que estableció que el plebiscito de entrada sería con voto voluntario. En cambio, consideró que en caso de que exista un plebiscito de salida, para aprobar o rechazar el nuevo texto constitucional, esa votación sí sería con voto obligatorio.

Es evidente que garantizar por medio del plebiscito una salida institucional al estallido social es un recurso fundamental. Durante las últimas décadas se demostró que con el voto voluntario la abstención se incrementó de modo exponencial. En un contexto, de gran incertidumbre general, la abstención se puede interpretar siempre

de múltiples formas, por lo cual los efectos buscados en el acuerdo de noviembre de 2019 no se lograrían, permaneciendo abierto el punto central del conflicto social, de forma permanente. La única manera de superar esta situación es acudiendo a la voluntad popular para dirimir.

El fondo de la disputa

Más allá de estos elementos de la implementación del proceso, es necesario resaltar algunos puntos que explican lo que vamos a vivir. El proceso constituyente es resultado de la presión social. Se trata de hacer posible el cambio de las instituciones centrales de la sociedad mediante la actividad de la sociedad misma. No de todas las instituciones de la sociedad, sino de las que definen las relaciones de poder político.

Como es evidente, quienes ejercen roles dominantes nunca ceden sus privilegios de forma voluntaria. El plebiscito constituyente, independientemente del curso que tome o del punto al que arribe, no ha sido una iniciativa o una dádiva del gobierno. Es el fruto de la enorme demanda generada por décadas, y que llegó a su punto de no retorno en octubre de 2019. Los que no han sido parte del pacto político de las últimas décadas han obligado a que se les haga parte, generalizando sus demandas particulares, hasta encontrar en la apertura a un proceso de cambio constitucional un momento instituyente de lo que hasta ese momento estaba prohibido. Se trata por lo tanto de un proceso de emancipación, que reivindica derechos universales, a partir de la articulación de las demandas sectoriales.

La instauración y reconocimiento de derechos y deberes políticos siempre se expresa en medio de una relación conflictiva.

En este proceso los actores involucrados no poseen poder simétrico ni fuerza equitativa. La disputa ideológica expresa una correlación donde los derechos que se buscan alcanzar son negados con fuerte resistencia de quienes los deniegan. Para que el conflicto se resuelva, la legitimidad social es el factor determinante.

No regreso a punto cero

Ya no es viable pensar un regreso a un punto cero, a una forma de “nueva normalidad política”, ya que desde octubre del 2019 el país ya ha vivido un primer momento constituyente, irreversible en los hechos. El estallido social ha consolidado un “mandato constituyente originario”, que se enfrentó de modo radical a la Constitución de 1980. Es ese acontecimiento el que otorga validez y legitimidad del mandato ciudadano, frente a la facticidad del orden vigente.

Ello presupone que Proceso Constituyente es posible porque vivimos una radical crisis de legitimidad política, profunda y generalizada. En la historia han existido otros momentos de este tipo, que como un claroscuro político, preceden a un cambio, imposible de detener pero que a la vez, sin que se pueda percibir su carácter y profundidad. El “problema constitucional” no terminará mientras la legitimidad social de orden constituido y vigente no alcance mínimos de aceptabilidad social. El síntoma de la resolución del conflicto será un incremento, por parcial que sea, en la confianza en las autoridades e instituciones. Por eso se debe generar las condiciones para una participación efectiva desde el plebiscito del 25 de octubre, que incluya la oportunidad de los ciudadanos de participar en la discusión política y de encontrarse en la

posición de influir de forma clara y real la elección pública durante todo el proceso constituyente.

Una descripción que parece adecuada la propuso Hegel, al describir las transformaciones políticas de su tiempo. El filósofo prusiano describe un mundo que se derrumba “pedazo a pedazo”: “Así, el espíritu que se forma madura lentamente y en silencio hasta su nueva figura, desintegra pedazo a pedazo el edificio del mundo que lo precede; la conmoción del mundo la indican tan sólo síntomas esporádicos; la frivolidad y el aburrimiento que invaden lo que todavía subsiste, el presentimiento vago de algo desconocido, son los signos que anuncian algo distinto que está en marcha. Este resquebrajamiento continuo que no alteraba la fisonomía del conjunto se ve bruscamente interrumpido por la salida del sol que, en un relámpago, dibuja de una vez la forma del nuevo mundo” (1).

El punto crítico radica entonces en abrir con fuerza la puerta del proceso: el plebiscito del 25 de octubre de 2020. Se tratará de un momento político de profunda importancia, ya que revelará la existencia de una legalidad formal que se verá desafiada simbólicamente por una nueva legitimidad democrática, que cuestionará su capacidad de obligar y sancionar. Pero cuidado: se trata de uno de estos momentos en que la historia entra en fases de incerteza, en las que se cumple el aforismo de Gramsci: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”. ■

1. Hegel, F. (2006) *Fenomenología del Espíritu*, Pre Textos, Valencia, prefacio p. 12.

*Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Expectativas moderadas, incredulidad y movilización social permanente

La educación y el proceso constituyente

por Dante Castillo* y Mario Torres**

Desde la perspectiva del sistema educativo, el plebiscito nacional, denominado oficialmente Plebiscito Nacional 2020, que la crisis sanitaria del Covid-19 postergó para el 25 de octubre del año en curso, será un hecho celebrado, pero insuficiente para satisfacer la profundidad y la variedad de problemas que afectan al modelo educacional chileno. Esta afirmación es una constatación sostenida en el discurso y acciones que permanentemente han y están levantando los actores educacionales.

Es muy importante recordar que luego del estallido social de octubre de 2019, tanto el movimiento estudiantil como el Colegio de Profesores y Profesoras de Chile, a través de sus representantes y vocerías, se declararon partidarios del mecanismo de la asamblea constituyente. Al mismo tiempo, también es preciso considerar que el actual proceso constituyente, fue propuesto por un acuerdo entre las cúpulas de la mayoría de los partidos políticos chilenos y el gobierno de Sebastián Piñera. Este pacto, anunciado el 15 de noviembre de 2019, tras un mes de protestas populares en todo el país, fue visto, desde la perspectiva de los representantes educacionales, como una estrategia desesperada de las elites políticas nacionales, para reposicionarse y para proporcionarle oxígeno al acorralado sistema político. De hecho, el nivel de desconfianza ha sido tan alto, que muchas organizaciones de la sociedad civil y de la esfera educacional, luego de la ratificación del pacto y propusieron un itinerario, han llamado a marcar el voto con las letras A.C. de Asamblea Constituyente.

Se derrite el pacto

Originalmente, el sentido del pacto firmado el 15 de noviembre, fue acordado por el sistema de partidos y el gobierno, para terminar con la Constitución del 80 y llamar a la elaboración de un nuevo documento rector. Sin embargo, a los pocos días y luego de las reinterpretaciones de la dirigencia partidaria, especialmente de los partidos de derecha, una vez más aparece la tendencia chilena de borrar con el codo los acuerdos del día anterior. Nuevamente, con el foco mediático en el parlamento y en las sedes partidarias, finalmente se releen los pactos y se acuerda un itinerario con el objetivo de determinar si la ciudadanía está de acuerdo con iniciar un proceso constituyente, para generar una nueva Constitución y determinar el mecanismo para dicho proceso. En síntesis, a los pocos días el pacto original se desintegra o al menos se derrite.

En la forma, el proceso constituyente que se iniciará en octubre de 2020, es celebrado por los partidos políticos, ubicándolo en un lugar de hito histórico trascendental. Desde esa lectura hegemónica, este hecho es visto como el primer plebiscito nacional chileno desde 1989, cuando se

realizó el referéndum donde se aprobaron reformas a la Constitución Política de la República, promulgada en 1980, durante la dictadura cívico militar representada en la figura de Augusto Pinochet. Por lo tanto, el plebiscito de octubre de 2020, es considerado como el primero –y hasta el momento el único– celebrado durante los gobiernos democráticos que siguieron al régimen de Pinochet, y durante el siglo XXI. Sin perjuicio de la veracidad del argumento anterior, en el fondo, la diversidad de actores e instituciones educativas del país celebran con moderación, pues, desde hace más de 10 años se encuentran manifestándose activamente por una nueva Constitución que refleje sus opciones políticas y represente sus intereses de participación y transformación de corto, mediano y largo plazo. Aunque no se exprese directamente, el movimiento social no ha perdido la desconfianza en el sistema de partidos políticos.

El Estado subsidiario

La mayoría de las sensibilidades, organizaciones y ciudadanía que se ha movilizado por los cambios estructurales del actual modelo económico, cultural y educativo, comparten la premisa que la Constitución del 80 no es compatible con las demandas sociales. No obstante, quienes, a la fecha, apoyan el rechazo a la nueva Constitución, aseguran que con algunas reformas el actual texto, puede satisfacer cómodamente la diversidad de las demandas de la ciudadanía. La idea que está detrás de estas posiciones dice relación con el hecho de creer, o al menos sostener públicamente, que la Constitución es un documento neutro y puede representar a la totalidad de identidades y posturas políticas. Pero los hechos desmienten esta opinión. Por la consistencia que otorga la historia reciente, es posible ver cómo de manera persistente, los fallos del Tribunal Constitucional refutan empíricamente la idea romántica y decimonónica de una redacción constitucional neutra. En los últimos años, de manera consistente los miembros del Tribunal Constitucional han impedido reformas sustantivas, argumentando que ellas contradicen la carta fundamental. Solo este hecho confirma que la constitución no es neutra y que, por el contrario, tal como se advierte en el documento vigente, se promueve explícitamente un Estado subsidiario que, por principio, considera servicios privados aquello que en otras constituciones se considera como derechos sociales.

Por ello, la actual Constitución y los ajustes que se le puedan introducir a un nuevo documento constitucional que no atienda las transformaciones de fondo, no será compatible ni representativa de las demandas sociales, ni de los cambios educativos que los estudiantes de la enseñanza secundaria levantaron en el año 2006.

Inmersos en un sistema educacional tan *sui generis* y extravagante como el chileno,

sostenido en la actividad privada y ajustado a las leyes de la oferta y la demanda, ningún cambio podría ser viable sin una Constitución que elimine la opción por un Estado subsidiario. En Chile, todas las instituciones educativas, escolares o de educación superior, operan con la misma lógica e intranquilidad que tiene cualquier empresa del sector productivo, sea esta una fábrica de zapatos o de publicidad. De la noción de Estado subsidiario incorporado en la actual Constitución, surge la disputa por captar estudiantes dispuestos y con posibilidad para pagar por los servicios y productos ofrecidos. Desde hace al menos 30 años, que nuestra sociedad perdió la distinción entre las nociones de “clientes” de una empresa privada y de “estudiantes” de un centro educativo. Cualquier cambio a esta lógica mercantil, será torpedeada por la actual Constitución y su brazo armado legal, el Tribunal Constitucional.

En este escenario, al analizar el discurso de buena parte de los actores educacionales, especialmente los del estudiantado y del profesorado, se advierte una actitud incrédula y una moderada expectativa. Se duda de la capacidad que tendrá el sistema de partidos políticos para superar la estrategia de los acuerdos y reconocer que la política es un campo de batalla donde siempre hay derrotados y ganadores ideológicos. Una de las más importantes contribuciones que han hecho los estudiantes y los profesores movilizados por los cambios de fondo, desde el año 2006, es la capacidad para mostrar que las pérdidas y ganancias que se obtienen en la confrontación política, son ideológicas y no simplemente electorales. Las críticas, protestas y berrinches de los actores educativos movilizados, están acorralando de tal manera a la clase política que está por los cambios, que, le están brindando la posibilidad de terminar con la transición política y la política de los acuerdos. Los actores educativos pueden despertar el coraje adormecido de una elite política acostumbrada y sometida a la lógica de la negociación y al coitus interruptus.

El papel movilizador

La constitución no es ni será neutra. Independientemente de los mecanismos y de la profundidad de los ajustes que se le introducirán al nuevo documento constitucional. Al final, siempre encontraremos ganadores y perdedores.

Pero, lo más probable es que en cuanto que se levanten las restricciones sanitarias, nuevamente el sistema político se encontrará con las y los estudiantes en la calle. Ellos continuarán, a su modo, lavando la cara de nuestras culpas, vergüenzas y complicidades. En los meses que vienen, volveremos a escuchar sus gritos persistentes, para hacer públicas sus exigencias y sus demandas. Para cuestionar los pilares del modelo de mercado heredado desde la dictadura de Pinochet. El estudianta-

do y el profesorado chileno no solo ha sido la chispa que ha encendido la indignación nacional, es también el principal actor social que, movilizado, le define la agenda a las autoridades políticas, administrativas y culturales de todos los sectores del país. El estudiantado y el profesorado son el único actor social que ha cuestionado y ha propuesto cambiar los pilares de la larga transición neoliberal de 30 años. Ni el sistema de partidos políticos o el cultural, ha logrado hacerse sentir y ganar la legitimidad y la hegemonía suficiente, para seducir y movilizar a la ciudadanía.

Solamente el movimiento educacional organizado podrá empujar al sistema político y cultural de Chile, para terminar con esta sociedad melancólica, cuyos lineamientos generales siguen anclados al diseño impuesto por la Constitución política del 80. Sólo con la vigilancia de los actores educativos, se pasará de una democracia de baja intensidad imbuida por la lógica del “transformismo”, denunciado hace más de 25 años por el premio nacional de ciencias sociales, Tomás Moulian.

En ningún caso, la afirmación anterior es voluntarista, pues hace más de 10 años la educación ya experimentó su reforma constitucional. Es importante recordar que luego de tres años de movilizaciones, finalmente en el año 2009 se terminó con la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE). Una ley promulgada por Pinochet, cuatro días antes de entregar el poder, dejó al Estado en un rol regulador, delegando gran parte de la enseñanza al sector privado. Tras las movilizaciones de estudiantes secundarios, el documento es reemplazado por la Ley General de Educación. Pero, analizando objetivamente los efectos de este nuevo marco jurídico y normativo, pese a las emocionadas manifestaciones de los representantes políticos de la época, su promulgación no trajo cambios significativos a la normativa anterior ni menos, al complejo ideológico que hasta la fecha sostiene a la educación de mercado.

En síntesis, las movilizaciones y las demandas por el cambio y el término de la transición a la plena democracia, mantendrá en jaque al rol subsidiario del Estado y al modelo de desarrollo neoliberal, dejando en un incómodo segundo plano a nuestro sistema de partidos políticos. Todo indica que, desde la perspectiva de los actores educacionales, el proceso constituyente, conducido por una elite política gubernamental resistente a la democracia y por una oposición enajenada por las discusiones tecnocráticas y formalistas, será sin duda acompañada por una moderada expectativa si no es acompañada por una permanente movilización de los actores educativos. ■

*Investigador PIIE

**Vicerrector de la Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Vinculación con el Medio. UTEM.

Proceso constituyente y migración

Otra ciudadanía para un nuevo Estado

por Luis Eduardo Thayer* y Catherine Galaz**

El proceso constituyente abierto en Chile el 15 de noviembre de 2019, ha puesto sobre la mesa dos factores de tensión entre el Estado y la migración actual. El primero tiene relación con los derechos políticos y la participación de las personas migrantes en los procesos de configuración del poder; la que se encuentra sujeta a condiciones específicas. La segunda más de largo alcance se sitúa en uno de los núcleos centrales de la discusión constituyente: la definición de lo que entendemos por ciudadanía y, por tanto, de uno de los fundamentos de la concepción de Estado que pensamos construir.

La primera tensión quedó en evidencia en el momento en que la comisión técnica encargada de redactar la reforma constitucional que habilitaría la convocatoria al plebiscito, elaboró un texto que excluía por defecto a los/as extranjeros/as. El artículo señalaba que en el plebiscito la “ciudadanía” participaría emitiendo dos votos, uno con las opciones apruebo o rechazo y otro con el tipo de convención constitucional. El hecho de convocar nominativamente a la “ciudadanía” excluía por defecto a los/as extranjeros/as puesto que la Constitución vigente, se reconoce como tal sólo a las personas nacidas en Chile. A pesar de que la propia Constitución otorga derecho a sufragio a los/as extranjeros/as “avecindados/as” por más de cinco años, la reforma los excluía por no haber nacido en el país. Ante ello, el Servicio Electoral (Servel) actualizó en primera instancia un padrón excluyendo a todos/las los/as extranjeros/

as, incluso a aquellas personas habilitadas para sufragio en comicios municipales. Ante el reclamo de las organizaciones de migrantes, pro migrantes y el mundo académico, además de la aclaración de los distintos agentes políticos respecto de que no había existido en la reforma una voluntad explícita de excluir a las personas migrantes como votantes, el Servel debió rectificar el padrón incorporando a aquellos/as con más de cinco años de avecindamiento en Chile.

Posibles candidaturas

Por otro lado, en relación a los derechos políticos lo que hoy se encuentra tensionando el escenario de definición constituyente, es la participación de residentes extranjeros/as como posibles candidaturas al órgano constituyente. La Constitución vigente exige a los/as extranjeros/as una moratoria de cinco años luego de haber obtenido la nacionalidad chilena para poder optar a ocupar cargos públicos de representación popular. Vale decir una vez que reciben la carta de nacionalidad deben esperar un periodo largo para postularse a un cargo de esa naturaleza. Este requisito ha generado la preocupación de las organizaciones migrantes que aspiran a parti-

cipar en el proceso constituyente no solo como electores sino también como potenciales miembros electos. La propuesta que han levantado apunta razonablemente a establecer el mismo criterio existente para participar como electores que para ser miembros de la constituyente: esto es, cinco años de residencia en el país.

Esta segunda discusión aún está abierta, pero su participación puede estar justificada en diferentes sentidos: por un lado, la convención constituyente o mixta que se desarrolle en caso de ser la opción ganadora del plebiscito, tendrá un carácter transitorio y no permanente como otros órganos del Estado y, por tanto, es una entidad inédita en el país que requiere ser pensada en cuanto a su conformación; que los procesos constituyentes implican un debate de derechos que tenga un carácter lo más representativo de diversos sectores de las sociedades, y las personas migrantes en Chile actualmente no podrían quedar fuera. Sería en cualquier caso, poco pertinente y antidemocrático que en virtud de algún criterio administrativo o burocrático se resolviera este asunto político, excluyendo nuevamente por defecto a las y los residentes extranjeros de largo plazo.

Otra cara de la exclusión

Estas tensiones en torno a los derechos políticos de los/as extranjeros/as han permitido visibilizar otra cara de la exclusión de migrantes que no se debe a factores sociales o económicos, derivados de la discriminación social o el racismo, sino que son consecuencia de la reproducción social y política de los principios constitutivos del Estado y la democracia. Si los/as migrantes quedan excluidos/as por defecto de procesos políticos diseñados para la “ciudadanía” -cuestión que dicho sea de paso afecta también a parte importante de los programas sociales “generales”- estamos en presencia de una forma de exclusión que va más allá de la voluntad de los/las agentes y que no es producida directamente por su acción, sino que es efecto de la reproducción inercial de prácticas y normas que son constitutivas de la organización de la sociedad y que por definición son excluyentes de los/as residentes extranjeros/as. Y quizás un proceso constituyente nos obliga a cuestionar estas bases.

Esto nos pone frente a la segunda tensión con que la condición de migrante interpela al proceso el constituyente, ya no a propósito del reconocimiento de los derechos políticos, sino en relación a los principios constituyentes de la ciudadanía. Tal como señalamos arriba, la Constitución vigente enlaza la ciudadanía a la nacionalidad, y al mismo tiempo, el texto consagra el vínculo entre la nacionalidad y los principios del “ius soli” y del “ius sanguini”, vale decir, considera nacionales y por tanto “ciudadanos/as”, a las personas nacidas en Chile y a los hijos de padre o madre chilenos/as independiente del lugar de nacimiento.

Rectificar la exclusión

Para rectificar la exclusión estructural a la que están sometidos/as los/as migrantes en Chile hay dos caminos: o se modifican los principios definitorios de la “nacionalidad” activando mecanismos de acceso acelerado a ésta, o se desanuda el lazo que la amarra directamente a la ciudadanía. Desde nuestro punto de vista es este segundo camino el más pertinente de seguir no solo por su viabilidad sino también por el peso de los argumentos que permiten sostenerlo. Es decir, considerar la residencia de las personas en un territorio como base para obtener derechos políticos.

En efecto, desprender la ciudadanía de la nacionalidad representaría un avance hacia la justicia y la democracia puesto que permitiría incluir en la Constitución a residentes extranjeros/as como legítimos/as ciudadanos/as, en base al principio del “ius domicili” o derecho por residencia. Ello pondría al texto constitucional en concordancia con el proceso social e histórico que está viviendo la sociedad chilena, concordar con legislaciones más avanzadas del concierto internacional, y a la vez permitiría proyectar hacia el resto de la región una señal de disposición a repensar y redefinir los contornos y fundamentos de nuestros Estados para empezar a superar su cada vez más patente obsolescencia. ■

*Sociólogo Universidad Católica Silva Henríquez

**Académica Facultad de Ciencias Sociales de Universidad de Chile



Mauricio Guajardo, Motorhome 8.8 (Mármol Travertino de Calama), 2012
(www.mauricioguajardo.cl - Instagram: mauricioguajardoescultor)

Covid-19: ¿Cambio o ajuste al modelo chileno?

por César Ross*

Diferenciándome de lo planteado por uno de los eslóganes post estallido del 18 de octubre de 2019, que afirmaba que no eran 30 pesos, sino que 30 años, afirmo que el estallido social no es producto de la miseria. Chile no estaba entonces, como en 1989, con 50% de población en la pobreza. Eso, más bien, es la situación de algunos países vecinos. Chile exhibe los mejores indicadores de desarrollo económico y social de la región, aunque en un continente caracterizado por el fracaso.

Para quienes piensan que el mundo comenzó con su generación y que no existe más conocimiento que el de su propia experiencia, es pedagógico insistir en que si bien esa idea puede tener algo de valor emocional, es insuficiente para descifrar una realidad tan compleja como la presente y que hasta ahora no ha sido comprendida y explicada satisfactoriamente. Pretendo entrar al ruedo ofreciendo algunas ideas y, por cierto, no aspiro a resolver el dilema.

Quienes tienen más apego a los datos, podrían ofrecer una volumen importante de evidencia que acredita que en los últimos 30 años el país creció y se desarrolló más que en cualquier otro momento de su historia, aunque sin reducir la distancia entre ricos y pobres. Esta brecha, sin embargo, es hoy mayor que en el pasado.

Otro tanto podría decirse de la tensión entre probidad y corrupción. Aunque le resulte asombroso a muchos, Chile nunca ha sido más probo y más transparente que en el presente. Jamás hubo tantos controles y mecanismos de contrapeso como hoy. En este aspecto, como en la desigualdad entre los géneros, nuestro pasado fue mucho peor. Desde luego, esto no implica una defensa del presente a cualquier evento, sino que situar el presente con perspectiva histórica. Ahora, como tantas veces, nuestro problema mayor es el futuro.

En consecuencia, ¿por qué se ha producido esta rabia generalizada en 2018 con la nueva ola feminista y en 2019 con el estallido social, cuya latencia se amplifica en 2020 con el Covid-19?

A mi juicio no hay uno, sino que varios mensajes que la sociedad envía desde diferentes lugares y, en consecuencia, hay varias agendas operando simultáneamente. Contrariamente a lo que se ha insistido en la prensa, no creo que haya ausencia de liderazgo en el reclamo, más bien observo que hay varios liderazgos, pero ahora no centrados en personajes, sino que en ideas-fuerza, aunque ellas estén expresadas en diferentes formatos y no solo en el típico repertorio político. Hemos observado protestas sociales altamente políticas, pero no -pese a los intentos- canalizadas y/o coaptadas por las organizaciones políticas preexistentes. Por ello ha sido difícil describir y explicar este fenómeno y, aún más, imposible predecirlo. De allí el fracaso de las instituciones políticas para intentar representar o ahogar las diversas manifestaciones que han surgido en los últimos dos años.

En este contexto, la pregunta que ronda a muchos es respecto del “modelo chileno”. ¿Qué ha desnudado la nueva ola feminista de 2018, el estallido social de 2019 y el Covid-19 de 2020? A mi juicio ha exhibido los límites de un modelo que casi no puso



Carolina Agliati, 45-02, 2018 (www.carolinaagliati.com). Foto: Sebastián Mejía

frenos a una ortodoxia que rebasa los manuales de Chicago.

El modelo neoliberal ofrece opciones infinitas para quienes pueden competir y garantiza la expulsión del paraíso para quienes no sean capaces de lograrlo: Darwin es su máxima expresión y extrapolación. Este modelo, que elevó el crecimiento a niveles históricos, que amplificó el acceso al consumo como nunca antes, lo hizo solo bajo sus reglas. La seducción del consumo vino atada a la codicia de quienes otorgaban los créditos y a la connivencia de quienes debían regularlos. Así, entre encantados y agobiados, los chilenos se incorporaron a esta nueva realidad, también accediendo a un bienestar inédito. La formalización del empleo (en 1989 alrededor del 60% de la fuerza de trabajo era informal) dio lugar a la bancarización creciente de la población, la misma que accedió al crédito, mecanismo clave para resolver sus carencias históricas por vivienda, enseres y educación. A corto andar, el instrumento de acceso al consumo se volvió en contra de quienes se endeudaban ilusionada y, muchas veces, irresponsablemente.

Los límites del capitalismo de cuño neoliberal, como demostró Thomas Piketty, son los límites del chorreo, que una sociedad consumista reclama con frustración como un deseo no cumplido. La calle no ha reclamado un cambio paradigmático o de todo el sistema, ha pedido un trato más equitativo para sentarse a la mesa de la economía de mercado, no para abandonarla del todo.

En este mismo período, se multiplicaron los medios para conocer y dar a conocer aspectos materiales de la vida privada, que pusieron en evidencia la desigual distribución del ingreso. Los medios y redes sociales le permitieron a la gente que viaja hacinada en

el metro, ver los autos, las casas y lo que Instagram muestra de la vida de otros. En esta especie de sociedad del espectáculo, ver y ser visto también permite la dolorosa contemplación de la vida de los privilegiados.

Con todo, en la medida que la política pública corregía las distorsiones en la desigualdad del ingreso por la vía de los subsidios públicos, las brechas del mismo se fue haciendo más tolerable. Sin embargo, todo aquello tuvo un límite con el caso Caval, en febrero de 2015. Este incidente no solo puso término virtual al segundo gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, sino que terminó por derribar la confianza pública, un edificio sostenido sobre pilares muy frágiles.

Pese al impacto del caso, esto no era algo solo concerniente a Bachelet. Su caída coronaba el derrumbe de otras instituciones que habían sostenido el “sistema chileno”. Corrupción y abuso en la Iglesia Católica, cuestión que la afectaba transversalmente, pero que terminó en la elusión de ancianos que argumentaban no recordar sus pulsiones de antaño; corrupción en el Congreso, cuyo financiamiento unía a sujetos supuestamente tan distantes como un senador socialista y el ex yerno de Pinochet, enriquecido en dictadura, cuestiones que concluyeron en el sobreesimio por prescripción, no por inocencia; corrupción en el mundo empresarial, que ahora se sostenía en hechos y pruebas que llevaron a connotados representantes a la cárcel preventiva y cuyos delitos pagaron con clases de ética; corrupción en el Ejército y en Carabineros, que ahora limpios de sangre, se mancharon las manos con los recursos fiscales; corrupción en el fútbol, que implicó al presidente más exitoso en cuanto a logros (dos copas América seguidas).

Todo esto concluyó con el incidente Caval, que le arrebató a la Presidenta un capital político inigualable, como era su credibilidad. La gente no le creyó, no creyó que no supiera de los negocios, no le creyó que se hubiese enterado de todo por la prensa, no le creyó su severidad con su hijo sabidamente consentido.

Este quiebre fue un verdadero drama, no solo para la Presidenta, sino que para sus adherentes e incluso para quienes siendo sus opositores, admiraban el temple de una mujer que había perdido a su padre en la tortura, que junto a su madre había padecido el mismo horror y que iba por la vida, no solo sin un discurso de odio, sino que con una sonrisa. Los chilenos se sintieron irremediabilmente decepcionados y lo hicieron ver en las encuestas.

Si aceptáramos que Caval constituyó la última pieza de la credibilidad derrumbada, no sería aventurado suponer que las bases mismas de esta construcción también se hubiesen debilitado, a punto de poner en duda aquello que antes asumíamos como incuestionable. La más cara de todas, la certeza jurídica sobre la propiedad privada. De allí a los saqueos, resignificados en actos de justicia redistributiva, hubo un paso muy breve.

En este contexto, los más moderados se tomaron la calle, casi el único lugar reivindicado como un espacio democrático. ¿De dónde provenían estos “alienígenas”? Muy probablemente de los sectores que podríamos denominar “los marginales de la sociedad del cansancio” (Byung-Chul Han). Estos mismos son los auto-marginales electorales, que ahora hacían el camino inverso, desde el mercado (consumidores) a la política (ciudadanos), pero fuera de las reglas convencionales de ella.

¿Será cierto que Chile cambió o siempre fue el mismo país? Quisiera cerrar estas breves palabras con una cita de *Financial Times*, famosa publicación liberal inglesa, del 3 de abril del presente año. En su editorial del día citado, y abordando los problemas económicos del Covid-19, hace una reflexión que en Chile sería clasificada como de izquierda o de extrema izquierda.

Será necesario poner sobre la mesa reformas radicales, que inviertan la dirección política predominante de las últimas cuatro décadas. Los gobiernos tendrán que aceptar un papel más activo en la economía. Deben ver a los servicios públicos como inversiones en lugar de pasivos y buscar formas de hacer que los mercados laborales sean menos inseguros. La redistribución volverá a estar en la agenda: la cuestión son los privilegios de los ancianos y los ricos. Las políticas hasta hace poco consideradas excéntricas, como los impuestos básicos sobre la renta y la riqueza, tendrán que estar en la mezcla.

La disyuntiva no es necesariamente debatirse entre lo que Francisco Herrera Navarro llamó el “Comunismo del desastre versus capitalismo del desastre”, sino que en mirar críticamente nuestra trayectoria y tener el coraje moral para entrar al fondo de los grandes desafíos de Chile, sin más cálculos maniqueos y sin ambages. ■

*IDEA, USACH.

Hace 50 años: “El Gambito”

La primera maniobra para evitar la presidencia de Salvador Allende

por Jorge Magasich*

Los pronósticos para la elección presidencial de 1970 favorecen a Alessandri o Allende; algo menos a Tomic. Lo seguro es que ninguno de los tres obtendrá la mayoría absoluta. Se aplicará entonces, por cuarta vez, el mecanismo que delega al Congreso Pleno la elección entre los dos primeros. En este escenario, Alessandri tiene escasas posibilidades, aunque llegue primero. En cambio, Allende y Tomic podrían llegar a la presidencia, aun siendo segundos.

La “segunda vuelta” entre 150 diputados y 50 senadores operó por primera vez en 1946 entre Eduardo Cruz-Coke (29,8%) y Gabriel González Videla (40,2%), quien es electo con los votos de radicales, comunistas, democráticos y algunos socialistas, pero el primero es apoyado por 46 conservadores que intentan obtener el apoyo liberal, sin éxito. En 1952, el Congreso escoge entre Arturo Matte (27,8%) y Carlos Ibáñez (46,8%), este es confirmado ampliamente, pero 12 parlamentarios de derecha votan por Matte y otros 48 votan blanco o no concurren. Y en 1958, elige entre Salvador Allende (28,9%) y Jorge Alessandri (31,6%), quien obtiene la mayoría, pero los 26 parlamentarios del FRAP votan por Allende y buscan el apoyo en la DC y en el PR: consiguen 14 votos blancos y 5 ausencias. En resumen, tres veces el Congreso confirma al primero, pero también tres veces el segundo obtiene un número significativo de votos.

En 1970, sobre 200 congresistas, la izquierda cuenta con 80; la DC con 75 y la derecha con solo 45. Buena parte de la derecha cree en la victoria de Alessandri, pero por poco. Y su apoyo minoritario en el Congreso hace su elección improbable. En efecto, para alcanzar la mayoría “don Jorge” necesitaría, al menos, el voto de 56 de los 75 parlamentarios DC. Lo que es muy difícil: la mayoría de la base de la DC, e incluso de su dirigencia, objetan un entendimiento con la derecha.

Si Alessandri es primero y Tomic segundo, es altamente probable que la DC y la UP elijan a este último; bastaría con la abstención de la UP. Si el segundo es Allende, este sería presidente con la abstención de la DC, o el voto de 20 de sus congresistas. Lo que es posible: varios parlamentarios de la DC manifiestan simpatías por Allende. La revista *Ercilla* pronostica que la izquierda votará por Tomic si es segundo y la DC podría hacerlo por Allende (1).

¿Un DC apoyado por la derecha?

Para evitar esta “segunda vuelta”, la corriente derechista de la DC hace varios intentos por reemplazar a Tomic por un candidato que agrade a la derecha, y así obtener su apoyo. José Musalem, por ejemplo, afirma que “muchos, hubiéramos apostado por otra carta” y recuerda cómo un grupo de militantes del tercer distrito intenta convencer a Leighton. Otros dirigentes oficialistas pretenden sustituir a Tomic, primero a tra-

vés de una terna compuesta por Tomic, Hamilton y Carmona, y luego por Leighton (2). También mencionan a Hamilton, Gabriel Valdés, Aylwin y Pérez Zújovic (3). Poco después del asesinato de este último en junio 1971, *El Mercurio* recuerda que pudo ser candidato de unidad “evitando la dispersión de fuerzas”, lo que no se produjo “por incomprensiones en el PDC”.

El propio Alessandri hace gestiones. El intendente de Coquimbo durante el gobierno de Frei, Eduardo Sepúlveda, recuerda que Pérez Zújovic le relata, el verano 1971, que Alessandri le había manifestado “su preocupación” por la candidatura Tomic y le propone: “consiga usted que la DC lo designe su candidato presidencial y yo renuncio inmediatamente”. Responde que no ha sido postulado por su partido (4). También “don Jorge” hace saber a Leighton que se retiraría si él aceptara ser candidato. Este no acepta, y comenta: “A dos bandas, conmigo de candidato DC y del PN, tal vez habría ganado Allende” (5).

Bernardo Leighton comprende que las realidades sociales hacen imposible reeditar en 1970 el bloque DC-derecha de 1964. La mayoría del electorado DC aspira a profundizar las reformas resistidas por la derecha y no aceptaría una alianza con ella. Si Tomic fuese desplazado por un DC derechista, la escisión de la DC sería inevitable y una buena parte de su electorado votaría por Allende. Esta corriente de fondo quedará demostrada con el resultado de la elección municipal de abril 1971 cuando la UP obtiene 50,2%. Por eso, las maniobras no se concretan y los tres candidatos llegan hasta el final

Aunque sea por un voto

Por su parte, el alessandrismo lanza una intensa campaña para declarar presidente al que llegue primero. En su intervención en la emisión *Decisión 70* de TVN, el 14 de junio, Alessandri decreta que: “en Chile se puede elegir sólo aquel que ha obtenido la primera mayoría relativa”, y el 24 de julio llama a reconocer la primera mayoría “aunque sea por un voto” para concluir: “acepto desde ya que se proclame al candidato que obtenga la primera mayoría en las urnas”. Julio Durán y Onofre Jarpa repiten lo mismo (6).

En junio está en marcha la campaña del terror llamada *Phase 1* organizada por el embajador Edward Korry y por el jefe de la CIA en Chile Henry Hecksher, dotada de USD 125 mil. Ese mes el embajador añade la *Phase 2*: estudiar el soborno a parlamentarios para que voten por Alessandri en el Congreso; el día 18 solicita al Comité 40 un fondo “sucio” de USD 250 mil para financiarlo (7).

La “operación corrupción” es evaluada el 23 de agosto, por el jefe interino de la División del hemisferio occidental de la Dirección de Operaciones de la CIA, cuyo nombre permanece oculto. Afirma que en Chile “existe un amplio precedente para la compra de favores del Congreso”, por lo que, en caso de segunda vuelta, “los votos del Congreso estarán disponibles para la venta en cantidades suficientes para inclinar la balanza”, por un costo de medio millón de dólares, estima. Pero “no hemos podido plantear este proble-

ma a chilenos informados, lo que representa un punto débil”. Sin embargo, el Comité 40 la desaprueba ya que implica alto riesgo de “exposición” para Estados Unidos.

Este informe menciona siete chilenos que trabajan para la CIA, cuyos nombres permanecen *not declassified*. Uno para “buscar consejo”; otro como “nuestro instrumento” para llevar adelante la *Phase 1 y 2*; el tercero, una relación de larga data con Alessandri y Frei, “para estar al tanto de sus pensamientos” e “inyectar consejos y ofertas de apoyo” para “manipular el voto en el Congreso”; un cuarto informa sobre los militares; el quinto informa sobre las relaciones de Alessandri con los radicales; el sexto comunica las ayudas financieras para producir deserciones en los radicales; el séptimo desempeña un “papel fundamental” en la propaganda y podrá sugerir como orientarla (8).

El Gambito

Ante el fracaso de las maniobras para “bajar” la candidatura Tomic y el poco efecto de la campaña “gana el primero”, el principal problema para Frei, sus próximos y Korry, es ¿cómo evitar que los parlamentarios DC voten por Allende? La respuesta es una intrincada maniobra: estos votan por Alessandri en el Congreso, quien es electo y renuncia inmediatamente, lo que provoca una nueva elección donde Frei podría ser candidato con el apoyo de la derecha. Será conocida como *el Gambito* (9).

El 22 de junio, Korry envía un reporte al secretario de Estado adjunto John Crimmins. Le informa que la noche anterior tuvo una cena privada con Frei donde plantea que, si Alessandri gana por menos de 5%, no será presidente. Frei asiente y añade que “nada, excepto la providencia, podría alterar la inevitabilidad de que el segundo, Allende o Tomic, sea electo presidente si el margen fuese inferior a 5%”; Frei “solo vio la luz del día en el rango de 6% a 7%”. Poco antes –relata Korry–, había cenado con asesores de Tomic, quienes, si gana Allende, intentarán ingresar a su gobierno, y no disimulan que votarán por él en el Congreso, si llega segundo.

Frei, igual que él, piensa que la elección de Allende significaría la imposición, en dos o tres años, de un gobierno “no significativamente diferente a los de los países de Europa Oriental”. Su opinión privada sobre su Ejército “es más amarga que la nuestra”, comenta el embajador, “dice que no sólo son extraordinariamente ignorantes, sino que sufren de cobardía moral”, son comparables al nivel del Perú y “tendrían que ser conducidos como ganado para desempeñar cualquier papel de importancia en Chile”. Sólo se puede emplear los militares si el MIR o los socialistas provocan verdaderos disturbios. En cambio, Frei tiene una buena opinión de Carabineros.

Coinciden que “Alessandri presenta los síntomas de la enfermedad de Parkinson (mano temblorosa, arrastra una pierna, y dificultad para hablar) y su mandato podría acortarse”. Sin embargo, Frei como yo –concluye Korry– preferimos “ganar tiempo con Alessandri que arriesgarse a Allende”. Y Frei podría desempeñar un papel mayor en el periodo post elec-

toral, cuando el Congreso debe elegir al Presidente. Para reforzarlo “se necesitarán fondos para influir en los votos del Congreso” (10). Es decir, dan luz verde al *Gambito*.

Frei trabaja el voto del Congreso. En su memorándum del 23 de agosto, el director de operaciones de la CIA, informa que: “A falta de estimaciones más confiables estamos dispuestos a aceptar la de Frei de que al menos 18 de los 75 congresistas del PDC votarán por Allende. Si todos los demás votan por Alessandri, la elección de este último está asegurada. Aunque Frei no es capaz de garantizar la transferencia de estos votos ‘no comprometidos’ a Alessandri”.

En otro informe de Korry enviado ocho días después de la elección, asegura que ha trabajado el gambito desde antes de ella. Y en 1996, dirá que fue informado antes de la elección por los miembros del PDC que planificaron esto y que “me pidieron que no revelara su iniciativa a Washington” (11).

El plan es detallado por el propio presidente del Senado, Tomás Pablo (DC), quien llega a la residencia de Korry el domingo 9 de agosto, sin invitación. Le dice que si Alessandri fuera electo por el Congreso podría renunciar y cumplir así su promesa de respetar a la primera mayoría. El presidente del Senado –es decir él– asumiría como Presidente interino y se convocarían nuevas elecciones con Frei candidato pues el breve gobierno de Alessandri haría que la nueva elección no fuese consecutiva a su mandato. El Ejército combatiría la violencia marxista y dispondría de los recursos estadounidenses (12). Así, Frei obtendría el voto de los parlamentarios DC contra Allende y una nueva elección presidencial, en la que tendría el apoyo de la derecha. Las últimas semanas, Frei emite mensajes que indican que vislumbra una próxima campaña presidencial: repite que está satisfecho de lo realizado pero que le faltó tiempo...

Como veremos, el gambito será activado cinco días después de la elección, pero con otro escenario. ■

1. Ercilla, 28/1/1970

2. Musalem José, 2012, *Mi vida entre líneas. Memorias*, Cadaqués, 134

3. El Siglo 1/2/1970; 2/12/1970

4. El Mercurio, 13/6/1971; Sepúlveda E., 1984, *Gobierno de Frei: Primera etapa de la Revolución en Libertad*, Ed. personal, LLN, 2505. Boye Otto, 1999, *Hermano Bernardo*, Cesoc, 156

6. Ercilla, 12/8/1970; El Mercurio, 11/9/70; La Tercera, 16/6/1970

7. Hurtado Sebastián, 2013, *El golpe que no fue*, Estudios Públicos, 105-140 y <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v21/d38>

8. Idem/d55

9. Gambito: en ajedrez, sacrificar una pieza para obtener una posición favorable

10. Idem/d37

11. Idem/d75; Korry, 1996, conferencia en el CEP, 36

12. Idem/d50 (11/8/1970)

*Historiador.

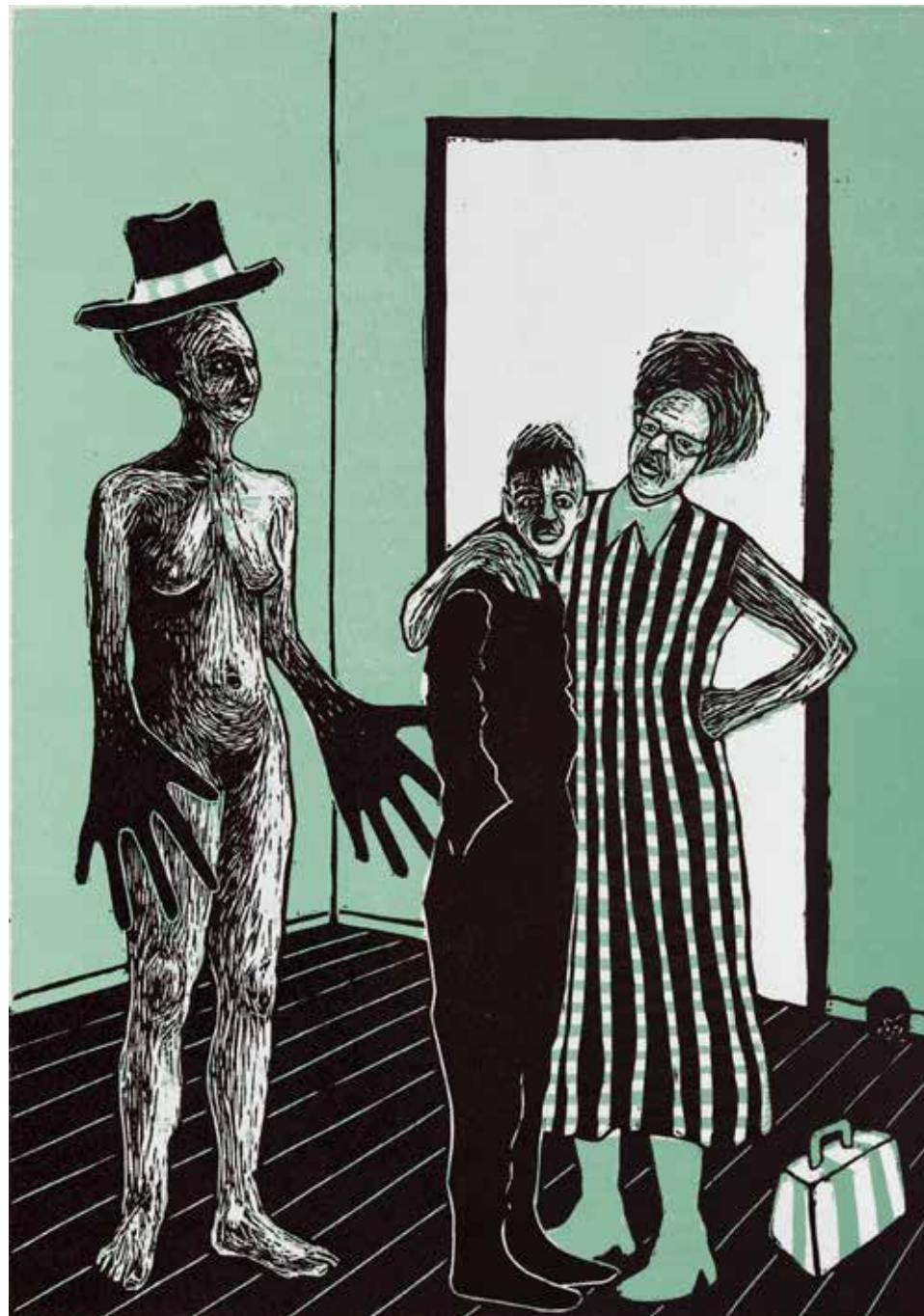
Este texto forma parte de una “Historia de la Unidad Popular” cuyo primer volumen será publicado por ediciones LOM, este año.

Cuando un grupo social acumula el saber, el poder y el dinero

La burguesía intelectual, una elite hereditaria

por Pierre Rimbert*

Está de moda afirmar que la sociedad se divide entre el 1% más rico y el 99% restante. Pero esta sentencia omite las desigualdades ligadas a los diplomas. Y oculta el papel de la burguesía intelectual, que sirve al 1% pero ama representarse como parte de los oprimidos. Esta capa social, fruto de la “meritocracia” transmite sus privilegios a sus herederos, como antaño la aristocracia.



Ivana de Vivanco, The Big Hands (xilografía sobre papel), 2015
(© Ivana de Vivanco - www.ivanadevivanco.com)

Verano de 1957, el sociólogo inglés Michael Young recorre una playa de Gales. Durante mucho tiempo se había desempeñado como investigador en el Partido Laborista británico, incluso en 1945 había redactado su manifiesto, pero por entonces ya lo había abandonado. Meditaba mientras caminaba por la arena: once editores habían rechazado su último manuscrito. De repente, divisó a una pareja de amigos cerca del agua, se detuvo junto a ellos y conversaron sobre ese texto que nadie quería. Casualidad: sus interlocutores editaban libros de arte y decidieron incluir esa obra en su catálogo. Título: *El ascenso de la meritocracia* (1). Young había creado el término en base al latín y el griego, con cierta ironía. Quinientos mil ejemplares vendidos en pocos años hicieron que “meritocracia” ingresara al lenguaje cotidiano. Pero al precio de un enorme malentendido.

Porque la obra de Young, en la línea de 1984 de George Orwell y de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, describe una distopía: la pesadilla de un mundo moderno dirigido “no tanto por el pueblo sino por las personas más inteligentes”. En síntesis, el gobierno de los intelectuales. La trama se desarrolla a comienzos del año 2034 y el narrador, un sociólogo engreído, resume con entusiasmo la transformación de la sociedad británica del siglo XX en una tiranía ejercida por los graduados universitarios. Con la excusa de “la igualdad de oportunidades”, las jerarquías se ordenan a partir de entonces en función de la inteligencia; el orden social se perpetúa a través de la escuela que trasmuta los privilegios de clase en “dones” y “méritos”. Con alegría, el narrador señala que “Los talentosos lograron alcanzar el nivel que se corresponde con sus capacidades, y las clases inferiores quedaron por lo tan-

to reservadas a los menos capaces”. Legitimado, el régimen honra así a sus héroes. “La jerarquía de los científicos y los tecnólogos, de los artistas y los profesores se incrementó. Su educación se fue adecuando a su gran destino genético. Su poder de hacer el bien aumentó. El progreso es su triunfo; el mundo moderno su monumento”.

En la cima

En ese rapto de inspiración, llama la atención la composición del gobierno de los “inteligentes”: profesionales indistintamente humanísticos o científicos encargados de producir conocimientos, de reproducir la elite, de administrar el Estado y las empresas. En Francia, el Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos (INSEE) los reúne en la categoría de “Ejecutivos y profesiones intelectuales superiores”. Se pueden encontrar allí directores de recursos humanos y prefectos, escriba-

nos y astrónomos, periodistas y abogados, publicistas y dentistas. Ninguna otra categoría socio-profesional experimentó un aumento tan rápido de su número de efectivos desde la publicación del libro de Michael Young. Estos representantes sociológicos de las sociedades “pos industriales” orientados al saber eran 900.000 en 1962 (4,6% de la población activa de Francia); hoy son cinco millones (18%).

Graduados de escuelas y universidades muy selectivas, la fracción superior de este grupo representa entre el 5% y el 10% de la población activa occidental. Incluye al famoso 1% más rico, pero lo desborda ampliamente. De esta “intelligentsia” opulenta nos ocuparemos en lo que sigue. Algunos ejercen profesiones liberales, otros ocupan la cima de la organización de las empresas, lo cierto es que estos individuos prósperos perciben todos los meses los dividendos de su capital educativo y cultural. Tienen el poder de prescribir, “saben qué nos duele y realizan diagnósticos valiosos”, dice con ironía el ensayista estadounidense Thomas Frank (2). De no haber tomado el sentido que asumió después del caso Dreyfus, tal vez podríamos llamarlos “intelectuales”.

La leyenda celebra al intelectual no solo como creador y depositario del saber sino también como adversario del orden establecido, de acuerdo al célebre ejemplo que propuso Jean-Paul Sartre, en una entrevista, el 15 de agosto de 1967, en Radio Canadá: un físico nuclear es un “técnico del saber práctico” hasta que contribuye a desarrollar la bomba atómica y se transforma en un intelectual a partir del momento en que protesta en contra de ella. Pero ¿cuántos Sartre, Beauvoir y Bourdieu tenemos en comparación con los millones de gerentes, juristas o urbanistas dóciles? El mito, sin embargo, sobrevive porque las profesiones intelectuales escriben la historia de todos los grupos sociales, incluida la propia. Y sería poco decir que entre ellos se soban el lomo. Verdaderos maestros en el arte de universalizar sus intereses, pueden incluso reaccionar ante una reducción de presupuesto en sus sectores lanzando una “Solicitud en contra de la guerra contra la inteligencia”, como fue el caso en Francia en febrero de 2004.

El monopolio del saber

Mientras que la debacle del campesinado, la revuelta de los Chalecos amarillos o la precariedad de los enfermeros son analizados en el debate público mediante categorías generales como “los agricultores”, “los obreros”, “los servicios de cuidado”, las clases más instruidas se manejan en su delicada singularidad, detallan sus diferentes corrientes de pensamiento, pulen sus desacuerdos. “Pareciera que una forma de materialismo muy rudimentario se aplica al estudio de las clases populares, mientras que los elementos teóricos destinados a salvar la autonomía del sujeto quedan reservados para las clases cultivadas”, resumió el sociólogo Jean-Claude →

→ de Chamboredon (3). Para restablecer el equilibrio, hace falta considerar a los intelectuales como un grupo social y ya no como una serie de individuos únicos.

La historia suele retener el rol progresista de los sectores ilustrados –científicos, enciclopedistas, abogados revolucionarios, escritores sediciosos, “soldados de la República”... pero minimiza su participación en episodios menos gloriosos. “Vichy fue una creación de expertos y de miembros de las profesiones liberales, más que de cualquier otra”, recuerda el historiador estadounidense Robert Paxton. “Juzgar a Vichy, significa juzgar a la elite francesa” (4). El rol de los intelectuales en el seno de los sistemas de dominación es de larga data y tiene sus raíces en las sociedades pre capitalistas. En el Occidente medieval, el alto clero religioso, poseedor del monopolio de acceso a las escrituras, legitimaba el poder de los terratenientes y poseía para sí un cuarto de las tierras; los juristas devenidos consejeros y visires formaron los cimientos del Estado real (5). En la China imperial (del 221 a.C a 1911), “la clase de los funcionarios letrados (o mandarines) –capa ínfima en cuanto a su número, omnipotente en cuanto a su fuerza, influencia, posición y prestigio– era el único detentor del poder, el más grande propietario”, observa el sinólogo Etienne Balazs. “Poseía todos los privilegios y, sobre todo, el de reproducirse: detentaban el monopolio de la educación” (6).

El caso de la India pre colonial también invita a relativizar las virtudes intrínsecamente progresistas que se le suelen otorgar al saber: el sistema de castas, violentamente desigual, reposaba en gran parte en la dominación ejercida por los intelectuales, los Brahmanes, que gozaban de una prerrogativa exclusiva de acceso al saber sagrado. “Eran ellos, y no los reyes, los príncipes o los soldados, los señores feudales o los burgueses, quienes garantizaban en esa sociedad una forma particularmente eficaz de ‘domesticación de las masas’”, escribió la investigadora Isabelle Kalinowski (7), traductora de *Hinduismo y budismo*, la minuciosa investigación del sociólogo Max Weber publicada en 1916-1917.

La era capitalista no transformó la naturaleza de ese trabajo; pero cambió su formato, a medida que la revolución industrial y la expansión de la educación reforzaron el peso de los diplomados y acentuaron la heterogeneidad del grupo: la domesticación de las masas, y de una amplia fracción de los propios diplomados, se operaba entonces en nombre de la racionalidad económica y de las “competencias” convalidadas por el Estado que precisaba su puesta en práctica.

Los primeros análisis que describen a los intelectuales como una nueva clase social fundada en el monopolio del saber y que aspira al poder aparecen en el siglo XIX, al mismo tiempo que vastas funciones públicas para diplomados, las primeras grandes administraciones de empresas y luego los partidos obreros centralizados (8). Saint-Simon (1760-1825) soñaba con un orden dominado por los científicos y los industriales (las abejas) que dejarían desnudos ante su vanidad a la nobleza y el clero (los zánganos). Del otro lado del Rin, el Estado moderno imaginado por Hegel se apoyaba en funcionarios ilustrados que según el filósofo formarían una “clase universal” (*Filosofía del derecho*, 1821). Unas décadas más tarde, en sus *Escritos contra Marx*, Mijaíl Bakunin se despachaba contra la perspectiva de un Estado socialista: “Todo eso exigirá una ciencia inmensa y muchas cabezas re-

bosantes de materia gris. Será el reino de la inteligencia científica, el más aristocrático, el más despótico, el más arrogante y el más despreciativo de todos los regímenes”. Un “socialismo de los intelectuales” más que un poder obrero, como lo deploraba en 1905 otro anarquista Jan Wacław Makhański (en *La bancarrota del socialismo del siglo XIX*).

“Acabar con las ideologías”

Las “cabezas rebosantes de materia gris” no poseían los medios de producción, pero sí un saber que negociaban con los propietarios, los cuales les delegaban la supervisión de sus negocios, el control de los productores y la organización del trabajo, la responsabilidad de aumentar la productividad a través de la técnica. Pero la escuela los produjo en exceso y el socialista Karl Kautsky analizaba, en 1892, el proceso de inflación-devaluación de los diplomas entre los trabajadores del saber: “Aquellos que apuntan a un empleo público deben esperar durante años, a veces durante decenas de años, antes de obtener un puesto bajo, mal remunerado. Los demás, oscilan entre el desempleo y la sobreocupación. [...] Pronto una sola característica distinguirá a estos proletarios de otros asalariados: me refiero a sus pretensiones” (*El Programa socialista*). Clase dominante en potencia o proletariado movilizable contra el orden que los desclasa, la representación que los diplomados se hacen de ellos mismos desde hace un siglo y medio oscila entre estos dos destinos que, en la realidad, coexisten todo el tiempo.

Cuando Michael Young escribió *El ascenso de la meritocracia* a fines de los años 1950, el tema de los intelectuales como clase dominante había resurgido, esta vez con una connotación más bien positiva. En el Este, el sistema educativo soviético producía millones de ingenieros y cuadros administrativos sobrecapitados, lo que impulsaba un “ascenso de los elementos sociales más instruidos” (9). En el Oeste, la organización científica de la producción industrial, lanzada durante los años 1920 por Taylor y dopada durante el New Deal de Roosevelt, alcanzaba su velocidad crucero. Proliferaba una capa intelectual encargada de coordinar y planificar los circuitos económicos tentaculares: la “tecnocultura”, descrita por el economista John Kenneth Galbraith en su libro *El nuevo Estado industrial* (1967).

En esta neoburguesía cultivada se encontraba a la vez la base social de la Nueva izquierda contestataria y la de la administración Kennedy, esos graduados brillantes que pensaron la guerra de Vietnam. Más allá de sus inclinaciones políticas, se alimentaban de la misma desconfianza frente a los extremos, del colectivismo y del tradicionalismo. La idea de “acabar con las ideologías” se impuso espontáneamente a sus ojos como una suerte de preludio al gobierno de los expertos, es decir a la multiplicación de buenas carreras que abrían posibilidades para que los intelectuales negociaran sus competencias escolares. Y, mientras la fracción radical del grupo quemaba los últimos cartuchos de 1968, una legión de economistas, juristas, periodistas, iniciaban la ofensiva que conduciría al “Gran Salto hacia atrás” liberal –y a la creación de cientos de miles de puestos de altos funcionarios muy bien remunerados por las instituciones financieras (10)–. Sin embargo, hasta fines de los años 1970 dominaba la convicción de que “la nueva clase es la fuerza más progresista de las sociedades modernas; está en el centro de toda emancipación huma-

na posible en un futuro previsible”, como escribía en 1977 el sociólogo Alvin Gouldner en una obra de gran repercusión (11).

Veinte años antes, Michael Young era menos optimista.

Una pesadilla

A medida que se avanza en la lectura, *El ascenso de la meritocracia* se transforma en una pesadilla. El gobierno de las clases cultivadas, que había instalado a los hijos más brillantes del mundo obrero en puestos de poder para debilitar a la oposición, pasó a estar conformado solo por expertos. La masa de no diplomados pasó a ser “inempleable” debido a los prodigios de la “automatización” –ya en ese entonces!– y pasó a ser contratada a la fuerza como personal doméstico de los intelectuales. “Una vez que todos los genios están entre la elite y todos los cretinos entre los obreros, ¿qué significa la igualdad?”, se pregunta el narrador. En la ficción de Young el gobierno de los intelectuales alcanza la madurez a comienzos del siglo XXI. Enriquecida por sus privilegios en especie –departamentos cómodos, cenas gourmet, vacaciones suntuosas–, la clase educada escolariza además a sus hijos en establecimientos exclusivos y solo se reproduce entre sí. “La elite se está volviendo hereditaria; los principios de la herencia y del mérito se entremezclan”, observa el narrador, un tanto inquieto por el giro que dieron los acontecimientos. Pero la historia no se detiene allí...

Mientras nos acercamos al epílogo, debemos admitir que el mundo distópico expuesto en esta socio-ficción escrita hace más de 60 años se parece rabiosamente al nuestro. En Estados Unidos y en Europa una brecha separa a la pequeña minoría de diplomados con estudios superiores largos y selectivos (5% a 10% de la población de países occidentales) de los demás. El acento que se puso estos últimos años entre el 99% de la población y el 1% más rico corrió la atención del grupo más amplio que se beneficia hace medio siglo con la competencia meritocrática, y sin el cual el 1% no podría ni instalar ni perpetuar su dominación. Esta visión de la lucha de clases tiene la ventaja para los meritócratas que la popularizan de ubicarlos del lado de los oprimidos, junto a las empleadas domésticas, pero oculta dos fenómenos cruciales identificados por Young en su fábula anticipatoria: el monopolio del poder político detentado por los intelectuales y el carácter cada vez más hereditario de su dominación.

La democracia de los diplomados

Para justificar la creación de la Escuela libre de Ciencias Políticas –que se transformaría luego en Sciences Po–, en 1871 el profesor Émile Boutmy realizó esta célebre declaración: “Obligadas a someterse al derecho de los más numerosos, las clases que se autodenominan elevadas no pueden mantener su hegemonía política a menos que invoquen el derecho del más capacitado. Por eso, después de los límites moribundos que trazaban ciertas prerrogativas y la tradición, la democracia debe enfrentar un segundo límite hecho de méritos sorprendentes y útiles, de superioridades que impongan su prestigio, de capacidades que nadie pueda rechazar a menos que esté loco” (12). Un siglo y medio después, si hojeáramos un anuario político rápidamente olvidaríamos que los cargos de diputado, jefe de Estado o de gobierno no requieren formalmente ningún diploma. Mark Bovens y Anchrstt Wille, autores de una investigación sobre la dirigencia política en seis países, confirman que los regímenes representativos actuales podrían ser bautizados “democracias

de diplomados”. “Los graduados de estudios superiores pasaron a dominar todas las instituciones y terrenos políticos, ya se trate de partidos, de parlamentos o gabinetes, grupos de presión, sitios de deliberación o incluso de consultas por Internet” (13). En 2016, el 100% de los ministros belgas y alemanes habían cursado estudios superiores, al igual que el 95% de los ministros franceses. En el Reino Unido, el 60% de los ministros provenían de las universidades de elite de Oxford o Cambridge. Ahora bien, según observan estos investigadores, “los ciudadanos sin diplomas universitarios representan cerca del 70% del electorado”. La excelencia académica, ¿produce representantes más eficaces, legisladores más perspicaces? La pregunta –vaya sorpresa– no despierta pasiones entre los universitarios y los pocos trabajos que existen revelan que los políticos diplomados “no son los que más concurren al recinto, no contribuyen más a la producción parlamentaria y no son los más reelegidos” (14). Podría objetarse con razón que no se trata de un fenómeno nuevo. Y ese es justamente el problema: las democracias nacientes habían prometido un gobierno “por y para el pueblo” basado en la instrucción universal.

¿Cómo consigue perpetuarse la dominación de una pequeña capa de intelectuales-dirigentes si la universidad no para de fabricar ejércitos de aspirantes? Desde comienzos de siglo XIX la proporción de graduados de estudios superiores pasó de menos del 1% de la población adulta en Estados Unidos y en Europa a cerca del 35%. Para mantener la barrera, bastó con elevar el nivel e instaurar nuevos obstáculos culturales y financieros, insuperables no solo para los menos instruidos sino también para los nuevos diplomados sobrantes. En Estados Unidos, el tamiz combinado de saber y dinero garantiza un filtro social tan efectivo que, como lo previó Young, la crema de los meritócratas ahora se reproduce de generación en generación, al estilo de una clase dominante hereditaria. Todos los diplomados no son ricos, pero casi todos los ricos son diplomados: en 2017, 98,4% de los estadounidenses que ganaban más de dos veces y media el salario medio –es decir, 94.300 dólares– poseía un diploma superior o igual al Bachelor (el equivalente de una licenciatura de cuatro años). Más que títulos de nobleza, los padres primero transmiten a sus herederos los títulos universitarios más prestigiosos y onerosos, tal como lo hacen los millonarios de Silicon Valley que destinan sus fortunas a fundaciones filantrópicas y envían a sus hijos a Stanford o Harvard.

El modo de vida indolente, los gastos ostentosos, los niños criados por terceros, típicos de la burguesía iluminista del siglo XIX, fueron reemplazados por prácticas opuestas: la flor y nata de los intelectuales sofisticados trabaja duramente y destina una parte cada vez mayor de sus ingresos y de su tiempo a la instrucción, el bienestar, la cultura, la salud de sus retoños. Niñeras bilingües, jardines maternas de elite por 50.000 dólares anuales, lecciones particulares de acercamiento a las bellas artes desde los tres años, luego jardines de infantes de elite con enseñanza de idiomas y ciencias que solo aceptan al 5% de los candidatos (principalmente a aquellos que presentan una candidatura redactada por un consultor contratado con ese objetivo por la familia), el desarrollo precoz del “capital humano” justifica todas las inversiones. En 2014, explica la socióloga Elizabeth Currid-Halkett “el 1% más rico gastó 3,5 veces más en educación que en 1996 (en valores absolutos y en porcentaje de gastos). Y 8,6

veces más que la media nacional” (15); el 5% más rico intenta acercarse a ese ejemplo. Estos gastos de reproducción dinástica, que incluyen también los de contar con un preceptor (al que las familias más decididas le asignan un asistente personal), los de las escuelas privadas cuya frecuentación implica residir en un barrio caro, los viajes culturales, las clases de violín y otras prácticas distintivas recomendadas para acceder finalmente a Harvard, Yale, Princeton o Stanford, donde tan solo la matrícula oscila entre los 40.000 y 70.000 dólares por año (mucho más que el salario anual promedio en Estados Unidos), alcanzan montos exorbitantes. Para un hogar perteneciente al 1% más rico, estima el profesor de derecho Daniel Markovits, la diferencia de gastos educativos en relación a una familia de clase media equivale a una herencia de 10 millones de dólares por niño. “El mérito es una estafa”, afirma. “Y estamos ante una civilización que rechaza esta conclusión” (16).

Estas cifras tan solo reflejan la punta del iceberg. Porque la transmisión del capital cultural comienza con el nacimiento debido al tiempo de atención parental, en particular el de las mujeres. Las intelectuales, explica la socióloga Elizabeth Currid-Halkett, dedican dos a tres veces más de tiempo a jugar con los recién nacidos y a instruirlos. Suelen amamantarlos más frecuentemente y durante más tiempo, convencidas de que esta práctica mejora sus capacidades cognitivas, al punto de que la profesión de “consultora en lactancia” está de moda. A los tres años, un niño de este sector social ha escuchado en promedio 20 millones más de palabras pronunciadas por un humano que un niño de clase media; su vocabulario es 49% más diversificado. Al vincularse con sus descendientes con un estilo educativo que prologa el de los maestros, los padres contribuyen al desarrollo de la sensibilidad emocional, la concentración, la disciplina. “A los 18 años, un niño rico habrá recibido 5.000 horas de atención más que un niño de clase media en forma de historias leídas, conversaciones, eventos culturales, entrenamientos deportivos, etc. –precisa Markovits–. A la misma edad, un niño de clase media habrá permanecido 5.000 horas más delante de una pantalla que un niño rico.” La segregación de la “clase creativa” se traduce también en el plano espacial cuando los hogares acumulan todos los recursos al agruparse en algunos barrios de las metrópolis progresistas y abiertas que buscan un estilo de vida más sano, vínculos sociales más extendidos, y mejores chances de obtener logros que el 80% de los estadounidenses menos ricos (17). Como observa Markovits, “Las inversiones masivas de la elite en educación, dieron sus frutos. La brecha escolar entre los estudiantes ricos y los pobres hoy supera a la que separaba a los blancos de los negros en 1954”, el año en que la Corte suprema declaró inconstitucional la segregación racial en la escuela. “La desigualdad económica hoy produce una desigualdad educativa más grande que la que provocó el *apartheid* estadounidense”.

Estudiantes universitarios

Protegidos detrás de las formas educativas exigentes que instituyen en norma a través de la prensa y la cultura, los intelectuales más prósperos juzgarán con desprecio a los padres necesariamente menos abiertos, menos progresistas, menos generosos que no siguen los mismos ritos culturales, sociales y alimenticios. Y dejarán caer el veredic-

to: “Deberían haber estudiado”, una afirmación que resume por sí sola el costado “social” de los programas liberales.

Sin embargo, estaríamos equivocados si equiparáramos la vida de las elites meritocráticas a un río largo y tranquilo. El darwinismo social que separa desde el comienzo a la mayoría de los niños de familias pobres también deja a los hijos de los ricos en un estado de competencia incesante. Desde los primeros pasos en griego antiguo a los tres años hasta las jornadas de doce horas como socio de un estudio de abogados, los meritócratas se van dando cuenta de que el capital, incluso el cultural, necesita trabajo –¡el suyo!– para producir beneficios. Esta alienación en empresas a menudo sin utilidad social, que promueven la autodestrucción por agotamiento en criterio de excelencia profesional, incita a una porción, minúscula pero en crecimiento, a renunciar para reconvertirse en algún oficio, en organizaciones humanitarias o, menos frecuentemente, a tirar piedras contra aquellas empresas. Ese tipo de sobresalto es más bien excepcional. Una vez asegurado el ingreso en un establecimiento de elite, el destino suele estar trazado.

En Estados Unidos, la mitad de los estudiantes de las doce universidades más prestigiosas provienen del 10% de los hogares más ricos. En Francia, la secesión de la burguesía cultivada no alcanzó semejante nivel. Primero, porque la porción de ingresos que posee este decil se encuentra estancada desde comienzos de los años 1970, mientras que en Estados Unidos aumentó cerca del 13%. Luego, porque los hijos de familias ricas experimentan con frecuencia una fase de precariedad en el comienzo de sus carreras, lo cual no los incita a reconocer “privilegios” de clase, aunque tengan el recurso escaso que, junto a la propiedad, estructura la jerarquía social: buenos títulos escolares. Por último, el bajo costo de la educación superior francesa contrasta con los costos exorbitantes exigidos en Estados Unidos. Sin embargo, el exclusivismo burgués de los establecimientos de elite también es muy notorio: la Escuela Nacional de Administración cuenta con un 6% de obreros y empleados, cuando esas categorías representan más de la mitad de la población activa. En cuanto a la Escuela Politécnica, 1,1% de los alumnos tienen un padre obrero contra un 93% que tienen un padre ejecutivo o de profesión intelectual superior (18). Este *apartheid* meritocrático se ha acentuado desde los años 1950. Debemos entonces considerar la paradoja de una institución fundada en la promesa de universalizar el saber que devino, a medida que se fue expandiendo, el centro de selección que separa al 10% que dominará a todos los demás (19).

Blanquear dinero

Los felices elegidos se reconocerán tal vez en la descripción del escritor estadounidense Matthew Stewart, publicada en 2018 en las distinguidas columnas de la revista *The Atlantic*: “Nosotros, los 9,9% [...], nos paseamos en jeans y remeras heredadas de nuestros comienzos por así decir modestos. Preferimos definir nuestro estatuto hablando de nuestros cuerpos alimentados con comida orgánica, de los logros de nuestros hijos y de la rectitud ecológica de nuestros barrios. Comprendimos como blanquear nuestro dinero gracias a nuestras virtudes superiores. Sobre todo, aprendimos a transmitir todas esas ventajas a nuestros hijos” (20). Y Stewart resume de un golpe la verdad objetiva que los ejecutivos e intelectuales profesionales se empeñan en negar:

“Nosotros hacemos girar la máquina que transfiere los recursos del 90% al 0,1%. Estamos contentos de apropiarnos de nuestra parte de la torta”. El color de piel blanco y el género masculino constituyen sin dudas privilegios en las sociedades occidentales, pertenecer al 10% más educado también, pero quienes tienen ese beneficio lo relativizan con esmero.

La influencia creciente de los intelectuales prósperos reconfiguró profundamente el paisaje político occidental. Después de la Segunda Guerra Mundial, la población menos diplomada y menos rica votaba mayoritariamente por los partidos de izquierda, al igual que una pequeña fracción de las profesiones intelectuales ligadas al sector público. Esa coalición se desintegró. Socialistas, Demócratas, Verdes son desde los años 1990 “partidos de diplomados” abandonados por las clases populares, como lo analizaron Thomas Frank y, tiempo después, Thomas Piketty. Por primera vez, en noviembre de 2016, nos solamente los estadounidenses más educados sino también los más ricos votaron mayoritariamente a los demócratas. Obreros y empleados abandonan el juego electoral o desplazan sus votos a partidos que, aunque no representan sus intereses económicos, se definen como opositores a las elites liberales. Como escribe Piketty “Si queremos comprender el ascenso del ‘populismo’ no sería inútil comenzar por analizar este empoderamiento del ‘elitismo’” (21).

Esta línea de fractura es un regalo del cielo para los comentaristas impacientes por liquidar clivajes que consideran obsoletos. Así lo explica el semanario liberal *The Economist* (6 de junio de 2020), “En muchos países el viejo clivaje izquierda-derecha, fundado en la economía, fue reemplazado por un clivaje liberal-conservador que se apoya en la cultura”. Pero lejos de excluirse, cultura y economía se adicionan. En Francia, ser titular de una maestría sigue estando altamente correlacionado con el origen social: en 2017, el 40% de los hijos de profesionales liberales eran titulares de un diploma universitario de 5 años de duración o graduados de una escuela del estilo de las de ingeniería, contra menos de un 4% de hijos de obreros calificados del sector logístico. El gobierno de los intelectuales acomodados se inscribe en el marco de una lucha de clases bien tradicional.

La ola de “muertos de desesperanza” (suicidio, alcohol, droga) en Estados Unidos nos brinda una trágica ilustración de ello: de acuerdo a los investigadores Angus Deaton y Anne Case, este aumento de las muertes estimado en 600.000 entre 1999 y 2017 en el seno de la población blanca de entre 45 y 54 años se aplica casi exclusivamente a los no diplomados. Desde 1990, su tasa de mortalidad aumentó en un 25%, mientras que la de los titulares de un *bachelor* disminuyó en un 40%. “Para los sin diploma, el nivel de sufrimiento, de deterioro de la salud y de problemas mentales aumenta mientras que la capacidad de trabajar y socializar disminuye. La distancia aumenta también en materia de ingresos y de estabilidad familiar. Un *bachelor* se ha transformado en la principal referencia del estatuto social” (22).

En su distopía escrita hace 70 años, Michael Young no decía nada muy diferente. Pero su obra terminaba con una nota optimista. En mayo de 2033 estallaba un potente movimiento “populista” impulsado por las mujeres, separadas de la redistribución de los poderes meritocráticos para beneficio

de los hombres. “Por primera vez, una minoría disidente de la elite se aliaba con las clases inferiores, hasta entonces tan aisladas y dóciles”, escribe el pretencioso narrador de Young, sin precisar si los rebeldes vestían un chaleco amarillo. Estallaban revueltas. Los empleados de un negocio de lujo decidían destruir su local. Encontraban al ministro de Educación apuñalado. Una huelga general se organizaba para el 1º de mayo de 2034, la primera después de 40 años.

Desorientado, el narrador, repentinamente menos pretencioso, apostaba al rápido agotamiento del movimiento. Su descripción se interrumpía súbitamente. En el manuscrito una lacónica nota del editor indicaba que no había sobrevivido a la insurrección. ■

1. Michaël Young, *The Rise of the Meritocracy 1870-2033. An Essay on Education and Equality*, Thames and Hudson, Londres, 1958.
2. Thomas Frank, *Pourquoi les riches votent à gauche*, Agone, Marsella, 2018.
3. Jean-Claude Chamboredon, “La délinquance juvénile, essai de construction d’objet”, *Revue française de sociologie*, Vol. 12, N° 3, 1971.
4. Robert Paxton, *La France de Vichy*, Seuil, París, 1973.
5. Pierre Bourdieu, *Sur l’État*, Seuil/Raisons d’Agir, París, 2012.
6. Etienne Balazs, *La Bureaucratie céleste. Recherches sur l’économie et la société de la Chine traditionnelle*, Gallimard, París, 1968.
7. Isabelle Kalinowski, “‘Ils ne songent pas à désirer le nirvana’. La sociologie des intellectuels dans *Hindouisme et bouddhisme* de Max Weber”, en Johan Heilbron, Rémi Lenoir y Gisèle Sapiro (dirs.), *Pour une histoire sociale des sciences sociales*, Fayard, París, 2004.
8. Véase Lawrence Peter King e Iván Szelenyi, *Theories of the new Class. Intellectuals and Power*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2004.
9. Marc Ferro, prefacio a la nueva edición de *La Révolution de 1917*, Albin Michel, París, 1997.
10. Serge Halimi, *Le Grand Bond en arrière*, Fayard, París, 2004.
11. Alvin Gouldner, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, MacMillan, Londres y Basingstoke, 1979.
12. Dominique Damamme, “Genèse sociale d’une institution scolaire. L’Ecole libre des sciences politiques”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, N° 70, 1987.
13. Mark Bovens y Anchrist Wille, *Diploma Democracy. The Rise of Political Meritocracy*, Oxford University Press, 2017.
14. Nicholas Carnes y Noam Lupu, “What Good Is a College Degree? Education and Leader Quality Reconsidered”, *The Journal of Politics*, Vol. 78, N° 1, 2006.
15. Elizabeth Currid-Halkett, *The Sum of Small Things*, Princeton University Press, 2017.
16. Daniel Markovits, *The Meritocracy Trap. How America’s Foundational Myth Feeds Inequality, Dismantles the Middle Class and Devours the Elite*, Penguin Press, Nueva York, 2019.
17. Véase Benoît Bréville, “Quand les grandes villes font sécession”, *Le Monde diplomatique*, marzo de 2020. Richard V. Reeves, *Dream hoarders. How the American Upper Middle Class is Leaving Everyone Else in the Dust*, Brookings Institution Press, Washington, 2017.
18. Véase, para Estados Unidos: Raj Chetty et al., “Income Segregation and Intergenerational Mobility Across Colleges in the United States”, NBER working papers, febrero de 2020. Y, para Francia: Pierre François y Nicolas Berkouk, “Les concours sont-ils neutres? Concurrence et parrainage dans l’accès à l’École polytechnique”, *Sociologie*, N° 2, Vol. 9, París, 2018.
19. Véase Emmanuel Todd, *Où en sommes-nous. Une esquisse de l’histoire humaine*, Seuil, París, 2017.
20. Matthew Stewart, “The birth of a new american aristocracy”, *The Atlantic*, Washington, DC, junio de 2018.
21. Thomas Piketty, *Capital e ideologia*, Planeta, Buenos Aires, 2019.
22. Angus Deaton y Anne Case, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton University Press, 2020.

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Heber Ostroviesky

Arte y cultura “en el centro de la vida”

¿Para qué sirven los artistas?

por Evelyne Peiller*

Desde el siglo XIX los artistas se preguntan si podrán vivir de su profesión y discuten sobre el rol que juegan en la sociedad.

¡Qué maravilla! Hoy en día el arte está bien, pero que muy bien considerado por nuestros políticos. Por lo que parece, se ha convertido en poco menos que el bálsamo de Fierabrás capaz de subsanar los muchos problemas que plantea o agudiza la actual “crisis” sanitaria y social. Bueno, tampoco exageremos, casi siempre se trata del arte y la cultura, todo junto, independientemente de lo que entendamos por ello.

Pero no, de verdad: es un momento impactante. El pasado 2 de mayo, en respuesta a una tribuna titulada “La culture oubliée” (“La cultura olvidada”, *Le Monde*, 30 de abril), firmada por una buena cohorte de artistas de renombre, Emmanuel Macron dirigió a éstos un tuit entusiasta: “No hay manera de inventar el futuro sin vuestra capacidad de imaginación”. El 6 de mayo, al terminar su encuentro con otro grupo, afirmó enérgicamente que se pondría en marcha un programa de encargos públicos (acerca de artistas jóvenes, vaya usted a saber por qué...) y que “la creación artística es algo esencial que quizás ha aparecido con más fuerza aún entre nuestros conciudadanos durante este periodo”. La frase renquea un poco, pero la idea es potente. De hecho, al confinamiento lo acompañó una sentida y continua loa hacia los poderes del arte, inesperado consuelo de los ciudadanos. Un arte en línea, eso sí, pero que dio a todos la oportunidad de descubrir que “gracias a él podemos mantener el vínculo con los demás y al mismo tiempo fortalecernos, blindarnos y enriquecernos”, como así resumió el presidente del Centro Pompidou (1).

Al arte se le honra como algo necesario; y también se le solicita, por cierto, para la operación presidencial del “verano de aprendizaje y cultura”, destinado a “poner de nuevo [¿de nuevo?] las artes y la cultura en el centro de la vida de los jóvenes y de sus familias, ya desde el verano”, como leemos en los sitios web del Ministerio de Cultura y del Ministerio de Educación Nacional y Juventud. Un ejemplo, para que quede claro: el Théâtre de l’Odéon-Théâtre de l’Europe, inmediato cumplidor del mandato, ofrece intervenciones en torno a las “mujeres en Molière” o *Las mil y una noches*. Como educador, agente del vínculo social y hasta del *care* (“cuidados a los demás”), el artista se sitúa entre los profesionales útiles, incluso indispensables.



Francisco González-Vera, Paletas (mixta sobre papel), 2020

Este tema de la utilidad social, que puede recibir respuestas sumamente variadas, no siempre se ha planteado, ni para los artistas, ni para sus financiadores ni, en términos más generales, para el público. Durante siglos no se ha cuestionado la función de los artistas: reciben encargos y subsidios de los poderosos y contribuyen con sus obras a cantar su gloria, a dejar constancia de su esplendor, a manifestar la grandeza de una comunidad nacional o religiosa, y hasta de una clase social en ascenso, incluso a través de la diversión. Ya sean pintores, dramaturgos o músicos, no les suele corroer el desaliento, lo cual no impide que tengan problemas de dinero y de ego si los mecenas les dan la espalda. Como “creadores” o “artesanos”, tienen un lugar asignado en la sociedad. Realizan un trabajo que rara vez sienten necesidad de justificar o teorizar, si no es frente a sus pares, como hace Pierre Corneille para *Le Cid* frente a los ataques de la Academia Francesa, que tacha la obra de algo laxa con la verosimilitud y un tanto chocante en lo que a la moral atañe.

Nuevos valores

La sociedad tampoco cuestiona la legitimidad de su existencia. Hay que esperar al siglo XIX para que, tanto en la sociedad como entre los propios artistas, surja la pregunta de para quién y para qué crean, de por quiénes y por qué pueden ser pagados. Los patrocinadores del Antiguo Régimen en lo esencial han desaparecido, se han establecido nuevos canales de distribución e imperan nuevos valores, tanto estéticos como morales. Para la opinión dominante, como lo definirá de forma cruel, pero para nada sorpresiva, el *Dictionnaire des idées reçues* de Gustave Flaubert, el arte ahora “conduce al hospital” –en otras palabras, a la miseria– y, en cuanto a los artistas, “a lo que hacen no se le puede llamar trabajo”.

Por parte de los artistas domina el malestar. Cada vez más numerosos, cada vez más sujetos a la aprobación de las mayorías si desean “triunfar”, se preguntan:

¿trabajar para los “burgueses” a quienes despreciamos? ¿para el pueblo que pasa de nosotros? En un mundo que prioriza lo útil y lo rentable, ¿de qué sirve la búsqueda desinteresada de un ideal de Belleza? De tales planteamientos van a nacer las figuras del artista maldito, del incomprendido, y también del que se refugia en su torre de marfil, haciendo bandera de su inutilidad, condenado a la soledad exaltada del arte por el arte, mientras se abre y extiende un abismo entre los innovadores y el público. En la línea de Honoré Daumier y Camille Pissarro, que colaboraron en periódicos, de Gustave Courbet, que organizó él mismo la exposición de sus obras, al margen de la selección oficial que las rechazó para la Exposición Universal de 1855, de Victor Hugo, que decidió escribir para el pueblo, no todos los artistas del fastuoso siglo XIX se recrearon en el culto a lo inútil, como miembros de una elite que, al margen del mundo, solo se preocupa por su propia búsqueda estética.

Pero esta postura de repliegue aristocrático, de rechazo a las masas (correspondido), inducida por el marco político y social y luego teorizada, casi inventada al alimón, en un juego de espejos, por el público que se desentiende y por los artistas a los que margina, va a hacer que cuaje y se perpetúe una representación del artista como parásito más o menos inspirado, diferente de los demás ciudadanos, a quien su práctica y su eventual talento sitúan en un lugar “aparte”. Y también una representación del arte, preferiblemente el no rentable, como un “suplemento de alma”. Todo lo cual, con su punto de nebulosa elegancia, indica a las claras que nos situamos en el mundo de lo superfluo.

Suplemento del alma

Dicho esto, en determinados momentos de la historia colectiva, hubo gobiernos, sociedades, pintores y escritores que acometieron el esfuerzo de definir y potenciar la utilidad de los artistas. En varios niveles. Así es como han vuelto a sonar últimamente, en boca de los líderes y sus voceros, referencias al olvidado New Deal. De repente aparece como un modelo para nuestros tiempos de “crisis”. Es cierto que este “nuevo trato”, lanzado por el presidente Franklin Delano Roosevelt en 1933 y que duró hasta la guerra, supuso una conmoción. A los artistas se los consideró como trabajadores, con habilidades especiales que podían ser remuneradas como tales. El New Deal permitió contratar a actores (13 mil), escritores (7000), músicos (2500)..., todos ellos con una misión de interés general: impartir educación popular, animar grupos de aficionados, ofrecer teatro donde no lo había, grabar las músicas negras del Sur, recopilar las historias de los descendientes de esclavos, embellecer los barrios con frescos (2500) en la línea de los muralistas mexicanos Diego Rivera o David Alfaro Siqueiros, escribir la historia de las ciudades, dar testimonio de la Gran Depresión a través de fotografías, etc. Fue algo digno de asombro.

De Orson Welles al pintor Jackson Pollock, de los fotógrafos Dorothea Lange y Walker Evans a los escritores Richard Wright –autor de *Black Boy*–, Saul Bellow o John Steinbeck, muchos de los que hoy en día siguen siendo referencias ineludibles trabajaron entonces en este marco. Su especificidad se puso al servicio del interés colectivo. Estamos lejos del “suplemento de alma” y de la soledad del excéntrico inadaptado (2). Esta integración del artista, en un contexto de huelgas masivas en la industria, de marchas del hambre, de reivindicaciones defendidas en particular por un Partido Comunista muy activo, se justifica por una razón económica –reducir el número de desempleados– y por la voluntad de dar al país una gran cultura nacional. Los resultados serán sorprendentes y permitirán el encuentro entre actores-trabajadores y comedia musical (3), harán que prospere la pintura regionalista y se multiplique el intercambio entre profesionales y aficionados, que florezcan el agitprop y la estética inspirada en Bertolt Brecht... Trabajan para la nación –algunos de ellos entienden por su parte que trabajan para el pueblo–, se reconoce su utilidad sin la menor suspicacia (veinticinco millones de estadounidenses descubren el teatro), pero el conjunto pronto se antojará demasiado “rojo” a los miembros de la Comisión de Actividades Antiestadounidenses, en la era del macartismo.

Realismo socialista

Precisamente en la misma época, en la Unión Soviética se abre otra vía para determinar los deberes que darán al artista sus derechos: tendrá que seguir la doctrina del realismo socialista. En 1934, en el primer Congreso de Escritores Soviéticos, los estatutos de su unión van a definir dicha estética: “El realismo socialista, como método

fundamental [...], exige del artista una representación veraz e históricamente concreta de la realidad en su desarrollo revolucionario. Por el carácter históricamente concreto y veraz de su representación de la realidad, debe contribuir a la transformación ideológica y a la educación del pueblo trabajador en el espíritu del socialismo”. También aquí se trata de ser útil, pero mediante la adecuación de forma y fondo con el proyecto revolucionario. Mientras que el New Deal, tras caer en el olvido, se ha convertido hoy en ejemplo, esa legitimación del artista por lo político, considerada como una sujeción de la libertad del creador a normas y objetivos ideológicos, no se ha borrado y sigue sufriendo un vívido descrédito. Con todo, cualesquiera que sean los méritos sobresalientes del New Deal, cabe preguntarse: ¿qué lugar ocupa la “libertad del creador” cuando, para recibir un salario, debe estar al servicio de la nación?

El tema está cada vez más a la orden del día... ¿Cómo evitar que el artista sea considerado necesario para la sociedad sin pedirle, con opción a elegir o de una tacada, que contribuya a la grandeza del país, que eduque a la población, que sirva a su cohesión y que sea partícipe de una voluntad colectiva? ¿No se estarán cercenando sus propias aspiraciones, en un atropello a su más preciada intimidad? Les Nouveaux Commanditaires (“los nuevos comanditarios”) creen haber dado con la solución. Iniciado en 1991 por el fotógrafo François Hers, con el respaldo de la Fondation de France y el apoyo del sociólogo Bruno Latour, este movimiento quiere dar nacimiento a un “arte de la democracia”, porque, como afirma el historiador del arte Thomas Schlessler en respuesta a la declaración presidencial sobre los futuros encargos, “la finalidad ya no puede consistir úni-

camente en apoyar la oferta creadora de artistas plásticos, arquitectos, compositores o escritores; en una democracia, la finalidad debe ser responder a la demanda de los ciudadanos” (4). Para, por ejemplo, “hacer visible un lugar o una actividad devaluada, dar vida a una memoria, materializar un sentido de pertenencia identitaria, mejorar un entorno de vida”, se establece un protocolo de debate y negociación con el artista propuesto por un mediador (los artistas plásticos Daniel Buren o Xavier Veilhan, el arquitecto Patrick Bouchain...), lo cual “presupone por su parte una gran receptividad y la aceptación de una verdadera horizontalidad”.

Las preguntas

Así nació, a petición de nueve vecinos del barrio, el corazón de tintes rojizos que late en lo alto de un mástil de ocho metros de altura, en la Porte de Clignancourt de París, obra de la artista portuguesa Joana Vasconcelos. En este “arte de la democracia”, “ya no le corresponde al ministerio implementar una política cultural, nos corresponde a nosotros y nosotras –ciudadanos y artistas– llevarla a cabo juntos”, con “un sistema de delegación a la iniciativa privada” cuya construcción está a cargo de las autoridades. Es más que probable que este modelo, promocionado por una institución de derecho igualmente privado, tenga ante sí magníficas perspectivas de futuro: invita al artista a adherirse a los temas elegidos por la ideología dominante y santificados por la “ciudadanía” y la horizontalidad, lo que permite dar carpetazo a la idea de una política pública; invita al nuevo comanditario a elegir entre un catálogo de artistas debidamente acreditados por el mercado. Entre el cliente y el proveedor de servicios, el artista es un adornista que cubre una demanda local de *care*. Apaga y vámonos.

En 1935, en la época del fascismo, del nazismo, del comienzo de las grandes purgas estalinistas y de los albores del Frente Popular, se celebró en París el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (5). Los 230 participantes, muchos de ellos exiliados (Bertolt Brecht, Ernst Toller, Heinrich y Klaus Mann, etc.), se preguntan por el sentido de su trabajo en ese preciso momento. ¿Para quién, para qué? ¿Experimentar, ilustrar? ¿Elegir lo íntimo o lo político? Tal vez en boca del filósofo Ernst Bloch hay un esbozo de respuesta: “Queda en el mundo una buena parte de ensueño aún sin usar, de historia aún sin elaborar, de naturaleza aún sin vender”. Ponernos precisamente ante aquello que nos falta y provocar el deseo de alcanzarlo, he ahí una meta magníficamente útil. Para todos y cada uno. ■

1. Entrevista con Serge Lasvignes, “L’art est absolument crucial”, Radio France International, 17 de marzo de 2020.

2. Véase Francis V. O’Connor, *Art for the Millions: Essays from the 1930’s by Artists and Administrators of the WPA Federal Art Project*, New York Graphic Society, Greenwich, 1973.

3. Véase “Pins and Needles”, une comédie musicale syndicale”, 42e Rue, France Musique, 2 de noviembre de 2014.

4. Thomas Schlessler, “Si on veut que la commande soit l’avenir de l’art, il faut la rendre vraiment démocratique”, *Le Monde*, 8 de junio de 2020. Véase también *Faire art comme on fait société. Les Nouveaux commanditaires*, Les Presses du Réel, Dijon, 2013, y el sitio web: www.nouveauxcommanditaires.eu

5. *Pour la défense de la culture. Les textes du Congrès international des écrivains. Paris, juin 1935*, textos reunidos y presentados por Sandra Teroni y Wolfgang Klein, Éditions Universitaires de Dijon, 2005.

*Escritora

Los Libros de la Radio que piensa



EDGARDO ENRÍQUEZ FRØEDDEN
TESTIMONIO DE UN DESTIERRO
Jorge Gilbert Ceballos

Ediciones Radio Universidad de Chile presenta el libro “Edgardo Enriquez Frøedden, testimonio de un destierro” de Jorge Gilbert.

Las transcripciones textuales a largas conversaciones entre el autor y Edgardo Enriquez, los silencios, los olvidos, nos invitan a vivir de manera íntima procesos históricos fundamentales sucedidos en el Chile previo a la dictadura.



CANTO UNIDO UN ENCUENTRO AMERICANO
David Spener

Un relato en profundidad de la vida de cuatro importantes artistas, sus historias, anécdotas y los testimonios de quienes les conocieron. Violeta Parra, enmarcada en el clima social de su época. Une al relato de la chilena, la historia de Woody Guthrie, músico estadounidense, que nos muestra notables coincidencias. Otro tanto sucede con Víctor Jara y Phil Ochs, personajes que llegan a conocerse durante el Gobierno de la Unidad Popular. Al igual que Guthrie y Violeta, el lector puede apreciar con claridad la similitud entre las miradas de Jara y Ochs sobre la realidad que les tocó vivir.



BUENAS SEÑALES (PARA UN BELLO SINO)
Sergio Jara (Argo Jeria)

“Una vez iniciada, es difícil distraerse de la lectura de este conjunto de crónicas, que nos llevan por una ruta que cruza distintos ámbitos de la vida. La del autor, claro está, pero también la del lector. Reflexiones sobre política, amor, libros, música, amistad, viajes; más recuerdos plagados de anécdotas que, sin embargo, trascienden con mucho lo meramente anecdótico...” “En más de algún pasaje, de pronto, inevitablemente se transportarán a momentos de la propia existencia, haciéndolos viajar hasta ese episodio vivido años ha, y que parecía irremediablemente olvidado...”



LA POLICÍA EN DEMOCRACIA
Sebastian Roché

Sebastián Roché ha recogido el fruto de varios años de trabajo de campo y múltiples estudios comparados para intentar comprender de mejor manera la relación entre la policía y el público. Los gobiernos de los países que no han sabido adaptar sus policías al giro democratizador, enfrentan con mayor dificultad su relación con la ciudadanía. El interés de este análisis para América Latina es evidente. Los sistemas policiales de Francia y Chile comparten una tradición jerárquica y centralizada de escasa transparencia. La policía es, ante todo, una institución al servicio de la comunidad.

ediciones

102.5 FM
Adquiéralos en:
Miguel Claro 509
Providencia

Las fuerzas del orden social

Violencia policial, los orígenes de la desconfianza

por Laurent Bonelli*

Se ha abierto un debate sobre la violencia policial en Francia, Estados Unidos y muchos otros países. La misión de las fuerzas del orden, requeridas con demasiada frecuencia para reprimir, con notable brutalidad, movimientos sociales, se confunde con la de una guardia pretoriana del poder y su popularidad se ha resentido.

Las imágenes de la agonía de George Floyd, asfixiado por un policía de Minneapolis bajo la mirada impasible de sus compañeros, desataron una ola de protestas de inusual magnitud en Estados Unidos. Cientos de miles de personas se manifestaron por todo el país para denunciar con vehemencia, a veces con violencia, el trato discriminatorio que la policía dispensa a las minorías. Pocos días después, decenas de miles de manifestantes se concentraban en París y en varias ciudades francesas, convocados por el Comité de Justicia para Adama Traoré, quien murió después de que los gendarmes lo detuvieran en julio de 2016. Junto a ciudadanos de a pie desfilaron personalidades políticas de primer orden, mientras que el movimiento recibió el apoyo de estrellas del cine, el fútbol o la música. Hasta consiguió rápidamente que el ministro del Interior, Christophe Castaner, cuestionara las prácticas de estrangulamiento y prometiera mejorar la deontología de las fuerzas del orden, particularmente en lo relativo al racismo.

El alcance de esta movilización, al igual que su eco político y mediático, contrastan con la historia de la lucha contra la violencia policial. Desde Youssef Khaïf hasta Lamine Dieng, desde Wissam El-Yamni hasta Ibrahima Bah, pasando por Zyed Benna y Bouna Traoré, Abdulkader Bouziane, Allan Lambin, Amine Bentounsi y muchos otros, la lista de jóvenes de entornos populares cuya muerte es imputable, directa o indirectamente, a las fuerzas del orden es larga. El sitio web Basta! ha contabilizado 676 personas que murieron a manos de los agentes de la Policía o de la Gendarmería en Francia entre enero de 1977 y diciembre de 2019, lo que equivale a un promedio de 16 muertes por año. La mitad de ellos tenían menos de 26 años y cerca de la mitad de los casos tuvieron lugar en la región parisina y las áreas metropolitanas de Lyon y Marsella.

Las fases de la reacción ante estos dramas se repiten y asemejan: el barrio de la víctima estalla en protestas durante varias noches, sus seres queridos organizan manifestaciones locales, y, por último, la familia y algunos activistas tenaces emprenden largos años de batallas judiciales que solo en contados casos terminan con una condena de los funcionarios acusados. Pero, hasta hace poco, los esfuerzos para dar mayor alcance a estas iniciativas habían sido infructuosos.

Esta causa sigue siendo impopular porque, por lo general, tiene que ver con víctimas “ilegítimas”, “conocidas por los servicios de Policía”. Su descalificación por las autoridades ba-



Paula Huenchumil Labraña, Hilos desde la impotencia (bordado - detalle), 2019
(Instagram: @ojos_chinos)

jo ese término, así como la exhibición complaciente por parte de la prensa de sus eventuales antecedentes penales generan dudas sobre el desarrollo de los hechos y refuerzan el relato policial. También vuelven más difícil el apoyo de fuerzas políticas o sindicales de izquierda, históricamente sensibles a la represión obrera, pero incómodas con aquellos reacios al orden salarial, que en otro tiempo calificaban de “lumpenproletariado”. Esta incomodidad se ve acentuada por la distancia, que se ha ido agrandando, entre estas organizaciones y los jóvenes de las periferias, a quienes ya no son capaces de integrar en sus filas y cuyas condiciones concretas de existencia les cuesta tener en cuenta. Por su parte, los intentos de construir una autonomía política de los barrios populares, es decir, estructuras capaces de ofrecer otro discurso sobre estos últimos, solo han conocido éxitos puntuales.

Desconfianza a la policía

Así pues, ¿cómo explicar la amplitud de las protestas de junio de 2020? Podemos mencionar la coincidencia del calendario francés con la muerte de George Floyd en Estados Unidos y la conmoción que esta ha suscitado internacionalmente, sin duda espoleada por una hostilidad bastante general hacia Donald Trump y sus políticas. También podemos señalar el tenaz trabajo de algunos activistas –como los del Movimiento de la Inmigración y los Suburbios (MIB, por sus siglas en francés)– a la hora de organizar la lucha contra la violencia policial, de la que Assa Traoré, la hermana de Adama, ha sabido convertirse en carismática portavoz. Pero todas estas razones quizá no habrían bastado si la desconfianza hacia las fuerzas del orden no se hubiera extendido fuera de los círculos en los que tradicionalmente se ha expresado.

desplazado de los barrios periféricos hacia los centros urbanos y ahora afecta a una parte de la población que no estaba acostumbrada a esa experiencia. La crisis de los “chalecos amarillos”, las manifestaciones contra la reforma laboral o de las pensiones, así como los controles efectuados durante el confinamiento debido a la epidemia de Covid-19 se han traducido en un aumento considerable de las víctimas y los testigos de las intervenciones policiales, mucho más allá de lo que los sociólogos llaman las “tradicionales presas de la policía”. Sin duda, esta extensión del poder policial en nuestras sociedades permite comprender las resistencias colectivas que se manifiestan actualmente.

Para explicar este movimiento es necesario en primer lugar disipar el persistente mito de que la Policía se ocupa exclusivamente de combatir la delincuencia. Con excepción de unas pocas unidades especializadas, esta tarea no supone más del 20% de su actividad. Los policías suelen participar en la resolución de una infinidad de situaciones sin repercusiones penales: conflictos de vecindad, domésticos o relacionados con la ocupación del espacio público, regulación del tráfico automovilístico, información administrativa, gestión de concentraciones públicas, control de la inmigración irregular, vigilancia política, apoyo a otras instituciones (desde emergencias médicas hasta desahucios), etc. El sociólogo estadounidense Egon Bittner subraya que “no hay ningún problema humano, real o imaginable, del que pueda decirse con certeza que en ningún caso podría convertirse en asunto de la Policía”. Por tanto, esta es menos una agencia de aplicación de la ley –como sugiere el término anglosajón de *law enforcement agency*– que una fuerza del orden, es decir, una institución dedicada al mantenimiento de un orden social determinado.

Armas electorales

Sin embargo, a partir de la década de 1980, a muchos gobernantes les pareció que la Policía constituía la solución mágica para afrontar las consecuencias del aumento de las desigualdades sociales y económicas, observable tanto dentro de las sociedades occidentales como entre los países del Norte y el Sur. Con variaciones de cronología y tono, los temas de la inseguridad y la inmigración (irregular, en particular) se politizan, y partidos políticos de inspiración y tendencias diferentes los convierten en armas electorales. Las políticas sociales, de prevención y desarrollo, sin ser nunca completamente abandonadas, dejan paso gradualmente a enfoques más “securitarios”, que pasan por el control y la coerción. Así, no se trata tanto de luchar contra las causas estructurales de las desigualdades (percibidas como deseables por unos, fuera de su alcance por otros) como de disciplinar a los segmentos de la población menos dóciles al nuevo orden social neoliberal, interior e internacional.

Entre las racionalizaciones que acompañan esta dinámica, la “teoría de las ventanas rotas” ocupa un lugar especial. Desarrollada por dos académicos estadounidenses, James Q. Wilson y Georges L. Kelling, sugiere que la tolerancia hacia los pequeños desórdenes urbanos conduce gradualmente al desarrollo de formas más graves de delincuencia. Pese a su falta de fundamentos empíricos –Wilson admitió más tarde que se trataba de una me-

El alcance de esta desconfianza sigue siendo difícil de medir. Las encuestas nos dan pistas. Por ejemplo, la publicada por el semanario *L'Express* (20 de enero de 2020) –el cual, no obstante, no es de los más críticos con la institución– revelaba que solo el 43% de las personas encuestadas “confiaban” en los policías, y que el 20% sentía “inquietud” frente a ellos y el 10%, “hostilidad”. Trabajos científicos confirman esta tendencia. Así, un amplio sondeo europeo realizado en 2011-2012 con 51.000 encuestados determinó que la percepción de la Policía francesa es particularmente negativa. Se sitúa en 19ª posición en una lista de 26 países en cuanto al respeto que muestra en su trato de las personas (solamente por delante de la República Checa, Grecia, Eslovaquia, Bulgaria, Ucrania, Rusia e Israel). En Francia, cualquier manifestante ha podido constatar también que actualmente el lema “Todo el mundo odia a la policía” forma parte del repertorio clásico de las manifestaciones.

Registros de la represión

El uso de la fuerza, justificado o no, ciertamente se ha vuelto más visible. Los teléfonos inteligentes equipados con cámaras digitales permiten documentarlo profusamente y las redes sociales, difundirlo. Hasta el punto de que, recientemente, una treintena de diputados, transmitiendo las demandas de sindicatos policiales, intentaron que se castigara con 15.000 euros de multa y un año de cárcel “la difusión por cualquier medio y en cualquier soporte de la imagen de funcionarios de la Policía Nacional, militares, policías municipales o agentes de aduanas” (Asamblea Nacional, 26 de mayo de 2020). Una medida ya adoptada en España tras el gran movimiento del 15-M, en 2011.

La acción represiva de las fuerzas del orden también es más perceptible, ya que se ha

ra “especulación” (*The New York Times*, 6 de enero de 2004)–, conoció una difusión a nivel mundial después de que Rudolph Giuliani, alcalde de Nueva York entre 1994 y 2001, y su jefe de Policía, William Bratton, se inspiraran en ella para reformar la institución.

Desde Estados Unidos hasta Francia, pasando por Reino Unido o España, se privilegian dos vías complementarias: el endurecimiento de la represión penal de los delitos menores en la vía pública y el desarrollo de medidas administrativas de legalidad a veces cuestionable, como decretos antimendicidad y toques de queda para menores o pandillas, que permiten multar lo que los británicos llaman “comportamientos antisociales” (*anti social behaviours*). El consumo de alcohol o drogas en la calle, la ocupación del espacio público, el uso fraudulento del transporte, los juegos de azar, la mendicidad “agresiva”, el lavado de parabrisas en los semáforos, la venta ambulante (bebidas frías, copias de CD y DVD, bolsos, gafas de sol, cinturones, etc.) o la prostitución callejera se convierten en objetivos prioritarios de la Policía.

En efecto, los Gobiernos confían principalmente a esta última la tarea de regular la pequeña delincuencia y la “incivilidad”, gracias a los nuevos poderes que le han otorgado. Como indican Wilson y Kelling, los policías pueden “realizar arrestos por motivos tales como ‘individuo sospechoso’, ‘vagabundo’ o ‘embriaguez en la vía pública’, acusaciones todas ellas desprovistas de sólido significado legal. Ahora bien, si existen tales cargos no es porque la sociedad encomiende a los tribunales la misión de castigar el vagabundeo o la ebriedad, sino porque quiere proporcionar a la Policía herramientas jurídicas que le permitan topusar a los indeseables de un barrio, cuando todos los esfuerzos informales para hacer reinar el orden han fracasado”.

Desplazar el problema

No obstante, confiar a una institución la solución de un problema determinado tiene consecuencias. Efectivamente, favorece la imposición de su enfoque y análisis. Las burocracias, recuerda el politólogo estadounidense Murray Edelman, tienden “a construir los problemas en tanto justificación de las soluciones que ofrecen”: existe una visión institucional de las cosas, sedimentada en su historia, que se manifiesta en rutinas, pautas, habilidades y representaciones que les son impuestas a sus agentes tanto en su formación como en su trabajo cotidiano (mediante los consejos y llamamientos al orden de sus superiores). A los policías les gusta recordar que “no son asistentes sociales” y valoran la coerción. Por tanto, regularán el orden urbano “a su manera”, principalmente, implantando estrategias de acoso. Un comisario de los Mossos d’Esquadra explicaba en una entrevista su política respecto a los jóvenes que se reúnen en los espacios públicos de Barcelona: “Vas a la plaza, te cabreas, les presionas un poco y les dices: ‘Bueno, vendré cada día. Si mañana sigues aquí, te pediré los papeles; si consumes alcohol en la vía pública, te levantaré un acta; si tienes chocolate [cannabis], también’. Lo que quiere decir que, de un modo u otro, hacemos que se marchen. Eso permite desplazar el problema”. Esta combinación de represión y destierro de los que son percibidos como indeseables resume bastante bien el sentido práctico de las fuerzas del orden a la hora de cumplir con las misiones que les son encomendadas.

Obviamente, estas tácticas generan resistencia en quienes son su blanco, en forma de insultos, negativas a obedecer y, a veces, confrontaciones individuales o colectivas, sobre todo cuando el equilibrio de fuerzas no es favorable a los policías. Así, en Francia, el número de ofensas y actos de violencia contra los agentes de la autoridad pasó de 22.000 en

1990 a 68.000 en 2019, es decir, se han triplicado en treinta años.

Frente a esta situación, la institución ha reaccionado equipando a su personal con material defensivo (chalecos antibalas y granadas *sting-ball*) y ofensivo (lanzadores de balas de defensa [LBD] y pistolas de electrochoque). Este equipamiento ha sido criticado como una “militarización” de la Policía, particularmente evidente en unidades especializadas como las Brigadas Anti-Criminalidad francesas (BAC). Sus insignias, repletas de imágenes de predadores (tigres, lobos, leones, cocodrilos, cobras, etc.) que vigilan la ciudad dormida, arrojan luz sobre la clase de relación con el espacio y la población que quieren encarnar. La Street Crime Unit de Nueva York, disuelta en 2002 tras haber cosido a balas a un joven afroamericano desarmado, incluso tenía por divisa “Somos los dueños de la noche” (*We own the night*). Al desarrollar prácticas de intervención agresivas, estas unidades son responsables de buena parte de la violencia, a veces mortal, que se le reprocha a la institución. También se les acusa de contribuir al recrudecimiento de las tensiones dondequiera que se despliegan.

Huida hacia adelante

De ahí el desarrollo de estrategias complementarias, llamadas según los países “policía comunitaria” o “de proximidad”, que trata de acercar los policías al público mediante una presencia visible (patrullas a pie) y la creación de espacios de diálogo en los que abordar los problemas locales. Estas prácticas se han encontrado con un escaso entusiasmo policial (o con la reproducción de comportamientos violentos) y con recurrentes problemas presupuestarios, debido al coste de los efectivos necesarios. Pero allí donde se han implantado, han contribuido a reforzar la centralidad de la Policía en la regulación de las relaciones sociales y a redefinir estas como un asunto de seguridad. Por tanto, policía “represiva” y “preventiva” no se oponen sino que se complementan a la hora de organizar la vida cotidiana de poblaciones cada vez más grandes.

¿Han cumplido estas estrategias su promesa de atajar los pequeños desórdenes urbanos? Es evidente que no. ¿Pero se podía creer seriamente en su éxito desde el momento en que se ignoraban las causas profundas de dichos desórdenes? De hecho, muchos policías son conscientes de ello cuando en las entrevistas hablan del “cuento de nunca acabar”. Sin embargo, este fracaso no ha alterado el rumbo seguido por los gobernantes. Por el contrario, ha provocado una huida hacia adelante “securitaria”, de la que se ha aprovechado la institución para reclamar cada vez más medios de actuación.

En efecto, la decisión política de convertir las fuerzas policiales en la punta de lanza de la defensa del orden urbano ha revaluado su posición en el campo burocrático y ha situado a los Gobiernos en una relación de interdependencia desfavorable. Este fenómeno se ha acentuado particularmente en Francia [o Estados Unidos debido a la existencia de poderosos sindicatos corporativos. Con una tasa de sindicalización de casi el 70% (frente al 19% de la función pública y el 8% de los empleados del sector privado), la policía es, con mucho, la profesión más organizada. Estructurados en cuerpos (guardias, oficiales y comisarios), estos sindicatos desempeñan un papel importante en sus carreras. A consecuencia del deber de confidencialidad, también son los únicos que pueden opinar en los medios de comunicación, aparte de, por supuesto, sus superiores jerárquicos, lo que limita la expresión pública de la disidencia interna y refuerza la ilusión de unidad policial. Esta fuerza provoca una cohesión

de facto de la institución, que combina negociación, exhortaciones públicas y acciones colectivas (manifestaciones, bajas por enfermedad, abandono de misiones “no urgentes”...).

Aunque no se ha librado de las reformas liberales, la Policía ha sabido protegerse de ellas mejor que otros servicios públicos en términos de revalorización estatutaria y salarial o financiación. Por ejemplo, durante la reforma de las pensiones, en diciembre de 2019, bastó que los propios sindicatos mencionaran la posibilidad de una huelga para que inmediatamente obtuvieran un régimen derogatorio, mientras que centenares de miles de asalariados (de los transportes, la sanidad, la educación, etc.) encadenaban semanas de huelga y manifestaciones sin que sus reivindicaciones fueran satisfechas.

Del mismo modo, la institución obstaculiza eficazmente todo lo que percibe como un cuestionamiento de sus prerrogativas. Las recientes declaraciones de Castaner sobre la posible prohibición de los estrangulamientos desataron inmediatamente acusaciones de “traición” y protestas puntuales, que llevaron al ministro a reconsiderar su postura. Abundan episodios similares, desde las manifestaciones contra el ministro de Justicia Robert Badinter en 1983 a aquellas contra la ley sobre la presunción de inocencia (15 de junio de 2000), pasando por la oposición a la reforma de la prisión preventiva (14 de abril de 2011) o de la “obligación penal” (15 de agosto de 2014). Esta hostilidad a la crítica se expresa también en la resistencia a todos los cuerpos exteriores que podrían controlar su actividad. Autoridades independientes como la Comisión Nacional de Deontología de la Seguridad (CNDS), el Defensor del Pueblo (“Défenseur des droits”) o el Controlador General de los Lugares de Privación de Libertad (CGLPL) han tenido que librar batallas constantes para ejercer su cometido y su radio de acción siempre se ha visto limitado respecto de sus ambiciones iniciales. Esto también vale para la Justicia, incómoda a la hora de juzgar la actuación policial, de la que los magistrados dependen en su trabajo diario. Por último, aunque temida por los policías, la Inspección General de la Policía Nacional (IGPN) parece inclinarse mucho más por sancionar las desviaciones internas que por instruir las denuncias que vienen de fuera. Así, su directora, la comisaria Brigitte Jullien, reconocía que de los 378 casos que había examinado en el marco del movimiento de los “chalecos amarillos”, solo dos habían dado lugar a propuestas de sanción administrativa (“Envoyé spécial”, France 2, 11 de junio de 2020).

Racismo y discriminación

Esta autonomía de la institución sumada al papel central que se le atribuye en la regulación del orden social han transformado las relaciones que sus agentes mantienen con el resto de la sociedad. Dadas las difíciles situaciones que afrontan profesionalmente (accidentes, violencia, conflictos, miseria), tradicionalmente, los policías desarrollan una visión bastante pesimista del mundo social, algo también observable en los bomberos. Esto se combina con representaciones negativas de aquellos a quienes apodan sus “clientes”. Lo que, de hecho, da una clave para comprender el racismo policial. Sin duda, hay una minoría de agentes ideológicamente convencidos de las desigualdades raciales y una tolerancia hacia sus palabras y sus actitudes. Pero en el caso de muchos de sus compañeros, los estereotipos racistas se forjan en las ásperas relaciones que mantienen diariamente con determinadas fracciones de los entornos populares –en gran medida, originarias de la inmigración o de las minorías–, que luego aplican por asociación a todos aquellos que podrían parecerseles.

Ahora bien, desde hace treinta años, la ampliación del espectro de la acción policial ha extendido automáticamente el de los grupos que son objeto de sospecha. Para convencerse de ello, basta con consultar el archivo TAJ (por “tratamiento de antecedentes judiciales”), en el que policías y gendarmes registran a las personas que presentan “indicios serios o concordantes que hacen plausible su participación, como autores o cómplices, en la ejecución de un crimen, delito menor o infracción de quinta clase”; un archivo que de ninguna manera deja presagiar acciones legales y, por lo tanto, de sospechosos, no de culpables. A 15 de noviembre de 2018, 18,9 millones de personas eran objeto de una ficha, es decir, casi el 30% de la población francesa... No es de sorprender que los policías franceses aparezcan como los más desconfiados de Europa para con el resto de los ciudadanos.

Animados por las elites gobernantes y sus propios mandos a percibirse como uno de los últimos baluartes entre el orden y el caos, ya no dudan en utilizar con regularidad técnicas que antes reservaban a delincuentes más endurecidos. La muerte de Cédric Chauviat, un repartidor, después de sufrir un estrangulamiento, la de Steve Maia Caniço, empujado al Loira por una carga policial, el uso masivo de los LBD contra los “chalecos amarillos” o los manifestantes contra la reforma de las pensiones, así como las humillaciones infligidas a estudiantes (como los de Mantes-la-Jolie, arrodillados con las manos en la nuca en diciembre de 2018) y feministas o durante el estado de emergencia sanitaria participan sin duda de esta dinámica.

Sin embargo, esta socava los fundamentos de la autoridad policial. El secretario general del sindicato Unité SGP Police, Yves Lefebvre, deploraba recientemente que la llave de estrangulamiento sea “cada vez más utilizada porque cada vez más gente trata de sustraerse a los controles de policía” (*Libération*, 8 de junio de 2020). Planteaba sin darse cuenta una cuestión central: ¿por qué obedecemos a la Policía? La respuesta es simple: el grado de obediencia a la institución es proporcional a la percepción de su legitimidad. Ahora bien, esta nunca se obtiene de una vez por todas. El derecho penal, explicaba el sociólogo Émile Durkheim, “protege los sentimientos colectivos de un pueblo en un momento determinado de su historia”. Es decir, dibuja las fronteras morales de una sociedad, distinguiendo una mayoría de “buenos ciudadanos” de una minoría de “criminales”. Ahora bien, la creciente delegación en la Policía de la gestión del orden urbano, de los flujos migratorios e incluso de la protesta social y política modifica el peso relativo de los dos grupos. En consecuencia, “la particular nitidez” de los sentimientos colectivos de los que habla Durkheim se difumina y los policías pueden aparecer no ya como los garantes del interés general, sino como los guardianes de un orden social considerado injusto por un creciente número de ciudadanos. Menos obedecidos, emplean de buen grado la fuerza para hacerse respetar, lo que aumenta todavía más la desconfianza que despiertan. Cosa que, a su vez, refuerza su desconfianza hacia los ciudadanos y su voluntad de extender dispositivos de seguridad.

Este círculo vicioso produce un profundo sentimiento de asfixia que las medidas de policía sanitaria (20,7 millones de controles y 1,1 millones de sanciones entre el 17 de marzo y el 11 de mayo de 2020) han llevado a su paroxismo. Haciéndose eco de la asfixia física de George Floyd, esta se expresa hoy en las movilizaciones bajo la consigna unificadora de “¡Dejennos respirar!”. ■

Una vasta comunidad de científicos trabaja en secreto

Confinados en las “empresas-ciudades” del átomo soviético

por Christophe Trontin*

Todos los años, unos 50.000 peregrinos llegan al pueblo de Diveyevo para meditar en las huellas de San Serafín (1754-1833). Está la roca, en medio del bosque, sobre la cual el asceta ruso estuvo rezando durante varios días; un poco más lejos, la fuente congelada en la que se llenan cantimploras y botellas, los más fervientes se sumergen en el pequeño lago lindante; finalmente, se llega al atrio de la Catedral, donde todos se persignan. Pero, Sarov y su Monasterio de la Asunción, verdaderos hitos históricos del santo situados a doce kilómetros de allí, tienen prohibido el acceso. La ciudad, hasta hace poco conocida por el nombre en código de Arzámás-16, se encuentra cerrada al público.

Diveyevo, una aglomeración cercada con alambre de púas y custodiada por patrullas militares, fue borrada de los mapas del país durante el período soviético. Sus habitantes, cuidadosamente seleccionados bajo el mayor secreto, estuvieron encargados de “forjar el escudo atómico del país” al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Ahora que el secreto ya fue ventilado, la ciudad recuperó su nombre de origen. Pero el acceso sigue estando estrictamente reglamentado. Sólo sus habitantes, cerca de 100.000, y los visitantes previamente autorizados pueden atravesar el punto de control instalado en la entrada de la ciudad. Antes de dedicarse a sus ocupaciones, los habitantes de Sarov escanean un pase especial en un lector, ingresan un código de seis cifras, y se someten a un control de identidad. Los visitantes acreditados son invitados a dejar en un depósito sus celulares, cámaras de fotos y otros medios de comunicación; luego, son escoltados hasta la oficina del jefe de protocolo de la empresa que los invita, que será responsable de sus desplazamientos hasta el momento de la salida, a través del mismo punto de control, donde les devuelven sus bienes.

Curiosamente, la Iglesia Ortodoxa se presta sin inconvenientes a estas restricciones de acceso al lugar de peregrinaje. Durante la celebración, en 2007, del sesenta aniversario de la creación de la duodécima dirección del Ministerio Soviético de Defensa, a cargo del ámbito nuclear militar en la iglesia del Cristo Salvador en Moscú, el presidente Vladimir Putin evocó la reconciliación que tuvo lugar, en 1990, entre los ingenieros militares y las autoridades espirituales. Los atomistas de Sarov le restituyeron a la Iglesia las construcciones conservadas del monasterio y, a cambio, el Patriarca convertía a Serafín en el santo patrón de los atomistas.

Durante la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, Josef Stalin le había transmitido al primer ministro británico Winston Churchill y al presidente estadounidense Franklin Roosevelt su temor de que Washington y Londres terminarían por provocar un conflicto con Moscú. No pensaba tener razón tan pronto: apenas conquistaron Berlín, estos aliados ya discutían sobre la oportunidad de aprovechar su superioridad es-



Rodrigo Zamora, Realidad paralela 15 (acuarela/papel), 2019 (www.zamora.cl)

tratégica para acabar con la URSS, considerablemente debilitada por la guerra. El 16 de julio, la amenaza se hizo más concreta: el Proyecto Manhattan concluyó exitosamente y la primera explosión nuclear de la historia sacudió el desierto de Nuevo México. Luego, fue el turno de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki en agosto, que terminó con las últimas dudas sobre la determinación de Estados Unidos de utilizar este nuevo tipo de armas.

El gobierno vio en esta noticia una advertencia directa: mientras que el país se encontraba debilitado por el sacrificio de cerca de 26 millones de soviéticos y la destrucción de su industria, la amenaza que representaban los que antes eran sus aliados no les parecía menor que la que emanaba, cuatro años antes, de los nazis. De este modo, el Consejo de Ministros que se reunió el 20 de agosto de 1945 tomó dos resoluciones históricas: incentivar la investigación para restablecer la paridad estratégica con Occidente y avanzar con el mayor secreto posible, para no tentar al enemigo a terminar su trabajo antes de lo previsto.

Trabajos forzados

A fines de 1945, se inició la búsqueda del emplazamiento ideal para centralizar estas investigaciones ultrasecretas. Tras largas investigaciones, el grupo de trabajo encargado de realizar el proyecto, bajo la dirección de Lavrenti Beria, eligió el pueblo de Sarov, situado a 350 kilómetros al este de Moscú. La ciudad, así como algunos caseríos y pueblitos –alrededor de 9.500 habitantes en esa época– fueron retirados de la administración territorial de Mordovia y borrados de todos los mapas y documentos oficiales. Se procedió a la selección de los habitantes de la ciudad. Los que eran empleados de la fábrica N° 550, especializada en la producción de obuses, mantuvieron sus puestos y las autoridades se encargaron de redistribuir a los demás fuera de la zona prohibida.

Con la llegada de obreros y especialistas, el pueblo fue adquiriendo progresivamente las características de una pequeña ciudad: primero se construyeron inmuebles para viviendas, luego fue necesario instalar un hospital, un estadio, una casa de la cultura, una biblioteca, un teatro y un parque. Ante la urgencia, la construcción avanzaba de manera desordenada, sin estimaciones ni planes previos. Para ganar tiempo, una parte de los laboratorios fueron instalados en los edificios del monasterio. Entre los obreros empleados en la obra, había representantes de un “contingente especial” (así se denominaba a los prisioneros en los documentos oficiales).

Antes de cualquier contratación, los órganos de seguridad verificaban los antecedentes del candidato “hasta la tercera generación” tanto para un ingeniero de la oficina de gestión de proyectos, la “KB-11”, como para un obrero afectado a alguna de las numerosas obras especializadas. Los empleados del emplazamiento no podían abandonarlo sin la autorización del servicio de seguridad. Las salidas por motivos personales sólo se otorgaban a cuentagotas. Las vacaciones fuera de la zona estaban prohibidas, una restricción que daba lugar a una compensación salarial. Era un importante privilegio en esa época, los comercios de Sarov estaban mejor abastecidos que los del resto del país.

La ciudad tomó el nombre en código de Arzámás-16. Desde entonces, llamarla por su nombre tradicional empezó a considerarse como divulgación de informaciones secretas. La correspondencia privada se efectuaba por medio de una casilla de correos especial bajo el nombre de “Moscú Centro – 300”.

Esta obligación de mantener el secreto y permanecer en confinamiento tuvo efectos psicológicos muy diferentes según las personas: el físico Andreï Sakharov, en sus memorias (1), hablaría de una “privación de la libertad que lo agobiaba”. Otro, al contrario,

elogiaría la flexibilidad de los funcionarios encargados de la seguridad en casos extremos (2). La ley de confinamiento era dura y, para estos ingenieros, Sarov había vuelto a convertirse en un monasterio cerrado para el resto del mundo.

El 12 de marzo de 1947, como un estímulo suplementario para los equipos de investigadores que, agotados, se deslomaban en sus tareas, el presidente estadounidense Harry Truman definió su famosa doctrina inaugurando, así, la Guerra Fría. En Washington, su Estado Mayor preparaba el plan “Dropshot”, que sería formalizado a comienzos de 1950: un ataque sorpresa a la URSS, “mediante el lanzamiento de 200 a 300 bombas atómicas sobre los principales centros industriales, militares y científicos de la URSS”.

Carrera por bomba H

El resultado del trabajo coordinado de los científicos más eminentes del país, de los ingenieros y constructores, así como de los servicios de inteligencia y de los “espías atómicos” fue la creación, en el lapso de sólo cuatro años, de la primera bomba atómica soviética, que llevaba el nombre en código de RDS-1. Algunas décadas más tarde, uno de los jefes del programa, Yuli Khariton, escribió sobre este período: “Estoy atónito y me inclino con respeto ante lo que lograron los nuestros entre 1946 y 1949. (...) [Este] período fue de una intensidad, un heroísmo, una creatividad y una abnegación tales que es imposible describirlo. Cuatro años después del final de una lucha a muerte contra el fascismo, mi país consiguió ponerle fin al monopolio estadounidense sobre la bomba atómica” (3).

Con el impulso de esta hazaña, los equipos de Sarov iban a vencer justo a tiempo, en cuatro años suplementarios, a Estados Unidos en la carrera por terminar la primera bomba H. Cabe destacar que este logro fue llevado a cabo por un país que, devastado y desangrado por la guerra, llevaba adelante en paralelo su reconstrucción; mientras que, del otro lado, Estados Unidos, enriquecido, disponía de medios financieros colosales y de un aparato militar industrial sin igual. En 1950, la economía estadounidense representaba el 27% del producto nacional bruto mundial contra el 9,6% para la URSS.

Este modelo de ciudad cerrada construido en torno a una “empresa-ciudad” (*gradoobrazouïouchtcheïé predpriatie*) fue retomado por los numerosos eslabones del átomo soviético. Si Sarov fue el centro del proyecto atómico donde se reunían las eminencias de la investigación fundamental, decenas de otros emplazamientos análogos, aportaron su contribución al esfuerzo nacional. Así, desde 1945, numerosas pequeñas ciudades de los Urales y de Siberia fueron elegidas para aportar la materia prima para estas experiencias. En 1946, un prototipo de reactor concebido por el instituto científico técnico Mayak producía plutonio de calidad militar en la ciudad cerrada de Ozyorsk, cerca de Cheliábinsk (nombre en código Cheliábinsk-65). Y, en 1949, otra ciu-

dad cerrada llamada Toms-7 se dedicaba a la producción, también bajo el mayor secreto, de uranio 235. Allí, la investigación era menos puntillosa y estaba más orientada hacia la resolución de tareas prácticas dictadas desde Arzamas-16 (Sarov). Algunos prisioneros políticos o de derecho común del Gulag fueron movilizados para los trabajos más peligrosos, como la extracción del mineral de uranio o la manipulación de materias fisibles, según el principio expresado cínicamente por Stalin: “Los enemigos del pueblo tienen un rol que desempeñar en la edificación del socialismo”. En 1945, relata el historiador Yuri Fiodorov, trece campos de trabajo administrados por el NKVD (Ministerio del Interior) que agrupaban a 103.000 prisioneros fueron puestos a disposición del proyecto atómico. Más tarde, se agregaron 190.000 prisioneros afectados a la extracción de diversos minerales (4). ¿Cuántos de ellos habrán regresado a sus hogares?

Mientras que las investigaciones teóricas avanzaban a buen ritmo y que el abastecimiento de materias primas estaba asegurado, hubo que instalar el sitio de ensayos en una zona desértica que presentara las condiciones geológicas adecuadas. La estepa kazaka, cerca de la ciudad de Semipalátsk, fue la elegida. Allí también la obra era colosal: alrededor del epicentro previsto, fueron emplazados edificios, búnkeres, estaciones de metro en vistas de evaluar la potencia destructiva del artefacto. Los obreros, pero también los biólogos, los físicos y otros especialistas movilizados para estudiar los efectos destructivos de la onda expansiva y de la radiación, se instalaron a unos cientos de kilómetros del punto de prueba, dando nacimiento también a una ciudad sometida al mismo régimen de secreto absoluto: Moscú-400.

Red de ciudades cerradas

A esta aldea, cuya población excede apenas el millar de habitantes, se puede llegar sin autorización. El lugar, renombrado Kurchátov en honor al director científico del programa nuclear soviético, perdió su esplendor de antaño, que, sin embargo, se hace visible por momentos en sus calles hechas de hormigón y bordeadas por árboles, sus edificios en desuso de estilo estaliniano y unos pocos hoteles anticuados. La ciudad todavía alberga al Instituto de Física Nuclear que modeliza y testea, en cooperación con un equipo de científicos japoneses, situaciones de crisis en un reactor de investigación situado sobre el antiguo polígono de ensayos. Otro sobreviviente de la época soviética es el Instituto de Seguridad Radiológica que permanece cerrado al público. Pero se puede visitar el pequeño museo del Polígono, donde se reconstituye con muchos mapas del Estado Mayor y fotos en blanco y negro, la epopeya de la bomba soviética. Los instrumentos de medición sísmica, los contadores Geiger, las cámaras de la época, e incluso el puesto de comando desde el cual se emitió la orden de ignición, todo está allí, alineado, polvoriento, solemne. Desgastado.

La red de ciudades cerradas del átomo constituía una vasta comunidad de científicos, investigadores, ingenieros, experimentadores, completamente guiada por un solo objetivo, que era el de salvar a la patria de los numerosos peligros que la amenazaban. “Por más paradójico que parezca, esta ciudad cerrada a los demás estaba ligada por mil filamentos a centenas de organizaciones y de empresas en el seno de la superpotencia, con lazos mucho más fuertes que varios gigantes de la industria nacional ubicados en las grandes ciudades”, escribirá el historiador Vladimir Matiouchkine en su crónica de Sarov. “Y, sin duda, entre sus habitantes, eran muchos los que sentían con mucha más fuer-

za que sus conciudadanos soviéticos el pulso del resto del mundo, del planeta. Su lugar en la historia, su lazo con los eventos del mundo, cada habitante de la ciudad podía sentirlo, quizás de manera inconsciente, estaban orgullosos de eso” (5).

Pero esta época heroica no podía durar para siempre y la movilización total de las fuerzas condujo al agotamiento del sistema. Entre veteranos inamovibles y secretarios generales gagá, la dirección soviética terminó por hundirse en un rígido conformismo, mientras el aparato industrial se estancaba y se degradaba. El pueblo zozobraba en la desilusión y hasta en el alcoholismo. Gorbachov, que llegó a dar un buen diagnóstico del problema, no logrará desbloquearlo.

Los años 90 se perderán en el intento de dar nacimiento a una economía de mercado sobre los escombros de los planes quinquenales, mientras se desarrollaba una incierta tentativa democrática. Los economistas rusos y extranjeros sopesaban los méritos de tal o cual tipo de transición mientras que los oligarcas, más prosaicos, compraban por migajas las empresas y complejos petroleros, las siderúrgicas, las fundiciones de aluminio, las minas, las fábricas químicas. Las quiebras se multiplicaban, el desempleo explotaba y las empresas que resistían la tormenta pagaban salarios en rublos fuertemente devaluados. El sálvese quien pueda se extendía a todos los sectores de la sociedad que dejaban de ser financiados uno tras otro, desde la salud hasta la educación, pasando por la policía y la justicia.

Barrios dormitorios

Los odios se exacerbaban y florecían los separatismos. La guerra en Chechenia no despertó entusiasmo en la población golpeada y humillada, sino una pérfida sed de venganza. Cuando todos esperaban una puesta en vereda de la república rebelde –“Un asunto de dos horas para una división paracaidista”, según lo había prometido Pavel Gratchev, ministro de Defensa–, el ejército se estancaba en un sangriento lodazal.

Interpelados por el aterrador balance demográfico de las purgas, represiones y otros campos de internamiento del período soviético, los comunistas rusos, que se convirtieron en una opción electoral entre otras, profundizaban una cicatriz, tan chocante a sus ojos como la que dejó el liberalismo de choque en la pirámide de las edades durante el transcurso de los quince años que siguieron a la caída del régimen soviético: entre 1992 y 2008, los decesos sobrepasaron por once millones a los nacimientos (6). Las causas fueron una combinación de la degradación de los servicios de la salud, el estallido de la criminalidad, el auge de los suicidios, accidentes y catástrofes de todo tipo, además de la guerra en Chechenia.

En este contexto, las ciudades cerradas son consideradas como las últimas joyas del imperio. Espacios relativamente preservados, donde se vive en buena compañía, a salvo, si no de la corrupción, al menos de sus formas más perversas, de la mafia, de la criminalidad. Sobre todo, el aparato científico soviético, que fuera de ellas se encontraba liquidado y dilapidado, se mantiene aquí cobijado por la avidez de los nuevos conversos del liberalismo. Se siguen realizando tareas esenciales como la producción de materias fisibles (con fines militares y civiles), el procesamiento de combustibles, el desarme y la puesta a punto de nuevas armas.

Estas ciudades, concebidas en sus orígenes como simples barrios dormitorio destinados a los empleados de la “empresa-ciudad”, que representaba casi la totalidad del empleo local, se diversificaron. Comenzaron a proliferar los

comercios, restaurantes, cines, centros comerciales, así como las agencias de viaje o las inmobiliarias. Mientras las actividades de investigación perdían intensidad con la catástrofe económica post soviética, la fuerza de trabajo migró hacia empleos civiles más lucrativos. Los servicios públicos (abastecimiento de energía, gestión de las aguas, transporte público), como las ciudades de vacaciones, las infraestructuras culturales o deportivas comenzaban a ser competencia de la municipalidad o eran transferidas al sector privado. Incluso las ciudades científicas, que conservaron su estatus de ciudades cerradas, se normalizaban... aunque conservaban su particularismo cultural.

Si a un habitante de Sarov se le sugiere la apertura de su ciudad, responderá inmediatamente: “¡Eso nunca!”. Y aunque actualmente las ventajas de la época soviética hayan quedado en el pasado, aunque el secreto ha sido revelado hace ya mucho tiempo y todos pueden comunicarse con el resto del mundo, los habitantes de las ciudades cerradas siguen aferrados a la segregación. Los veteranos de la época heroica ya partieron hacia un mundo mejor, pero en su gran mayoría, sus hijos y nietos se quedaron allí. La mitad de ellos trabajan en las empresas-ciudades, donde hay “dinastías” de investigadores y de ingenieros que trabajan para el progreso técnico en numerosos sectores civiles o militares. Los institutos de investigación atómica y las plantas de envasado y de procesamiento de combustibles fisibles continúan en la búsqueda del “átomo civil propio” y fueron modernizadas. Aunque este ideal no se ha alcanzado, al menos funcionan ahora bajo el control de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) y según normas muy diferentes a las de la época de los inicios, cuando se consideraba que el río era el mejor medio para deshacerse de materiales peligrosos.

Alta tecnología

La otra mitad se dedica al desarrollo de las múltiples startups y empresas subcontratistas de la empresa principal. En Sarov, por ejemplo, la incubadora Binar recibe desde hace quince años los proyectos de alta tecnología más diversos: lentes intraoculares, instrumentos de medición sin contacto de lisura de planchas a la salida del laminador, y hasta sensores destinados a la seguridad de las centrales nucleares. El nivel de estudios significativamente más elevado que el promedio nacional, conjugado a la atmósfera de serenidad y reflexión de la ciudad cerrada, y la proximidad de empresas ultra especializadas, favorecen la multiplicación de proyectos high-tech. Así se explica la tasa de desempleo inferior a la de otras ciudades de similar importancia: el 4% contra el 6% a nivel nacional (7).

Sin embargo, una parte de estas ex ciudades secretas se volcó al derecho común. Como Óbninsk, donde se desarrolló la primera central nuclear civil, o Dubná, que alberga un acelerador de partículas y un centro de investigación fundamental, o Zagorsk-7, donde el centro de investigaciones sobre armas nucleares fue desmantelado. También lo hicieron las ciudades que rodean los sitios de investigación espacial, que desde 1986 volvieron a la “vida civil”. Sólo permanecen cerradas las ciudades que dependen del Ministerio de Defensa o que están ligadas a Rosatom, la corporación estatal que reagrupa al conjunto de las actividades civiles sobre el átomo; unas cuarenta en total.

Rosatom supervisa a una decena de ciudades cerradas y a sus institutos de investigación, centros de enriquecimiento y procesamiento de combustibles. En Irán, en India, en China, en Bangladesh, su cartera de pedi-

dos excede los 100.000 millones de dólares y treinta proyectos de centrales se encuentran en construcción. En el ámbito espacial, las tecnologías rusas, rústicas pero robustas, dieron muestras de sus capacidades y representan un eslabón clave en la cooperación internacional concentrada en la Estación Espacial Internacional ISS. Numerosos sistemas, desde los módulos de emergencia hasta los motores de cohetes, equipan desde hace mucho tiempo a los cohetes estadounidenses y europeos.

El balance de otras tentativas de avance tecnológico más recientes es menos brillante, como es el caso del ámbito de la inteligencia artificial, las supercalculadoras, el de las nanotecnologías o la investigación médica. Por ejemplo, la sociedad estatal Rosnano, creada en 2011 con fondos públicos por Anatoli Chubáís (uno de los ideólogos de la “terapia de choque” al estilo ruso) con el fin de alentar el desarrollo de tecnologías basadas en nanopartículas, no produjo la revolución tecnológica que anunciaban sus promotores, y la Corte de Cuentas descubrió que había obtenido exenciones de IVA injustificadas.

¿Rusia ya no sería capaz de realizar las hazañas del programa científico soviético de la posguerra, un período mucho más difícil y doloroso que el actual? El pasaje al capitalismo, ¿le habría cortado las alas? Los intentos, sin embargo, no faltan. Desde comienzos de siglo, cada ciudad, cada región, cada gran empresa pública que goce de cierto respeto se jacta de tener su incubadora, su parque tecnológico, su centro de investigaciones, su semillero de startups. Estos “technoparks”, a veces dependientes de institutos de investigación que reciben financiamiento público y privado, se multiplicaron desde mediados de los 90. A fines de 2019, eran 169 los que ofrecían a emprendedores creativos un medio supuestamente favorable para el desarrollo de sus proyectos. Pero, como lo constata año tras año la asociación de Technoparks, la tasa de éxito de las startups sigue siendo bastante débil (el 27% de las empresas sobrevive tras la expiración de su período de incubación, comparado con el 87% en Estados Unidos y el 88% en Europa). Quizás haya que ver allí el efecto de la leyenda, a veces idealizada en Rusia, de la startup que nace en un garaje creada por pequeños genios desconocidos preparados para revolucionar al mundo. Por supuesto, Bill Gates, Steve Jobs y otros como Mark Zuckerberg no desarrollaron las tecnologías de las que aseguraron la promoción de manera brillante. Porque el ingrediente clave para el éxito –la historia de las ciudades cerradas lo recuerda, como lo hace también la de Silicon Valley o el MIT– no es el garaje, sino una investigación fundamental a largo plazo financiada gracias a los fondos públicos. Todo lo opuesto a esta profusión de intentos desordenados. ■

1. Andreï Sakharov, *Memorias* (en ruso), Alfa-Kniga, Moscú, 2019 (edición original, 1978)

2. V. I. Joutchkine, A. N. Tkatchenko, citados por Vladimir Matiouchkine, *La vida cotidiana en Arzamas-16* (en ruso), ediciones Molodaia gvardia, Moscú, 2008.

3. Y. Khariton, Y. Smirnov, *Mythes et réalités du projet atomique soviétique*, Arzamas-16, XXXXXX, 1994.

4. Yuri Fiodorov, “El Gulag atómico”, *Tradición rusa* (diario digital), Praga, 30-9-15.

5. Vladimir Matiouchkine, *La vie quotidienne à Arzamas-16*, op. cit.

6. Fuente: Goskomstat.

7. Fuente: Rosstat, Faïkov.

*Periodista.

Traducción: María Julia Zaparart

Georges Ibrahim Abdallah, una detención perpetua para complacer a Estados Unidos

“Terrorista” hoy, ¿terrorista siempre?

por Pierre Carles*

El militante comunista libanés, Georges Ibrahim Abdallah, se encuentra preso en Francia desde hace más de un tercio de siglo, a pesar de que ya podría estar libre.

A finales de marzo de 2020 y con el objetivo de descongestionar las prisiones francesas en un momento en el que la pandemia de coronavirus amenazaba con causar estragos, la ministra francesa de Justicia Nicole Belloubet ordenó la excarcelación de 13 500 presos en los dos meses siguientes. Se trataba sobre todo de personas que habían cumplido ya la mayor parte de su condena. En el momento en el que la ministra toma esta decisión, la prisión de Lannemezan, en el departamento de Altos Pirineos, alberga a Georges Ibrahim Abdallah, un militante comunista libanés, que combatió la ocupación de su país por parte de Israel en 1978. Cumplió su pena irreducible el 27 de octubre de 1999. Por tanto, podría ser libre desde el siglo pasado.

En 2020, comienza su trigésimo sexto año de prisión. El “récord de Francia” de los últimos cincuenta años para un activista político. Dejando aparte a Italia, un cautiverio de tal duración es excepcional en un país de la Unión Europea.

Georges Ibrahim Abdallah fue juzgado y condenado por complicidad en asesinato. A ojos de la Justicia, no es un asesino. Durante el juicio negó haber participado en los actos por los que fue arrestado y condenado. Sin embargo, sí que manifestó su solidaridad con ciertas luchas militantes radicales y expresó su apoyo a las Fracciones Armadas Revolucionarias Libanesas (FARL), un grupo de opositores comunistas que tomó las armas y asesinó en 1982 al agregado militar de la embajada de Estados Unidos, Charles Ray, y a Yacov Barsimontov, un funcionario israelí miembro del Mossad (los servicios secretos israelíes), ambos destinados en París.

Aquel año, con la bendición de la Administración Reagan, Israel atacó el Líbano en un intento de erradicar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y de matar o capturar a Yasser Arafat, líder de la resistencia palestina. Para las FARL, aquellos dos asesinatos fueron un acto de resistencia armada a una agresión militar. Durante su juicio en febrero de 1987, Abdallah dijo: “Aun cuando el pueblo no me ha concedido el honor de participar en los actos antiimperialistas que ustedes me atribuyen, al menos tengo el honor de ser acusado por su tribunal y de defender su legitimidad frente a la legitimidad criminal de los verdugos”.

¿Qué otro motivo podría justificar la no excarcelación en 2020 de un cómplice de asesinato que ha cumplido 36 años de condena? Su comportamiento en prisión le hizo ganarse el respeto de sus vigilantes y al director de la prisión le gustaba discutir con él la situación de Oriente Próximo. Por extraño que pueda parecer, los mismos guardias sindicados de su centro penitenciario, perplejos porque sus camaradas tarbeses no se movilizaran para reclamar su liberación, alertaron a la célula comunista de Tarbes de la presencia de este marxista libanés tanto tiempo encarcelado.

Pero su no liberación se explicaría en el discurso que la ministra de Justicia pronunció ante la Asamblea Nacional el pasado 8 de abril, en plena pandemia. Aquel día, la ministra Belloubet precisó que la excarcelación anticipada excluía a “criminales, maltratadores y terroristas”. Aunque el grupo armado al que supuestamente perteneció Abdallah nunca

cometió actos terroristas en el sentido estricto (atentados indiscriminados, atentados con bomba en la calle, asesinato de civiles para aterrorizar a la ciudadanía), la Justicia francesa le califica como “terrorista”. ¿Por qué? Por actos que son ciertamente criminales, pero que no son obra de las FARL...

Unos meses antes de que Abdallah declarara ante la Sala Especial de lo Criminal de París, a finales de febrero de 1987, una oleada de atentados asoló la capital francesa (tren de cercanías RER, estafeta de correos, tienda Tati). La mayoría de los grandes medios de comunicación (*Le Monde*, *Libération*, *Le Figaro*, RTL, France Inter, Europe 1, las principales cadenas de televisión) retransmitieron las palabras del entonces ministro del Interior Charles Pasqua y de su adjunto, Robert Pandraud. Ambos atribuyeron la autoría de los atentados a las FARL y a los camaradas de Georges Ibrahim Abdallah. Sin embargo, tal y como admitirían unos años más tarde, Pandraud y Pasqua lanzaron el nombre de Abdallah a la prensa para ocultar el hecho de que en ese momento desconocían la identidad de los autores: “Lanzamos la pista de las FARL basándonos en los primeros testimonios, aunque sabíamos que, para los franceses que creían haber reconocido a los hermanos Abdallah en el lugar de los atentados, todos los barbudos de Oriente Próximo se parecen —admite Robert Pandraud—. Me dije a mí mismo que lanzar la pista Abdallah no haría ningún daño, aunque tampoco hiciera ningún bien. En realidad, no teníamos ninguna pista en ese momento”.

Falsas acusaciones

Periodistas influyentes como Edwy Plenel y Georges Marion, entonces en *Le Monde*, o Charles Villeneuve, de TF1 y un largo etcétera dieron crédito a la “pista Abdallah”. Según ellos, los hermanos de Abdallah querían presionar con estos atentados al Gobierno francés para obtener la liberación de su camarada encarcelado. Sin embargo, la realidad es que los atentados terroristas de 1986 fueron cometidos por miembros del Hezbollah libanés instrumentalizados por Teherán. En aquel entonces, Irán se la tenía jurada a Francia por su apoyo militar al Irak de Sadam Husein en su larga y sangrienta guerra contra la República Islámica (1980-1988: 1 millón de muertos).

Las FARL, por su parte, no cometían actos terroristas contra civiles, sino asesinatos centrados en los militares. No obstante, influenciada por las falsas acusaciones vertidas en los medios de comunicación, la Justicia francesa no dudó del carácter “terrorista” de los actos atribuidos a Abdallah y a las FARL. Una etiqueta que aún perdura a día de hoy.

El pasado 25 de febrero, en Beirut, Bruno Foucher, embajador de Francia en el Líbano, invita a comer a una decena de periodistas. Entre los postres y el café, un corresponsal francés le pregunta por el caso de Georges Ibrahim Abdallah.

El diplomático difícilmente puede fingir su desconocimiento del mismo. Cada 14 de julio, centenares de manifestantes en Beirut se concentran frente a su embajada para exigir la puesta en libertad de su compatriota. Desde 2004, cuando se rechazó en apelación su pri-

mera solicitud de libertad condicional, el activista libanés ha visto denegada su libertad en siete ocasiones. Como era de esperar, Foucher respondió que eso era asunto de los jueces, no de la diplomacia o la política. Sin embargo, tal y como veremos, durante el mandato de François Hollande, Manuel Valls, entonces ministro del Interior, intervino directamente para bloquear la liberación de Abdallah.

El secretario nacional del Partido Comunista Francés (PCF), Fabien Roussel, envió una carta el 14 de abril de 2020 a la ministra de Justicia, Nicole Belloubet. En ella reclamaba la excarcelación de Abdallah aduciendo que “a día de hoy nadie puede afirmar que suponga riesgo alguno para la seguridad de nuestro país”. Roussel se adelantaba así a las alegaciones del Gobierno estadounidense, para quien “la cadena perpetua se adecúa a los graves crímenes perpetrados por Abdallah y resulta legítimo preocuparse por el riesgo que supondría para la comunidad internacional su puesta en libertad”. Diputado del distrito del Norte, el dirigente del PCF sabe que Georges Ibrahim Abdallah es conocido en los bastiones comunistas de la antigua cuenca minera como el “Nelson Mandela de Oriente Próximo”. Los municipios de Grenay y de Calonne-Ricouart, en el departamento de Pas-de-Calais, le han nombrado ciudadano honorífico.

Injerencia de Washington

Belloubet respondió a la misiva de Roussel el pasado 6 de mayo: “No es competencia de la ministra de Justicia dar instrucciones sobre ningún caso individual a los fiscales ni interferir en procesos judiciales. (...) La concesión de una modificación de condena es competencia de los tribunales encargados de la aplicación de las sentencias, que tienen plena soberanía e independencia a la hora de conceder tales medidas”. Sin embargo, seis semanas antes, el Gobierno francés liberó a Jalal Rohollahnejad, un ingeniero iraní detenido en el aeropuerto de Niza a petición de Estados Unidos. La Justicia había emitido un dictamen positivo a favor de su extradición a Estados Unidos, a punto de producirse. Pero entonces Irán le propuso a Francia un trato: su liberación a cambio de la del sociólogo francés Roland Marchal. Y el 20 de marzo de 2020, Rohollahnejad era embarcado en un avión rumbo a Teherán al tiempo que Roland Marchal tomaba la ruta opuesta. Por lo que respecta a Abdallah, el Ejecutivo francés lo mantiene encarcelado para complacer a Washington.

La injerencia estadounidense ha sido una constante en este caso. El 21 de noviembre de 2012, cuando el Tribunal de Aplicación de Sentencias (TAP, por sus siglas en francés) se pronunció a favor de la liberación de Abdallah, el embajador de Estados Unidos en Francia, Charles Rivkin, hizo saber en un comunicado que “encontraba deplorable la decisión del TAP de conceder la libertad condicional al terrorista condenado Georges Ibrahim Abdallah”. Y añadía: “Espero que las autoridades francesas apelen la decisión tomada hoy y que esta sea revocada”. La fiscalía presentó una apelación. Y esta vez, el 10 de enero de 2013, el Tribunal de Apelaciones confirmó la liberación de Abdallah. Al no tener la nacionalidad francesa ni disponer de un permiso de residencia, su única alternativa era abandonar el territorio francés. Su abogado Jacques Vergès se mostraba exultante: “Celebro esta decisión ya que le había pedido a la Justicia

francesa que dejara de comportarse como una puta ante el chulo estadounidense”. Para la liberación de su cliente ya solo restaba la firma de una orden de expulsión, una mera formalidad.

Pero al día siguiente de la decisión del Tribunal de Apelaciones, la portavoz del Departamento de Estado de Estados Unidos, Victoria Nuland, dijo: “Estamos muy decepcionados por la decisión del Tribunal [de Apelaciones] francés [...]. No creemos que deba ser puesto en libertad y seguiremos dialogando con el Gobierno francés acerca de la cuestión”. La entonces secretaria de Estado del presidente Barack Obama, Hillary Clinton, esperaba que ciertos miembros del Gobierno francés, entre ellos el ministro de Asuntos Exteriores Laurent Fabius, se mostraran receptivos a las peticiones de la Administración estadounidense. Tras la decisión del Tribunal de Apelaciones y, mientras se preparaba para abandonar su cargo en el Departamento de Estado, hizo llegar el siguiente mensaje: “A pesar de que el Gobierno francés no tiene la autoridad legal para anular la decisión del 10 de enero del Tribunal de Apelaciones, esperamos que las autoridades francesas puedan encontrar otras bases con las que impugnar la legalidad del fallo”. Pero para responder positivamente a esta petición se requería la intervención de la ministra de Justicia francesa Christiane Taubira quien, unos meses antes, había enviado una circular que prohibía a cualquier miembro del Ejecutivo francés dar instrucciones a los magistrados de la fiscalía.

Intervención en la justicia

¿Con quién podrían contar Estados Unidos y Laurent Fabius para hacer fracasar pese a todo la liberación de Abdallah? La respuesta llegaría a los tres días. El 14 de enero de 2013, el ministro del Interior Manuel Valls se niega a firmar la orden de expulsión de Abdallah. Sorprendida ante esta intervención de un miembro del Ejecutivo en un asunto judicial, en contradicción con su circular de septiembre de 2012, la ministra de Justicia Christiane Taubira reclama el arbitraje del presidente de la República. Sin embargo, Hollande no interviene. Dejahacer a su ministro del Interior, entonces mucho más popular que él. Y el militante comunista libanés permanece en prisión. En Líbano, su familia había partido hacia el aeropuerto de Beirut para recibirlo.

Emmanuel Macron fue cuestionado por el caso Abdallah durante su primera visita oficial a Túnez el 1 de febrero de 2018. Mientras paseaba por la medina de la capital, un grupo de militantes tunecinos empezaron a gritar “¡Libertad para Abdallah!”. En las imágenes inmortalizadas por los teléfonos móviles, se ve al presidente francés dirigiéndose desconcertado a sus consejeros. No parece entender qué sucede hasta que un oficial tunecino que acompañaba a la delegación le explica quién es ese tal Abdallah. De vuelta en Francia, no sucede nada. Menos de tres meses después de su encontronazo en Túnez, Macron concede un indulto a un preso común condenado a cadena perpetua por asesinato.

La Convención Europea de los Derechos Humanos prohíbe condenar a un detenido “sin ninguna esperanza de liberación”. Sin embargo, este parece ser el destino del militante comunista libanés Georges Ibrahim Abdallah. ■

*Director de la película *Who Wants Georges Ibrahim Abdallah in Jail?* (en rodaje).

Las multitudinarias peregrinaciones a La Meca en Arabia Saudita

El turismo religioso de masas

por Mohamed Larbi Bouguerra*

Primer exportador mundial de petróleo (10 millones de barriles por día), el Reino de Arabia Saudita es también cuna y centro neurálgico del islam. Único Estado miembro de las Naciones Unidas que lleva el nombre de una familia, se atribuye la exclusividad de la *shahada*, la profesión de fe musulmana que figura en su propia bandera para comunicarla a los 1.800 millones de fieles en todo el mundo que sus soberanos son “los servidores de los lugares santos”. La Meca, donde nació el profeta Muhammad (Mahoma) –qibla (dirección) de las cinco oraciones diarias–, y Medina, donde descansa, siguen siendo competencia exclusiva del monarca.

Los colosales recursos financieros obtenidos del maná petrolero reafirman el liderazgo religioso del reino sobre la *Umma* (comunidad de creyentes), pero la monarquía sabe que debe asegurarse de preservar su legitimidad de guardianas de los lugares santos. De ahí sus enormes esfuerzos por garantizar el buen desarrollo de las peregrinaciones que tienen lugar en su suelo. En 2019, Riad no dudó en confiar la seguridad del perímetro del *haji* a una filial de la empresa israelí G4S. El desafío logístico, sanitario y securitario es gigantesco. Entre dos y tres millones de peregrinos realizan cada año el *haji*, que constituye el quinto pilar del islam. Obligatorio una vez en la vida para todo musulmán que goce de buena salud y cuente con los recursos para hacerlo, se realiza cada año durante al menos cinco días en el mes de *Dhu al hijja*, último del calendario hebreo (lunar). Constituye la apoteosis de la vida del creyente y lo lava de todos sus pecados. Es también un momento de reencuentro de los musulmanes del mundo entero, un factor de unidad y de intercambios.

El reino quiere más

En promedio, el *haji* le reporta al reino entre 10.000 y 15.000 millones de dólares por año (1). A este maná, deben sumarse entre 4.000 y 5.000 millones de dólares provistos por los ocho millones de peregrinos que realizan la *umrah*, una peregrinación, no obligatoria, a La Meca, que puede efectuarse en cualquier época del año (fuera del *haji*) y que alcanza su punto más alto durante el ramadán. Según la Cámara de Comercio e Industria de La Meca, entre el 25% y el 30% de los ingresos del sector privado de las dos ciudades santas dependen de la peregrinación. En total, los ingresos acumulados entre el *haji* y la *umrah* ocupan el segundo puesto de los ingresos del Estado saudí, después de la venta de hidrocarburos. En 2018, Riad había previsto que esas dos peregrinaciones le reportarían 150.000 millones de dólares de ingresos en los próximos cinco años. Pero el reino quiere más. Según los expertos que redactaron “Vision 2030”, el plan de diversificación económica del reino elaborado bajo

la égida del príncipe heredero Mohamed Ben Salman, treinta millones de personas deberían realizar cada año la *umrah* en los próximos diez años. Según ese documento, “el turismo religioso es una opción duradera para Arabia Saudita”, en momentos en que el país parece haber perdido los medios para ser el único estabilizador de los precios del crudo (2).

Para que los ingresos provenientes de la peregrinación aumenten, los sectores de negocios saudíes desean la eliminación de los cupos de peregrinos impuestos a cada Estado desde 1988. Si bien no contemplan esta derogación, las autoridades trabajan permanentemente por un aumento del número de peregrinos (*hajjads*) y acondicionan los sitios en consecuencia. El fondo público de inversión saudí, que administra 230.000 millones de dólares, dotó a La Meca de infraestructura masiva para hacer frente a la gigantesca marea humana que rodea la ciudad santa. Entre 1950 y 2017, gracias al avión, el número total de peregrinos (*hajj* y *umrah*) trepó de 50.000 a 10 millones, no sin provocar indescriptibles dramas y miles de muertos.

Una jungla de cemento

La Meca misma se ha transformado. Con sus 100.000 habitaciones de hotel, sus setenta restaurantes de categoría, sus cinco helipuertos y sus múltiples terrenos acondicionados para recibir a los peregrinos menos adinerados en carpas, el lugar se convirtió en una jungla de cemento sin árboles, cubierta de mármol y rodeada de grúas y rascacielos como las “Torres de la Morada [de Alá]” (*Abraj Al Bait*), que rodean al santo de los santos, la Kaaba. Con unos sesenta túneles de conexión para unir los otros tres sitios de peregrinación, la ciudad santa se parece mucho más a “una mezcla de Disneyland y Las Vegas” (3) que a una ciudad de Medio Oriente. Su metamorfosis “en grotescos edificios de vidrio y acero” es particularmente fea y “oscila entre lo sublime y lo cinematográfico”, afirma el antropólogo marroquí Abdellah Hammudi. Alrededor de la Kaaba y el Haram Sharif –la gran mezquita, que puede recibir a dos millones de fieles–, no hay más que hoteles de categoría de cuarenta pisos, tiendas de marcas lujosas, pero también restaurantes de comida rápida. No se ha reservado ningún lugar a la cultura y prácticamente ningún vestigio del pasado de la ciudad resistió a la furia iconoclasta wahabita contra la idolatría, cuyas primeras destrucciones comenzaron a partir de la conquista de la ciudad en 1924 por el rey Abdelaziz Ibn Saúd. ¿Ni siquiera la casa natal del profeta, transformada en estación de nacimiento, o la de su primera esposa Jadiya, convertida en instalaciones sanitarias! La arquitectura tradicional tan adaptada al clima tórrido con las *mashrabiya*, dispositivos de ventilación natural, fue destruida para dejar lugar a la fealdad del cemento y al zumbido de los aires acondicionados, ya que nada debe recordar el largo pasado otomano de la ciudad santa. En ese decorado, el *haji* –una palabra que significa esfuerzo– ha sido vaciado de su peso religioso, espiritual e histórico, y se vuelve un cumplimiento mecánico de los rituales y una incitación al shopping.

Esta mutación y los incesantes acondicionamientos hacen que la ciudad corra también el riesgo de repentinas inundaciones, de contaminación de la capa freática y de degradación ambiental. Realizado durante la peregrinación de 2012, un estudio sobre las autopistas, los túneles y las intersecciones viales de la ciudad mostró niveles muy elevados de ozono, monóxido de carbono, benceno, compuestos orgánicos volátiles (VOC) tóxicos provenientes de los gases de escape de los vehículos y los compuestos fluorados CFC-12 de los aires acondicionados (4). Así, el peregrino debe vivir en esa neblina fotoquímica desplazándose por caminos supercongestionados que conducen de la gran mezquita a las tres estaciones obligatorias hacia el Monte Arafat, 20 kilómetros al este.

Un espacio tóxico

“Los autobuses y automóviles de Mina [lugar ritual obligatorio del *haji*, a 5 km de La Meca] liberan cada día 80 toneladas de gases de escape en los períodos de mayor actividad. La mayoría de los peregrinos pasan más tiempo tosiendo que orando. Los efectos nocivos de los gases de escape, el calor y el agotamiento eran demasiado evidentes: vi a gente desmayarse y morir”, señala el escritor y académico anglopaquistaní Ziauddin Sardar, que trabajó durante cinco años en el Centro de Investigación sobre la peregrinación a La Meca (*Hajj Research Centre*) en Yeda (5). Sardar estudió los problemas logísticos “apocalípticos” que plantea la peregrinación, con el fin de aportar soluciones. Señala que las recomendaciones del Centro nunca tuvieron efectos, aun cuando advirtiera que “las dos cualidades propias de la Ciudad Santa, ‘la belleza’ y ‘la atemporalidad’ desaparecerían bajo el efecto de la planificación moderna”.

Un espacio tóxico

El *haji* es también un inmenso desafío financiero y logístico para los no saudíes. Con un costo promedio de entre 5.000 y 8.000 euros (transporte, alojamiento en el lugar y comida), obliga a muchos peregrinos a hacer grandes sacrificios financieros (el islam prohíbe endeudarse para realizar la peregrinación). A veces, los Estados contribuyen con una parte de esta suma, pero la mayoría está a cargo del futuro *hadj* (persona que realizó la peregrinación). En Nigeria, al igual que en muchos países musulmanes, el modesto salario mínimo (30 dólares) impide a gran parte de la población considerar el viaje, generando frustración y cólera hacia las autoridades. En Túnez, en su crítica al exorbitante costo del *haji*, el islamólogo Badri Madani consideraba en abril de 2020 que era preferible el mantenimiento de las escuelas y los hospitales a la peregrinación y la *umrah*. En Francia, donde un promedio de 25.000 personas obtienen cada año una visa para La Meca, sólo unas sesenta agencias fueron acreditadas por el ministerio saudí del *haji* y la *umrah*. Estas aprovechan ampliamente su situación cuasi monopólica, mientras que ciertos estafadores no dudan en engañar a candidatos que no obtuvieron sus visas por la vía normal.

El *haji* es también motivo de tensiones diplomáticas. Para “castigar” a un país que no compartiría sus puntos de vista, Riad pue-

de reducir de manera unilateral su cupo de peregrinos. Una situación criticada por Turquía, Irán e incluso Indonesia y Malasia que sufrieron ese tipo de represalia y que mencionan con frecuencia la creación de una suerte de Vaticano musulmán que escape al ucuse saudí. ■

1. Paul Cochrane, “The economics of the hajj”, *Accounting and Business Magazine*, Glasgow, julio de 2018.
2. Véase Sadek Boussena, “La nueva realidad petrolera”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, junio de 2020.
3. Ziauddin Sardar, “The destruction of Mecca”, *The New York Times*, 30-9-15.
4. “Air quality in Mecca and surrounding holy places in Saudi Arabia during hajj: Initial survey”, *Environmental Science & Technology*, N° 48, Washington, DC, 2014.
5. Ziauddin Sardar, “Histoire de la Mecque. De la naissance d’Abraham au XXIe siècle”, Payot, París, 2015.

*Académico, miembro de la Academia Tunecina de Ciencias, Letras y Artes Beit Al Hikma (Cartago). Traducción: Gustavo Recalde

Numerosas tragedias

Desde 1975, la ciudad santa del islam ha sido escenario de una larga serie de incidentes fatales.

14 de diciembre de 1975. Un gigantesco incendio, provocado por la explosión de una garrafa de gas en un campamento de peregrinos cerca de La Meca, causa la muerte de 200 personas.

20 de noviembre de 1979. Cientos de fundamentalistas saudíes y egipcios, fuertemente armados, se atrincheran durante dos semanas en la Gran Mezquita tomando como rehenes a decenas de peregrinos. El gobierno saudí obtiene una *fatwa* de los ulemas para utilizar la fuerza en el recinto sagrado y recurrir a fuerzas estadounidenses y francesas. Según el informe oficial, los enfrentamientos causaron 244 muertos (117 atacantes, 127 miembros de las fuerzas de seguridad) y 600 heridos. Los insurgentes detenidos fueron casi todos ejecutados.

31 de julio de 1987. Las fuerzas saudíes se enfrentan a una manifestación de peregrinos iraníes que buscan politizar la peregrinación y denunciar la cercanía del reino con el “gran Satán” estadounidense. Según el informe oficial, fueron asesinadas 402 personas, entre ellas, 275 iraníes.

10 de julio de 1989. Un doble ataque perpetrado desde el exterior de la Gran Mezquita provoca una víctima fatal y 16 heridos. Dieciséis chiitas kuwaitíes son considerados culpables de asesinato y decapitados una semana más tarde.

2 de julio de 1990. Un desperfecto en el sistema de ventilación y las temperaturas sofocantes provocan una enorme avalancha en un túnel en Mina, estación obligatoria para los peregrinos, a cinco kilómetros de la Gran Mezquita de La Meca. Se registraron 1.426 víctimas, esencialmente asiáticas. Fue el peor accidente de la era moderna en La Meca.

24 de mayo de 1994. Una avalancha en Mina provoca la muerte de 270 peregrinos. Las autoridades atribuyen la tragedia al número récord de fieles en el lugar. Esta catástrofe llevó a las autoridades saudíes a iniciar varios trabajos de acondicionamiento de los lugares santos.

15 de abril de 1997. Un incendio en una carpa en la que se alojaban peregrinos en Mina provoca la muerte de 343 peregrinos y más de 1.500 heridos. Las carpas no eran ignífugas y el fuerte viento avivó las llamas.

9 de abril de 1998. Una avalancha en Mina causa 118 muertos y 180 heridos entre los peregrinos.

5 de marzo de 2001. Una nueva avalancha en Mina causa 35 víctimas entre los peregrinos el último día del *haji*.

11 de febrero de 2003. 14 peregrinos mueren en Mina durante la lapidación de las estelas de Satán el primer día de ese ritual.

1º de febrero de 2004. La presión de la multitud en Mina mata a 250 peregrinos y hiere a otros cientos el último día de las ceremonias de la peregrinación.

6 de enero de 2006. La víspera del inicio del *haji*, se derrumba un edificio de ocho pisos cerca de la Gran Mezquita y causa 73 víctimas.

12 de enero de 2006. Una avalancha en Mina causa más de 360 muertos, mientras los peregrinos lapidan las estelas de Satán.

11 de septiembre de 2015. Al inicio de la peregrinación, el mal tiempo provoca la caída de una grúa de obra sobre los fieles en la Gran Mezquita. El saldo oficial fue de 107 muertos y 400 heridos.

24 de septiembre de 2015. Una avalancha en Mina causa cientos de víctimas fatales (oficialmente más de 700) y cientos de heridos.

Traducción: Gustavo Recalde

Cierre temporario

Desde el año 631, la peregrinación fue prohibida unas cuarenta veces (por causa de incendios, guerras, cólera, etc.). En 2020, se vio impedida en gran medida por la pandemia de Covid-19. El *haji* debía realizarse del 28 de julio al 2 de agosto con la presencia de 4,3 millones de peregrinos provenientes de 180 países, así como de 1,7 millones de saudíes. En febrero de 2020, el Ministerio de Relaciones Exteriores saudí suspendió “temporalmente” la entrada para la peregrinación de la *umrah*. Y el 21 de junio, Riad redujo el *haji* a un ínfimo millar de personas menores de 65 años y con residencia en el Reino. Algunos Estados musulmanes se habían adelantado prohibiéndola a sus residentes. Insensible a la ola de tristeza que generó entre los creyentes el anuncio de esta cancelación, la Universidad de Al Zahar de El Cairo –emblemática del sunnismo y subsidiada por el Reino– no tardó en avalar la decisión de Riad a pesar de la importancia del *haji*, al que el Corán dedica una sura completa. ■

El turismo después de la pandemia

Viajar, pero no como antes...

por Rodolphe Christin*

¿Cómo escapar del turismo reencontrando la esencia del viaje? Salir de esa pesadilla que se ha vuelto global supone encontrar unas relaciones no basadas en la dominación. Esto conduce a preferir el camino al destino, a evadirse de la vida cotidiana sin invadir la de los demás.

Lo que algunos desesperados del “antiturismo” no se atrevían a imaginar, lo ha conseguido el coronavirus. Tras haberse detenido por completo, la actividad turística –de cuyas perspectivas de crecimiento sin límites se jactaba la Organización Mundial del Turismo– se muestra vulnerable. Ahora lo sabemos, la supermovilidad imprescindible para el capitalismo globalizado en general y para el turismo en particular está a merced de una interrupción del flujo que puede sobrevenir en cualquier momento. Semejante desastre no puede ser motivo de satisfacción, si se tienen en cuenta las vidas deshechas por las quiebras y los despidos, así como los territorios asfaltados y las sociedades asepsizadas a fin de explotar el menor recurso material o humano.

No obstante, con algunas adaptaciones y medidas compensatorias, el capitalismo puede encajar muy bien la Covid-19. A mediados de mayo, el primer ministro francés Édouard Philippe desbloqueó 18.000 millones de euros para ayudar al turismo a superar “la peor prueba de su historia...”. Ya asoma en el horizonte la ilusión de un crecimiento verde envuelto en un montón de mentiras y omisiones que ocultan su incongruencia medioambiental.

No evitemos los temas que molestan: entre quienes declaran desear un “cambio”, ¿cuántos son claramente conscientes del cambio de hábitos que comportaría semejante “transición”, de que esa transformación exigiría renunciar definitivamente a elementos existenciales de confort a día de hoy considerados normales, prácticos y sobre todo placenteros? Con el neoliberalismo, la alienación se extiende a todos los aspectos de la existencia, tanto al trabajo, a menudo una esclavitud, como al ámbito del ocio, asociado al bienestar, la buena vida, el descanso, el placer e incluso la emancipación. Ahí aparece el turismo, esa manera de introducir el tiempo libre en la esfera de la mercancía.

Motor auxiliar

Es fácil denunciar la industria pesada que huele mal, hace ruido y amarra los cuerpos a sus puestos de trabajo. Por el contrario, criticar la industria del ocio parecía hasta hace poco una empresa arriesgada, en el mejor de los casos ridícula, en el peor de los casos, sospechosa, y eso en todos los ámbitos. Además de agradable, el turismo parecía virtuoso: propicio a relaciones humanas distendidas, era una vía de desarrollo para los países del Sur o las regiones atrasadas que permitía la “puesta en valor” de la naturaleza y las distintas culturas. Para venderlas y explotarlas, había que, contradictoriamente, protegerlas, aun a costa de su mercantilización. Por no hablar de sus beneficios simbólicos para los afortunados turistas, simples consumidores satisfechos de poder costearse el viaje, ni la complacencia narcisista que genera la exhibición de las últimas vacaciones.

Desde la expansión del salariado y más tarde de la sociedad de consumo, el turismo ha sido el motor auxiliar de la sociedad productivista. Esta industria del consuelo funciona como una especie de compensación de la vida labo-

ral. Salario contra productividad, tal es el intercambio infernal, basado en una esperanza nostálgica: entrever un fragmento del paraíso, cuyas múltiples versiones habrá que visitar de manera fugaz, desplazándose al vaivén de las modas o el capricho. Por añadidura, el desarrollo de la industria del ocio ha permitido mantener al asalariado dentro de las lógicas del consumo: un salario debe utilizarse para consumir.

Mantener al asalariado en este círculo cerrado es una vieja táctica. Henry Ford ya lo había entendido cuando aumentó los ingresos de sus obreros para venderles más fácilmente sus coches y asegurar la prosperidad de la movilidad –como eficiente profesional del taylorismo, admiraba el nazismo, un auténtico laboratorio de la coerción (1)–. Así, como ha demostrado Dany-Robert Dufour (2), el asalariado trabaja dos veces, una vez produciendo, otra consumiendo. La propaganda publicitaria esconde esta doble imposición dándonos la impresión de que siempre somos “libres de obedecer” la orden de consumir para existir. “Somete tu libertad, te daré placer”... Fruto de una inteligencia perversa, una vasta operación de encantamiento que utiliza toda la imaginación de los paisajes hermosos, la hospitalidad de las sociedades de acogida y el placer, permite hacer pasar el turismo vacacional por lo que no es: una evasión.

El mundo detenido

Se comprueba que el derecho a las vacaciones pagadas, conquista social emblemática, se ha transformado rápidamente en derecho al turismo; los viajes de ocio se han vendido como una garantía de “democratización”. En una sociedad de consumo, la democracia política se degrada, transformándose en democracia consumista. La política termina así confundiendo con la simple gestión del “poder adquisitivo de los hogares”. Habría hecho falta que intelectuales, movimientos políticos y gobiernos reflexionaran mucho más sobre la reconquista del tiempo libre y su empleo a fin de conservar preciosamente esa libertad popular: “Tener tiempo, tomarlo y conservarlo”, como dice un lema surgido durante el confinamiento. Ahora bien, el capitalismo ha demostrado ser el escenario de un fabuloso juego de manos que ha transformado el turismo social en turismo empresarial.

El turismo, considerado en la época del Frente Popular y la Liberación una contribución a la emancipación a través de la educación popular y el descubrimiento geográfico y cultural, fue fagocitado más tarde por el capitalismo redistributivo de la sociedad de consumo. Ahora, la “libertad”, transformada en prestación de servicios, se compra y se consume. De forma todavía más preocupante, el pensamiento crítico parece haber ignorado por completo esta fabulosa acción de marketing emprendida para inscribir el empleo del tiempo libre en los circuitos de la mercantilización. Tiene lugar aquí el viejo debate entre reforma y revolución: modular el capitalismo para volverlo aceptable ensanchando la base social de las actividades recreativas con fines

comerciales, o transformar las condiciones de vida y el ejercicio del poder reconsiderando el sentido de la existencia.

El turismo, con sus placeres en serie, nos convierte en individuos normales, funcionalmente adaptados, productores en el trabajo, hedonistas durante las vacaciones. Con el temporal consuelo que nos proporciona haber trabajado duro, vemos el mundo con buenos ojos. En el extranjero, nos tranquiliza sabernos parte de un país desarrollado, y por fin nos sentimos ricos por contraposición a los más pobres, con, en el mejor de los casos, un punto de culpabilidad y, en el peor de los casos, mucho cinismo. Tal es el modelo de la vida burguesa, extendida para incrementar la clientela y multiplicar los beneficios. La pandemia ha detenido temporalmente este mundo, que aspira a arrancar de nuevo con renovados bríos. Solo en circunstancias excepcionales vemos el oculto malestar que encierra.

Viajar para olvidar

Las finalidades terapéuticas del turismo no son nuevas, pero no es casualidad que la crisis sanitaria haya provocado precisamente la interrupción masiva y mundial de esta industria. Tampoco es casualidad encontrar esta propuesta del fundador del portal Easyvoyage, Jean-Pierre Nadir, favorable a un uso sanitario del turismo post-covid: “Tras los cuerpos, será útil curar las mentes. Si reactivamos la maquinaria, hasta podríamos conceptualizar y desarrollar un proyecto de vacaciones ‘gratuitas’ para el personal sanitario este verano (en forma de bonos vacacionales)” (3). He aquí una sugerencia tan reveladora como incongruente y, sin embargo, en perfecta conformidad con la, por así decir, utilidad social del turismo en tanto forma mercantil del tiempo libre: reparar a los trabajadores para que recuperen su capacidad de producción. ¿Para salvarse, los agentes turísticos se convertirán en médicos para psiquismos confinados y personal sanitario extenuado? ¿El turismo se convertirá en una nueva sección del servicio público dedicada a la curación de los trastornos postraumáticos? Estas preguntas resultan aún más turbadoras si tenemos en cuenta que muchos lugares de vacaciones están delimitados y aislados, como clínicas. ¿Serán incorporados pronto al Ministerio de Sanidad?

Sin embargo, el turismo no es un producto de primera necesidad. Sigue estando reservado a los individuos que tienen recursos económicos suficientes para pasar una temporada fuera por “placer”. Según el Observatorio francés de las Desigualdades, el 80% de los ejecutivos se marchan de vacaciones, pero solo el 50% de los obreros, y no lo hacen ni en las mismas condiciones ni a los mismos lugares. La brecha en los países en vías de desarrollo todavía es mayor. Los servicios vendidos por la industria del turismo son sintomáticos de la transformación que la globalización ha operado sobre nuestras relaciones con el territorio, es decir, de nuestra desterritorialización. Por el contrario, el confinamiento ha podido redirigirnos hacia las insuficiencias y los aspectos maravillosos de nuestra vida cotidiana. Precisamente a partir del inventario crítico de nuestras condiciones de existencia, deberíamos movilizar nuestra capacidad de acción sobre lo real. El objetivo sería hacer visible y cambiar lo que parece invivible en nuestro día a día, lo que nos empuja a viajar para olvidar, al fin del mundo, hasta matar el exotismo, hasta

banalizar, como decía Victor Segalen, el “concepto de diferente”, al modificarlo para ponerlo a nuestro servicio. Se trataría de resistirse al desarrollo de lugares intercambiables, a la mercantilización de lo real que contribuye alegremente a su devastación.

No obstante, no se trata de convertir el territorio en una trinchera, sino de cambiar globalización por “mundialidad”, siguiendo el camino emprendido por el poeta y pensador Édouard Glissant (4): “El pensamiento de la mundialidad, a la que llamamos sin tregua, por miedo a que no sepamos distinguirla del fuego graneado de nuestras globalizaciones cataclísmicas”. Es decir, volver a un pensamiento de los lugares, esas formas espaciales de la vida en común –del barrio al bosque–, para considerarlos espacios de reunión en los que la humanidad se recoge, en los que se establecen nuevas relaciones entre los humanos y el mundo material o la naturaleza. Un pensamiento sensible, una inteligencia a la vez poética y práctica, que persiga formas regeneradas de convivencia, una relación equilibrada con lo vivo en lugar de la destrucción de los ecosistemas, tanto naturales como culturales, en aras del rendimiento generalizado. Esa es la educación popular que haría falta, una escuela, de algún modo, de hacer novillos.

La mundialidad también requeriría instaurar una política de la hospitalidad, al margen de las relaciones mercantiles. ¿Por qué no imaginar intercambios a la manera de trueques (de viviendas, sofás) interurbanos, interregionales e internacionales? La apertura al mundo coexistiría con la relocalización, dado que el sentimiento de arraigo ya no sería fruto de la herencia, sino de la voluntad, compartida entre anfitriones y huéspedes, de inventar las formas de su conocimiento mutuo: colaboración en obras, intercambio de servicios y competencias, simple presencia o conversaciones compartidas, inmersiones territoriales... No se trata de extender un modelo único (lógica de la globalización), sino de articular intercambios que respeten la singularidad de cada sociedad en su interacción con su territorio natural. La mundialidad perseguiría un fin de ecología social, localizada y multiplicada tanto como sea posible, considerando necesaria la adaptación a la diversidad cultural y natural. Para ello, se asociarían el pensamiento de Murray Bookchin y el de Édouard Glissant. La línea política consistiría en fabricar la “habitabilidad” del mundo mediante una solidaridad abierta al conjunto de lo vivo. Ahí, el viaje adquiere todo su sentido en tanto experiencia sensible, en movimiento, de esa solidaridad ampliada. Y esto no al ritmo de desplazamientos sin alma ni encanto, sino gracias a intercambios “relacionalmente” más densos, raros, poéticos y menos superficiales. Estos tendrían como anclaje el potencial de reciprocidad de una hospitalidad erigida en principio rector, políticamente organizada, lejos de la asimetría de una relación económica entre visitantes y visitados. ■

1. Cf. Johann Chapoutot, *Libres d'obéir. Le management, du nazisme à aujourd'hui*, Gallimard, París, 2019.

2. Dany-Robert Dufour, *El delirio occidental y sus efectos actuales en la vida cotidiana: trabajo, ocio y amor*, MRA Ediciones, Barcelona, 2015.

3. Tour Hebdo, 14 de abril de 2020, www.tourhebdo.com

4. Cf. Édouard Glissant, *Filosofía de la relación*, Miluno, Buenos Aires, 2019.

*Autor de *La vraie vie est ici. Voyager encore?*, Écosociété, Montréal, 2020.

Los efectos que dejó la pandemia de Covid-19

Aviación civil, la tormenta del siglo

Un reportaje de Philippe Descamps*

El transporte aéreo representa a la vez el principal vector de la difusión mundial de la Covid-19 y la actividad económica más afectada por la pandemia. El sector aeronáutico, hasta hace poco impulsado por el crecimiento desenfrenado del turismo, se encuentra en la confluencia de las crisis sanitaria, económica, social y medioambiental.

Seguir las marcas del suelo, lavarse con regularidad las manos, respetar las distancias, llevar mascarilla... A principios de junio, los nuevos rituales del trabajo eran ya casi una costumbre en la fábrica de Safran Electrical & Power de Villemur-sur-Tarn. En esta factoría, situada a una treintena de kilómetros al norte de Toulouse, los asalariados del grupo confeccionan la médula espinal de los aviones: sus redes de cableado. Decenas de miles de hilos metálicos y conectores son ensamblados, unidos, ajustados en función de las necesidades de cada aerolínea. Estas minuciosas operaciones requieren la intervención de una mano de obra experta, que ni el teletrabajo ni las máquinas pueden reemplazar.

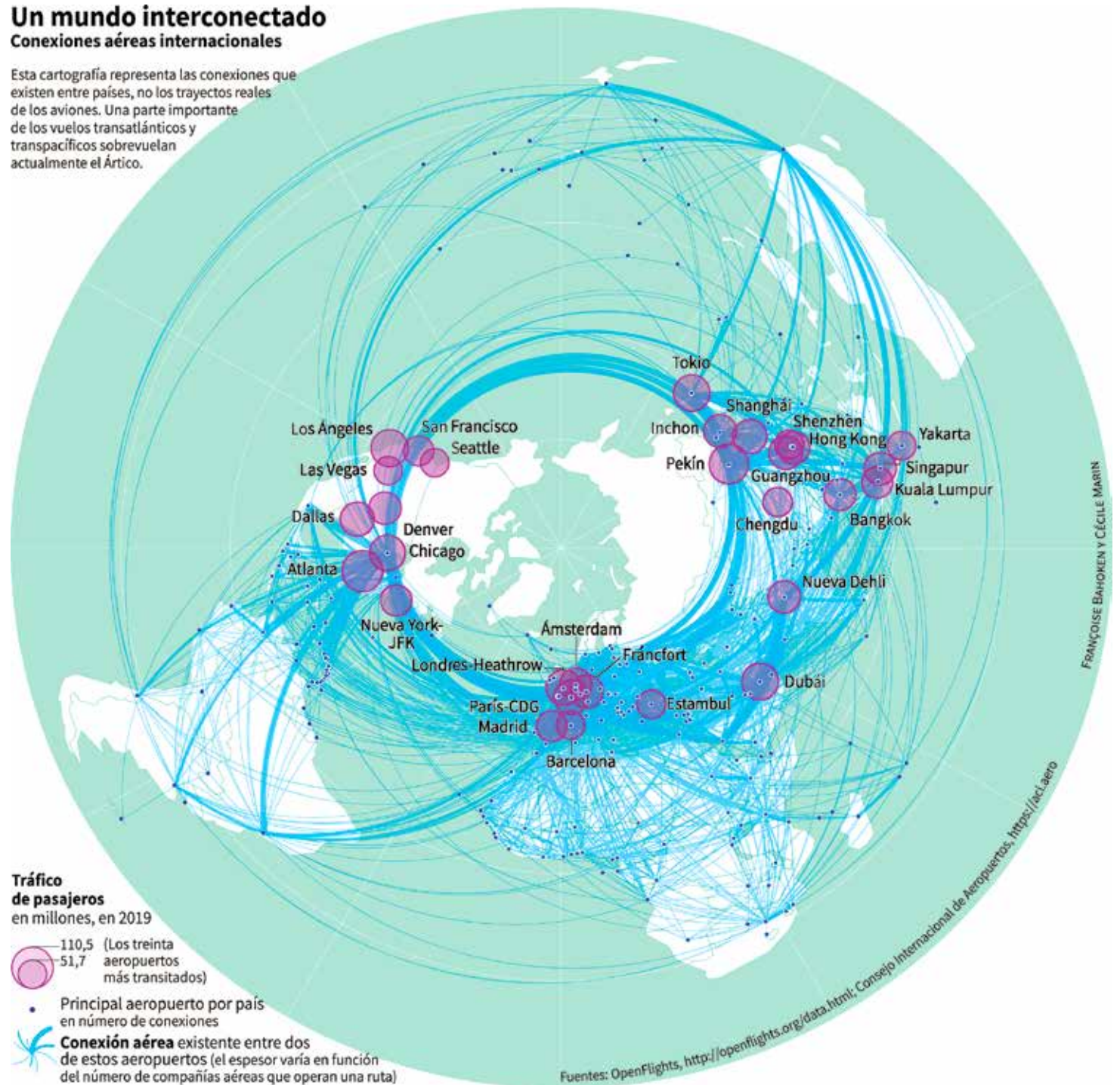
Tras tres días de pausa para adoptar las nuevas medidas sanitarias, la fábrica funciona en modo "coronavirus" desde el 20 de marzo. "La actividad ha descendido de golpe un 50% a nivel mundial. He conocido el 11 de Septiembre, la guerra del Golfo, pero nunca una bajada tan fuerte y rápida -explica Alain Sauret, presidente de Safran Electrical & Power-. Es complicado, dado que se trata de una cadena productiva totalmente imbricada. Cuando las aerolíneas posponen la entrega de los aviones que han encargado, Airbus baja el ritmo. Nosotros lo bajamos también para entregar de manera sincronizada las líneas de ensamblaje. En lo alto de la cadena productiva, los fabricantes de equipos y los subcontratistas sufren todo ello con efectos amplificadas".

El conjunto del grupo Safran generó 24.000 millones de volumen de negocios en 2019, pero su director general Philippe Petitcolin imagina con pena el de 2020: "Nunca había visto nada tan repentino, tan intenso. Lo que más me molesta ahora es la incertidumbre respecto al futuro. Soy incapaz de decirle cuál será mi volumen de negocios en julio".

Esta joya estratégica nacional, primer sector de exportación con más de 300.000 empleos directos, tiembla sobre sus cimientos. En la región francesa de Occitania, que concentra cerca de la mitad de la producción francesa, el terremoto repercute todavía con más fuerza. Aunque, en volumen de empleos, el sector aeronáutico se sitúa por detrás de la industria agroalimentaria y el turismo, en volumen de negocios, comercio exterior o investigación ocupa, con diferencia, los primeros puestos. En las dos últimas décadas, ha con-

Un mundo interconectado Conexiones aéreas internacionales

Esta cartografía representa las conexiones que existen entre países, no los trayectos reales de los aviones. Una parte importante de los vuelos transatlánticos y transpacíficos sobrevuelan actualmente el Ártico.



seguido que la región sea la única de Francia en conservar un saldo de empleo industrial positivo. "La situación actual es aun más crítica debido a que muchas empresas de la cadena logística de Airbus se han endeudado para seguir el creciente ritmo de los últimos años -precisa André Benhamou, ex director general de Liebherr Aeronáutica y Transporte, gran conocedor del ecosistema económico regional-. Se van a encontrar con las máquinas a punto y nada para ponerlas en marcha".

Esta tormenta estalla en un cielo que muchos creían libre de nubarrones. Estacionada en tierra, la aviación experimenta la mayor contracción de su historia. En abril, los ingresos mundiales de las compañías aéreas descendieron un 94% (1). El tráfico aéreo, apenas afectado por las precedentes crisis internacionales, experimentaba hasta ahora un crecimiento sostenido, duplicado cada catorce años hasta alcanzar los 4.300 millones de pasajeros en 2018 (2). La flota mundial, en consonancia con esa tendencia, pasó de 9.700 aparatos en 1986 a 30.300 en 2018.

Este auge iba de la mano del turismo, en particular el de destinos lejanos. Por ejemplo, en Francia, actualmente solo el 28% de los viajes en avión son por motivos profesionales o educativos, frente al 62% de 1974 (3). Desconocidas hace dos décadas, las compañías de bajo coste atrajeron a 1.300 millones de pasajeros en 2018. Michael O'Leary, el dueño de Ryanair, resume esta huida hacia delante con su cinismo habitual: "Mi negocio consiste en crear un mercado para enviar a la gente a destinos de los que nunca ha oído hablar" (4).

Desaparecen compañías

Hoteles desocupados cuando no cerrados, puntos de embarque vacíos y aparcamientos desiertos... La zona aeroportuaria de Toulouse-Blagnac seguía casi sin actividad un mes después del "desconfinamiento". Los servicios de mantenimiento de carreteras aprovechaban para rehacer en pleno día el asfalto de la vía de acceso a la red de autopistas... Junto al gigante mundial Airbus, numerosos fabricantes de equipo están instalados alrededor de las pistas de prueba en las que

se lanzaron por primera vez la Caravelle, el Concorde o el A380. Este último, el mayor avión comercial del mundo, estrenado en abril de 2005, ha supuesto un fracaso paradigmático de un cambio de tendencia: Air France acaba de anunciar que interrumpe definitivamente su explotación en sus líneas y a partir del año que viene ya no se fabricará.

Una maqueta del A380 figura todavía en un lugar destacado del despacho del presidente-director general de Sogclair, una empresa de soluciones tecnológicas para el sector aeroespacial. También presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Toulouse Haute-Garonne, Philippe Robardey da fe de la inquietud que reconcome a toda la profesión: "El verdadero puntal del sector es el pasajero. Hay que encontrar maneras de proporcionarle más seguridad para que se convenza de que las condiciones sanitarias son buenas. En este momento, quienes quieren viajar no encuentran ofertas y muchos tienen miedo".

Airbus, que ha reducido su ritmo de producción en una tercera parte, desecha otras vías de comunicación y solo responde por

correo electrónico: “Basándonos en los cálculos actuales y suponiendo que no haya una segunda ola, no prevemos que el tráfico aéreo recupere su nivel anterior a la crisis antes de pasados, como mucho, tres años, cinco en el peor de los casos. El crecimiento será muy limitado y se necesitarán menos aviones nuevos para cubrirlo”. La esperable hecatombe ya atrae a los predadores: “Desde hace un mes y medio, recibo llamadas de chinos, turcos y estadounidenses –cuenta Philippe Robardey–. Están dispuestos a poner dinero para hacerse con el control. Si tienen medios para financiar esta travesía del desierto, consiguen por precios irrisorios la tecnología que acelerará sus capacidades industriales”.

Un estudio del *think tank* New Economics Foundation encargado por un sindicato británico prevé que, sin ayudas adicionales del Gobierno, 124.000 empleos podrían desaparecer a corto plazo en el sector aeronáutico del país, lo que supondría pérdidas “más importantes que las observadas en el peor momento del declive de la industria del carbón (1980-1981)” (5). En Francia, el ministro de Economía Bruno Le Maire habla de 100.000 empleos en peligro durante los próximos seis meses. Varias compañías aéreas podrían desaparecer. A pesar de la ayuda de hasta 7.000 millones de euros del Estado, Air France debería anunciar la supresión de entre 8.000 y 10.000 puestos de trabajo. El presidente de Airbus, Guillaume Faury, escribió el 19 junio a sus empleados para anunciarles que tendrían que adoptar decisiones “dolorosas” para “proteger el futuro de la empresa”.

La seguridad es clave

Mecánico en el centro industrial de mantenimiento de Air France en Toulouse-Blagnac, y cosecretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) en la compañía nacional, Vincent Salles habla de la angustia que experimentaron sus compañeros tripulantes durante la repatriación de los turistas: “Los aviones iban hasta arriba, no había mascarillas para los pasajeros y pocas para el personal, ninguna clase de control en las salidas ni en las llegadas, donde simplemente se entregaba un ficha informativa”. Ahora, le preocupa la presión de las aerolíneas para que no haya distancia física en los aparatos: “Las ayudas públicas habrían podido encaminarse a tranquilizar a los pasajeros imponiendo un máximo de precaución; el Estado habría podido asumir la diferencia hasta llegar al umbral de rentabilidad de los vuelos, que se sitúa en torno al 75% de ocupación”. La cuestión de la seguridad sigue siendo clave en todo lo concerniente a la aviación: Boeing sigue pagando sus errores en ese terreno tras los dos accidentes sufridos y la suspensión de la producción del 737 Max.

El avión parece desempeñar un papel central en la difusión de las epidemias. En su última conferencia en el Colegio de Francia, el profesor de Microbiología y Enfermedades Infecciosas Philippe Sansonetti comparaba de manera demostrativa el mapa del tráfico y el de la difusión del virus (6). Estudiando la difusión del síndrome respiratorio agudo grave (SARS, por sus siglas en inglés) de 2003, un equipo franco-estadounidense también demostró que la “movilidad de las personas y los desplazamientos por enlaces aéreos comerciales son el principal canal de propagación de las enfermedades en ascenso a nivel mundial” (7). Estos investigadores concluyen que los modelos de seguimiento y gestión sanitaria deberían tener plenamente en cuenta esa “matriz de los transportes”. Al no haber implantado durante las primeras semanas de 2020 controles sanitarios serios

en los aeropuertos, muchos Estados tuvieron que decantarse por inmovilizar sus flotas.

Una vez superada la crisis sanitaria, la recuperación del sector tropezará con la cuestión del clima. “Un avión sólo consume actualmente 3 litros cada 100 kilómetros por persona transportada”, intenta tranquilizar Robardey. ¡Todo depende de la manera de contar! En el caso de un pasajero de clase business, son unos 100 litros por hora y emisiones de dióxido de carbono sin punto de comparación con las del tren. Nacida en Suecia en 2018, la *flygskam* (vergüenza de tomar el avión) ha puesto de relieve el impacto climático del transporte aéreo, utilizado por una minoría de terrícolas. Solo en Francia, las emisiones de gases de efecto invernadero achacables al avión representan actualmente el 5% del total –y no el 2,8%, como afirmaba mediante un juego de manos el ministro de Economía, que excluía de su cálculo los vuelos internacionales– (8). Mientras que las emisiones francesas han bajado globalmente un 19% desde 1990, ¡las de los aviones son ahora más del doble! Asimismo, los reactores provocan en altitud una estela de condensación y una nebulosidad que agravarían, en particular por la noche, el efecto invernadero por la combustión del queroseno.

Bajar las emisiones

Airbus afirma ser consciente del cambio climático y de su responsabilidad al respecto: “Crear un futuro sostenible para el transporte aéreo es una necesidad mundial y continuaremos por ese camino”. El fabricante de aviones se alinea con la hoja de ruta del Grupo de Acción del Transporte Aéreo que agrupa a los grandes industriales del sector: nuevas tecnologías, eficiencia de las infraestructuras, carburantes “sostenibles” y medidas basadas en el mercado, sobre todo mediante la compensación de las emisiones de carbono. “La Organización de Aviación Civil Internacional nos ha marcado objetivos que han sido reconocidos y aceptados por el conjunto de la comunidad, con un descenso del 50% del nivel de CO₂ en 2050 respecto a 2005 –recuerda Petitcolin, de Safran–. Como el tráfico ha aumentado mucho, el nivel de emisiones de los aviones de 2050 deberá ser en torno a un 90% inferior al actual”. La hibridación y electrificación podrían ser una baza de la filial Electrical & Power, según Sauret: “No quiero diversificarme, quiero ser

el mejor del mundo en esta clase de soluciones. Es lo que nos hará crecer”.

La saga de la aviación estuvo jalonada de inventos, muchos de los cuales nacieron de la imaginación de ingenieros salidos de la escuela Supaéro, creada en 1909. Todavía bajo la tutela del Ministerio de Defensa, el Instituto Superior de Aeronáutica y del Espacio (ISAE-Supaéro) sigue siendo el mayor establecimiento de formación en profesiones del sector aeronáutico de Europa. Sus edificios se extienden a lo largo del canal del Mediodía, en el sur de Toulouse, muy cerca de la Escuela Nacional de Aviación Civil. Se distingue desde lejos el Mirage III, que se destaca cerca de la entrada.

De este campus de Ranguel salió la respuesta más mordaz al discurso estereotipado de los poderes públicos y los industriales. Durante el “confinamiento”, una treintena de antiguos alumnos reunidos en torno al colectivo Supaéro-Décarbo redactaron un informe muy documentado sobre la cuestión, con una conclusión categórica: “El transporte aéreo es uno de los pocos sectores para los que no hay, ni a corto ni a medio plazo, alternativa tecnológica ‘descarbonizada’. Esta característica convierte a este sector en víctima de la inevitable transición hacia una economía baja en carbono. Muchos empleos, territorios y negocios se verán afectados tarde o temprano. Retrasar el momento del *shock* solo lo agravará” (9).

Constatando también las insuficiencias del progreso técnico a la hora de garantizar la habitabilidad de la Tierra, 750 estudiantes de las escuelas francesas del aire más prestigiosas firmaron una declaración reclamando una “profunda transformación” de la profesión: “Estamos convencidos de que la ralentización de esta industria representa una oportunidad para redirigir parte de nuestro conocimiento y nuestras cadenas de producción hacia actividades aptas a una transición ecológica, como el sector ferroviario o la eficiencia energética” (10).

Una nueva página

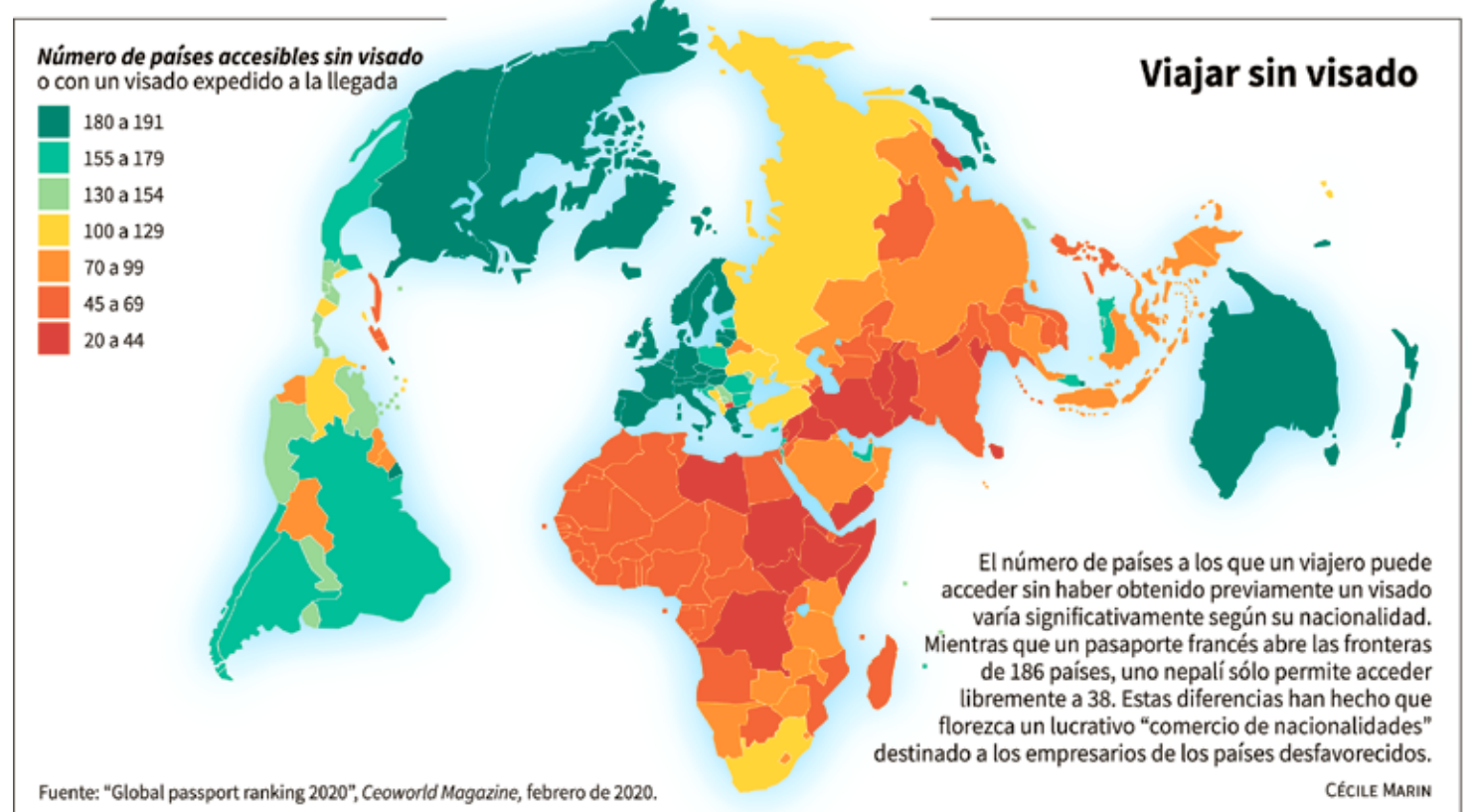
Electrificación de las operaciones en el suelo, sustitución de los turborreactores por aviones de hélice en las líneas regionales, limitación del transporte de carburante u optimización de las trayectorias... El informe de Supaéro elabora un listado preciso de todas las posibles soluciones técnicas a la hora de re-

ducir las consecuencias climáticas del transporte aéreo. Pero los números no salen, afirma Pascal Schmidt, ingeniero de informática y robótica titulado por Supaéro en 2008: “El análisis permite ver lo que la técnica puede aportar, pero también sus límites. Es obvio que el crecimiento continúa, es algo que no puede funcionar”. “Esta industria siempre ha buscado superar sus límites, en términos de física –completa Nicolas Gourdain, profesor de Mecánica de Fluidos–. Antes, los desafíos eran ir más lejos, más rápido y con más gente. Ha de abrirse una nueva página”.

“Ese movimiento de volar menos, más ecológico, es muy europeo –afirma por su parte Petitcolin–. En Estados Unidos y Sudamérica, no hay otra forma de viajar. A Asia no le importa lo más mínimo la ecología en lo que se refiere a los aviones. En 2020, no disponemos de las soluciones para 2035. En cambio, sabemos lo que hay que hacer, sobre qué hay que trabajar para dar un salto significativo. Cada vez más gente tiene un nivel de vida que le permite viajar lejos. Creo que las previsiones medias anuales para los próximos veinte años siguen vigentes”. Sin convertirse en partidario del decrecimiento, el exdirector de Liebherr Aeronáutica y Transporte, André Benhamou, piensa, por el contrario, que hay que “estar atento a esas débiles señales de una sociedad en proceso de cambio [...]. Tengo la impresión de que esta crisis sanitaria acelerará la toma de conciencia de los daños que provoca el turismo de masas. No estoy preocupado por el sector, a menos que se diga que vamos a volver al crecimiento de antes. También debemos pensar en una reconversión. Durante 15 ó 20 años, solo ha habido discursos. Las ayudas públicas deben ser incentivadoras, y no curativas”.

Señal de alarma

En su edición del 10 de junio, el diario regional *La Dépêche du midi* publicaba en portada el anuncio del gobierno francés: “15.000 millones para el sector aeronáutico”, y hablaba de plan de apoyo para el “avión verde”. Examinada de cerca, esa cantidad anunciada la víspera por Bruno Le Maire no es sino la suma redondeada de medidas variadas que se extenderán a lo largo del tiempo. Cuatro activistas de Toulouse de diversas asociaciones (ATTAC, Fundación Copernic, Universidad Popular y Amigos de *Le Monde diplomatique*) descifraron juntos el plan, constatando que



“solo 2.450 millones son ayudas reales del Estado o de organismos bajo su control” (11). Ya en los primeros días del confinamiento, dieron la señal de alarma: Toulouse debe reinventar su modelo de desarrollo para evitar el “síndrome de Detroit”, en referencia a la antigua capital estadounidense del automóvil, duramente golpeada por la crisis de 2008.

Según el plan anunciado, el Estado debería invertir junto con los cuatro grandes (Airbus, Safran, Thales y Dassault) para reforzar el capital propio de las pequeñas y medianas empresas, lo que perfila una concentración del sector. El desempleo parcial debería prolongarse durante dos años, o de lo contrario los despidos pronto se contarán por decenas de miles. El Consejo de Investigación Aero-náutica Civil (CORAC, por sus siglas en francés) debería recibir 1.500 millones de euros en tres años para acelerar la respuesta tecnológica a los objetivos de neutralidad de carbono. La Agrupación de Industrias Aeronáuticas y Espaciales Francesas (Gifas, por sus siglas en francés) ha dejado su impronta en el plan evitando toda contrapartida seria, más allá de la renuncia al pago de dividendos y el respeto de una “carta” entre ordenantes y subcontratistas.

El ministro de Economía quiso mostrarse audaz al hablar de avión “verde” o de combustibles “neutros en carbono como el hidrógeno”. Otros mencionan la gasolina sintética, pero las técnicas conocidas distan mucho de estar perfeccionadas como para adaptarlas a la aviación comercial y parece muy optimista apostar por que, para 2035, una ruptura tecnológica pueda desembocar en un avión que no dañe el clima, como hace el plan gubernamental. Los dirigentes de Gifas creen poder responder a los compromisos climáticos de Francia recurriendo parcialmente a los agro-combustibles, cuyos inconvenientes son conocidos, y a los mecanismos de compensación mediante pozos de carbono o la plantación de árboles, opciones todas ellas cuestionables, encaminadas principalmente a ganar tiempo.

Los aviones “verdes”

El ministro de Economía afirma que las garantías de préstamos se otorgan a Air France a condición que la empresa se convierta en “la más respetuosa con el medio ambiente del planeta” (12). El compromiso principal sería la supresión de los vuelos nacionales “cuando sea posible hacer el trayecto en tren en menos de dos horas y media”, que se aplicará a todas las aerolíneas. En definitiva, buena parte de la ayuda proporcionada debería financiar una “prima por desguace” para la compra de aviones más modernos, como los Airbus A220, fabricados... en Norteamérica. “Nosotros queríamos que el Estado, que desde hace años hace competir al avión y el tren, se hiciera cargo de la compañía”, reacciona Vincent Salles, de la CGT. “Si el gobierno hubiera querido hacer un intermodal coherente, habría aportado capital a Air France como ha hecho Alemania con Lufthansa”.

La idea de convertir a Air France en operador ferroviario en cooperación con la Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses (SNCF, por sus siglas en francés), es retomada por el colectivo Supaéro-Décarbo, que hace propuestas concretas y con cifras tanto para abrir perspectivas de diversificación como para planificar la producción del consumo de carburante: prohibición de aviones de negocios, vuelos interiores cuando exista una alternativa por tren de menos de cuatro horas y media, reducción de los programas de fidelidad, etc. En Reino Unido, el Trades Union Congress, que agrupa a varias decenas de sindicatos, defiende un “derecho a la reconversión y la recualificación” para que

los conocimientos adquiridos en el sector puedan redirigirse hacia necesidades más importantes. Para Gabriel Colletis, profesor de Economía Industrial en la Universidad de Toulouse 1 Capitole e impulsor del “Manifiesto por la Industria”, “el retroceso del volumen de la producción puede compensarse con un aumento del valor de los aviones que consuman entre un 30% y un 40% menos”. “El impuesto sobre el combustible será inevitable –añade–. También es necesaria una reflexión sobre las aerolíneas de bajo coste que han alterado los precios, pero cuyo modelo conlleva muchos gastos ocultos, de las subvenciones locales, de las condiciones laborales, y una increíble distorsión de la competencia”.

Vicepresidenta (socialista) del Consejo Regional responsable del desarrollo económico, Nadia Pellefigue sitúa esta crisis dentro de una perspectiva histórica: “No estábamos en absoluto predestinados a convertirnos en la primera región aeronáutica de Europa. Como la zona suroeste estaba lejos del frente durante la guerra de 1914-1918, las autoridades decidieron instalar la aeronáutica militar en Aquitania y la civil en Toulouse. La epopeya aeroespacial lo debe todo a una decisión estatal y a 50 años de políticas públicas que han estructurado el sector”.

“Airbus no puede ser una ‘empresa normal’ como deseaba su ex presidente-director general”, agrega Colletis. Principal aportador de dinero fresco, con capital en los cuatro grandes del sector y la compañía nacional, el Estado tendría los medios necesarios para volver a adoptar la política industrial que condujo al éxito mundial de Airbus o Arianespace con el fin de lograr la transición energética. Pero desde las privatizaciones parciales del sector impulsadas por el Gobierno de Jospin (1997-2002), han prevalecido los intereses de los accionistas. Para Pellefigue, “obviamente, es necesario un redimensionamiento, pero el riesgo sería entrar sin una estrategia pública en una confrontación entre los consejos de administración y los ciudadanos, con los empleados en medio”. “Todo el mundo habla ahora de patriotismo económico, nacionalización, relocalización –constata con satisfacción–. Pero, dado que el Estado ha abandonado los sectores de competitividad, todavía me cuesta creer en la sinceridad de la conversión si no nos basamos en la fuerza de los territorios. También se comprueba la falta de convergencia europea, de programas europeos sobre las cuestiones industriales y el futuro de los distintos sectores”. La desregulación progresiva impuesta por las directivas de Bruselas en la iniciativa del Cielo Único Europeo “tendrá principalmente un efecto muy negativo para el clima”, argumenta Marc Gillet, especialista en la cuestión (13).

Escenario después de la crisis

Situado muy cerca de las orillas del Garona, Le Bijou pudo abrir el 2 de junio, como todas las salas de conciertos. El 16 de junio, hizo lleno respetando las distancias de seguridad y congregó a 1.400 participantes en línea para un debate sobre el futuro de este sector estratégico en el plano nacional y vital en el plano local. “La interrupción del transporte aéreo debe ser la ocasión de plantear la cuestión de su utilidad social”, resume Jean-Pierre Crémoux, del grupo “Détróit”, organizador de este encuentro entre asalariados, estudiantes, vecinos del aeropuerto, economistas e ingenieros (14).

Otra muestra del interés público que genera la cuestión es una encuesta realizada por la CGT entre los asalariados del sector que ha recibido más de mil respuestas en po-

cos días, explica Maxime Léonard, ingeniero de Airbus que representa a la federación de la metalurgia: “La idea era iniciar una reflexión sobre la diversificación, aprovechar esta crisis para hacerse preguntas y dirigirse hacia cosas más honestas: reorientación, diversificación, compromiso con el medio ambiente y democracia dentro de la empresa. Queremos influir en el debate sobre el escenario posterior a la crisis”. Las sugerencias, muy variadas, serán examinadas próximamente, pero ya se observa que tres cuartas partes de los encuestados consideran que las perspectivas de desarrollo del transporte aéreo antes de la crisis –una nueva duplicación del tráfico en los próximos quince años– no eran “compatibles con los desafíos climáticos y ecológicos”. Esta iniciativa de la central sindical, antaño con fama de “productivista”, participa de un acercamiento entre el mundo laboral y las asociaciones ecologistas marcado por el llamamiento “Plus jamais ça” (“Nunca más”), impulsado junto con 18 organizaciones (15). “Hay una toma de conciencia entre los asalariados, pero se encuentran divididos entre el clima y su trabajo –resume Léonard–. Uno de los pilares de la transición será garantizar el empleo”.

Airbus, con su peso en el mercado mundial, podría influir en las instancias internacionales y dar con otra clase de regulaciones, mientras que el tráfico aéreo se libra prácticamente de todos los impuestos. La verdad sobre los costos, en particular medioambientales, se traduciría lógicamente en un encarecimiento del precio de los billetes. De ahí la nueva idea de una “prestación individual de carbono” o “cuota de vuelos” que permitiría a las personas con ingresos más modestos conocer la experiencia de viajar dentro de determinados límites compatibles con la atenuación del calentamiento global, más allá de los cuales las tarifas se volverían prohibitivas. Esta sería una manera de permanecer fiel al espíritu del Convenio sobre Aviación Civil Internacional

firmado en Chicago el 7 de diciembre de 1944: “El desarrollo futuro [de este] puede ayudar en gran medida a crear y preservar entre las naciones y los pueblos del mundo su amistad y buen entendimiento, mientras que los abusos que se hagan del mismo pueden convertirse en una amenaza para la seguridad general”.

1. “Air passengers market analysis”, IATA, abril de 2020.
2. Informes anuales de la Organización de Aviación Civil Internacional.
3. “Enquête nationale auprès des passagers aériens”, Dirección General de la Aviación Civil francesa, diciembre de 2017.
4. Citado por Christian Fletcher, *Ryanair, low cost mais à quel prix?*, Altipresse, Levallois-Perret, 2013.
5. “Crisis support to aviation and the right to retrain”, New Economics Foundation, Londres, junio de 2020.
6. Philippe Sansonetti, “Covid-19 ou la chronique d’une émergence annoncée”, Collège de France, 18 de marzo de 2020, <https://www.college-de-france.fr>
7. Vittoria Colizza et al., “Predictability and epidemic pathways in global outbreaks of infectious diseases: The SARS study”, BMC Medicine, Londres, 21 de noviembre de 2007.
8. Cf. “56e rapport de la Commission des comptes des transports de la Nation (2018)”, Comisariado General sobre el Desarrollo Sostenible francés, agosto de 2019.
9. “Crise(s), climat: préparer l’avenir de l’aviation”, Supaéro-Décarbo y The Shift Project, 27 de mayo de 2020.
10. *Le Monde*, París, 29 de mayo de 2020.
11. “La grande arnaque, analyse du plan de soutien gouvernemental à l’aéronautique présenté le 9 juin 2020”, Universidad Popular de Toulouse, 18 de junio de 2020.
12. France Inter, 4 de mayo de 2020.
13. Marc Gillet, “Le programme ‘Ciel unique européen’... au détriment du climat”, *Nature Sciences Sociétés*, n.º 3, Nanterre, 2015.
14. “Des avions, des hommes et des femmes”, video en TVBruits, <http://tvbruits.org>
15. “Plus jamais ça”, 18 responsables d’organisation syndicales, associatives et environnementales appellent à préparer “le jour d’après”, Franceinfo, 27 de marzo de 2020, www.francetvinfo.fr

*Sociólogos, respectivamente en el Conservatorio Nacional de las Artes y los Oficios de Francia (CNAM) y en la Universidad de Angers (UFR Esthua, Turismo y Cultura). Los autores agradecen sus investigaciones a Laure Paganelli.

Sacudida de precariedad

por Geraldina Colotti*

“El mundo es un cartel pegado en un muro, que se puede consumir por el precio de un billete”, escribía el historiador Eric J. Leed (1). Pero, ¿qué precio tiene hoy ese billete para el turista de la era pospandemia? ¿Y quién querrá comprarlo? La oficina nacional de turismo de Italia anticipa una merma del 41% en el número de visitantes en 2020, así como una reducción de 154 000 millones de euros en el gasto relacionado con el turismo, en un país en el que esta actividad representa el 13% del producto interior bruto (2), concentrándose en ella gran parte de la economía informal. Las que peor lo pasarán serán las ciudades tradicionalmente más visitadas, como Venecia y Florencia, así como las áreas turísticas con actividades estacionales concentradas en los meses de verano.

La estacionalidad característica del sector hotelero –hoteles, moteles, campings, albergues de montaña– se refleja en una alta flexibilidad laboral. En Italia, más de la mitad de los empleados del sector de servicios de alojamiento tienen un contrato temporal. También es corriente el trabajo a tiempo parcial, que concierne principalmente a mujeres, jóvenes y migrantes. Casi un 20% de los trabajadores extranjeros lo hacen en hoteles y restaurantes, muy a menudo sin contrato o con un contrato temporal, con salarios un 35% inferiores a los de los italianos (3). A finales de mayo, la prensa relató el caso de un joven rumano, camarero en un hotel de la costa de los Abruzos, que se suicidó tras enterarse de que su contrato no sería renovado. Unos días antes, un joven africano había hecho lo mismo.

En Italia, tercera economía de la zona euro, son por lo menos 3 millones de personas las que no tienen contratos regulares y, por lo tanto, quedan excluidas de las ayudas otorgadas por el Gobierno durante la crisis. Ya antes de la pandemia, el 25% de los italianos declaraban no poder enfrentar un gasto imprevisto de 800 euros sin endeudarse. Hoy en día, más de una tercera parte de la población sufre importantes dificultades económicas y afirma no tener ahorros suficientes para vivir más de tres meses sin caer en la pobreza.

A la espera de un posible “Plan Marshall para el turismo” anunciado por el comisario europeo Thierry Breton, la oficina de turismo hace hincapié en la mejora de la oferta de calidad de los territorios y en un desarrollo más local y sostenible del sector. Pero, previsiblemente, esto no va a ser más que un cartel pegado en un muro para muchos italianos.

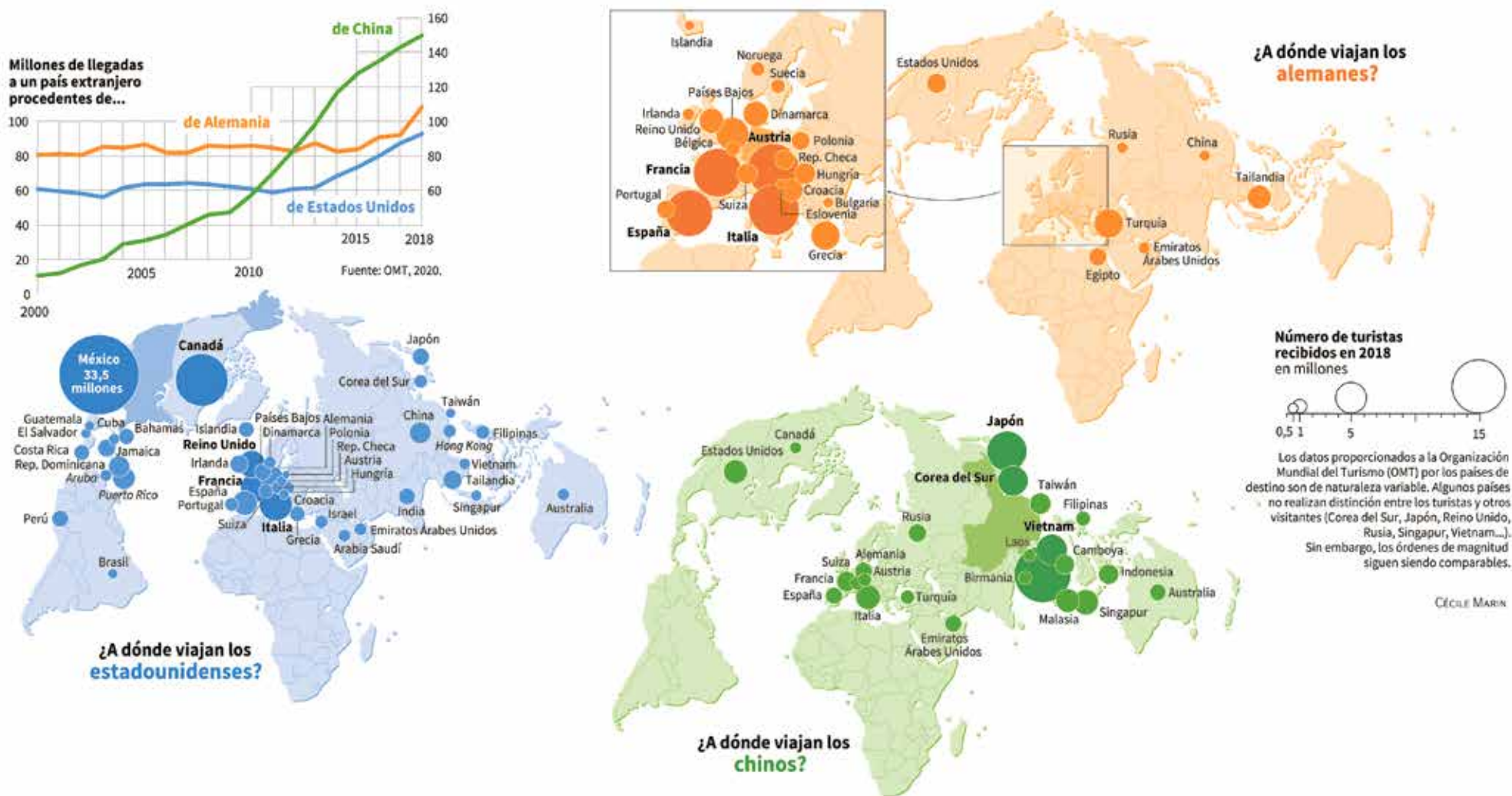
1. Eric J. Leed, *The Mind Of The Traveler: From Gilgamesh to Global Tourism*, Basic Books, 1992.
2. Osservatorio nazionale turismo, boletín n.º 1, Roma, 7 de mayo de 2020, www.enit.it
3. “Gli stranieri nel mercato del lavoro in Italia”, informe anual, Ministerio de Trabajo y Políticas Sociales de Italia, julio de 2019.

*Periodista de *Il Manifesto*, directora de la edición italiana de *Le Monde diplomatique*.

El “turismo verde” después de la pandemia

En busca del viaje
“ecorresponsable”

por Geneviève Clastres*



“El turismo no debe retomar el camino ahí donde lo dejó: si bien es imprescindible el apoyo financiero a los profesionales para permitirles sobrevivir, también es fundamental que esas medidas económicas puedan tener efectos positivos en los aspectos medioambientales y sociales”. Ya en abril, en Francia, la asociación Actores del Turismo Sostenible (Acteurs du Tourisme Durable, ATD), que reúne a operadores turísticos, agencias de viajes, administraciones locales, proveedores de alojamiento, servicios a empresas y medios de comunicación, etc., publicó un manifiesto dirigido a las autoridades públicas (1). Con ánimo de plantear, más que un plan de recuperación, un plan de transformación del sector, ATD defiende cuatro prioridades: sobriedad en carbono y preservación del medio ambiente; cooperación, solidaridad y justicia social; beneficios para la economía local; turismo con sentido. Orientaciones todas ellas fruto de muchos años de reflexión, de debates e incluso de contemporizaciones en torno a los objetivos de una actividad que genera muchos efectos adversos y el 8% de las emisiones de gases de efecto invernadero (más de dos tercios de los cuales son achacables a los desplazamientos).

ATD federa unas 150 entidades de distintos tamaños y se posiciona como “el representante de los actores del turismo sostenible”, tratando de compaginar objetivos económicos, sociales y medioambientales. Otros grupos congregan a profesionales de una misma actividad, como Actuar por un Tu-

rismo Responsable (Agir pour un Tourisme Responsable, ATR), que reúne a operadores turísticos desde 2004, o como la Asociación por un Turismo Equitativo y Solidario (Association pour un Tourisme Équitable et Solidaire, ATES), integrada por 32 entidades que donan parte de sus beneficios a proyectos de desarrollo (reforestación, construcción de pozos, escuelas, etc.). “No debemos cerrarnos en la dictadura del carbono -puntualiza Julien Buot, presidente de ATR-, sino también recordar las virtudes del turismo, factor de paz y de encuentros entre los pueblos”. ¿Cómo impulsar los intercambios, la apertura al mundo, la superación de los prejuicios, sin ir cada vez más lejos y más rápido, con estructuras cada vez más grandes y más destructivas?

Presionar a operadores

Si el confinamiento sanitario ha puesto de manifiesto lo mucho que necesita el ser humano estar conectado con sus semejantes más allá de las pantallas, también ha revelado lo absurdo de determinadas prácticas. ¿Quién va a querer mañana embarcarse de nuevo en un crucero, uno de esos palacios flotantes que no solo sueltan en temporada vacacional oleadas de turistas en ciudades ya saturadas, sino que son por lo demás un vivero de virus? ¿Se puede seguir ignorando el coste medioambiental de un fin de semana en la otra punta de Europa, posible solo por arte y milagro de los descuentos aéreos? ¿Cómo acabar con esos descuentos aéreos? ¿Cómo acabar con esos descuentos aéreos que bombean las aguas

freáticas de países ya exhaustos, con esos circuitos que encadenan visita tras visita en una contrarreloj presupuestada, con esas playas abarrotadas o con la explosión de los precios inmobiliarios que impide que los jóvenes adultos encuentren alojamiento en las ciudades o pueblos donde se criaron?

Hace más de treinta años que estas cuestiones son tema de reflexión, pero la economía del turismo apenas ha evolucionado o, de hacerlo, ha sido hacia una mayor globalización y masificación, con la consiguiente saturación de numerosos lugares. Mientras se debate acerca del sobreturismo, el descontrol inmobiliario o la vergüenza de viajar en avión, van prosperando grandes grupos como Ryanair, Airbnb o Booking. La única mella que han sufrido ha sido por la crisis de la Covid-19. Esta podría ofrecer la ocasión para que se consideraran planteamientos distintos y también para presionar a los grandes operadores con el fin de que cambien sus prácticas. “Hace ya un par de años que las cosas están realmente cambiando a escala territorial –constata Guillaume Cromer, presidente de ATD–. Tanto en las oficinas de turismo como en los comités de turismo de departamentos y regiones, cada vez hay más técnicos concienciados con la necesidad de operar una transición en torno a temáticas que contemplen lo social, la reintegración de los habitantes en los proyectos, la emergencia climática, la movilidad, etc.”. Por ejemplo, la región de Occitania ha creado un fondo de apoyo de 101 millones de euros para proyectos destinados a desarrollar o perenni-

zar la frecuentación, como son el enoturismo, el “turismo lento” o la adaptación de las estaciones de esquí para que dejen de apostar todo a una sola carta, la nieve.

¿Oportunismo o señal de que algo de verdad se está moviendo? Las administraciones locales nunca han desplegado tanta comunicación con vistas a potenciar sus atractivos. Incitan a reducir los viajes de larga distancia, a poner el foco en lo local, a valorizar “microaventuras”, pero también a “desaturar” lugares de excesiva frecuentación en beneficio de nuevos destinos. “El turismo de mañana será verde y nuestro trabajo se centrará en nichos de mercado. Creo que hemos dejado atrás el turismo de masas y que, en el futuro, tendremos que ser más respetuosos en nuestra forma de interactuar con el entorno”, comenta Cathy Fermanian, directora de Vaucluse Provence Attractivité (2). Ahora desea promover los circuitos cortos e involucrarse aún más en los *clean labels*, un concepto de *marketing* que pone el énfasis en lo simple y lo natural de los productos.

Protocolos e innovación

No todos comparten estas inquietudes. Hervé Bellaïche, director general adjunto de Ventas y Marketing de la empresa de cruceros de lujo Ponant, ve prioritarias las medidas centradas en sanidad y seguridad: “El turismo de mañana va a exigir una inmensa capacidad de adaptación por parte de todos los agentes. El punto crucial en el que estamos trabajando será aportar todas

las garantías necesarias, que los pasajeros tienen derecho a exigir. La excelencia de los protocolos y la innovación serán elementos clave para ofrecer viajes y cruceros totalmente seguros y así recuperar la confianza". La empresa Ponant sintetiza por sí sola las contradicciones del sector. Celebrada como la única compañía que opera bajo pabellón francés, galardonada por ATD el pasado mes de febrero con el "Premio del Turismo Sostenible" por sus barcos menos contaminantes y sus protocolos de minimización del impacto medioambiental, se dirige a unos pocos privilegiados (entre 400 y 1000 euros por noche a bordo) y no para de armar nuevos barcos para ir cada vez más lejos, especialmente hacia los polos con su crucero rompehielos previsto para 2021.

Mucho más asequibles, las prácticas sostenibles como el cicloturismo, el senderismo y el turismo itinerante tienen el viento a favor. Numerosas iniciativas evidencian una toma de conciencia frente a los arrolladores mastodontes que canibalizan el mercado. El sitio web Fairbooking, creado por hoteleros, viene por ejemplo a incordiar a Booking, la central mundial de reservas en línea, ofreciendo una herramienta para seleccionar ofertas que permite un contacto directo con los profesionales afiliados. VaoVert también orienta a turistas concienciados con su impacto medioambiental hacia alojamientos "ecorresponsables". La plataforma comunitaria Fairbnb favorece a los propietarios de una vivienda única y dona la mitad de los gastos de gestión a "proyectos solidarios" locales a elección del viajero, ahí donde Airbnb recupera lo esencial de sus

beneficios o despide a gran parte de su personal al primer sobresalto sanitario. Sin que esto agote la lista (3), podríamos mencionar también Les Oiseaux de Passage, una agrupación de socios venidos de los sectores del turismo, de la cultura y de la economía social, que prioriza el encuentro entre viajeros y habitantes, agricultores, artesanos y artistas locales.

Impuesto al carbono

Todo es frágil aún. La oferta colaborativa se cuele por los resquicios con más o menos éxito. Muchos proyectos están condenados a la marginalidad ante la presión de los grandes grupos, que pueden permitirse reventar los precios. Limitarse a apostar por el compromiso del consumidor no da muchos resultados. Como prueba de ello, varios operadores turísticos han terminado por integrar la compensación de carbono en el precio del viaje al observar que, cuando era solo opcional, muy pocos clientes aceptaban pagarla... Y muchas falacias confunden al viajero concienciado en elegir lo correcto: "Cuidado con las empresas que hacen negocio con lo solidario y carecen de proyectos sólidos y de escrúpulos", advierte Caroline Mignon, directora de ATEs. Corren tiempos en los que los escaparates verdes tienden a multiplicarse...

¿Están los profesionales, los viajeros y las autoridades preparados para un enfoque diferente? Han sido muchos los discursos públicos en los últimos meses, pero les falta un basamento común. Según Jean François Rial, presidente del grupo Voyageurs du Monde, la solución vendrá de una reforma fiscal que contemple la presión sobre la biodiversidad, las

reservas naturales, con un verdadero impuesto al carbono calculado sobre todas las emisiones relacionadas con los viajes, de modo que cada cual pague por la huella que deja en el clima. "No creo que la gente vaya a aceptar pagar esos impuestos de inmediato, pero van a elegir a responsables políticos proclives a aplicarlos. El precio real debe ser pagado, aun a costa de una contracción del mercado", admite.

La acción pública y la orientación que tomen las políticas serán fundamentales. La reglamentación, la fiscalidad y las contrapartidas a las ayudas directas o indirectas podrían contribuir a promover un nuevo modelo que ya no considere el turismo únicamente a través del prisma del número de visitantes y del lucro económico que representa, sino que también tenga en cuenta las cuestiones sociales y medioambientales. Queda mucho camino por recorrer si se considera el penúltimo consejo interministerial francés sobre turismo, que tuvo lugar el 19 de mayo de 2019. La memoria del gobierno era un cúmulo de cifras: número de visitantes extranjeros (89,4 millones de entradas anuales), ingresos por turismo internacional (56.200 millones de euros al año), para subrayar que en 2018 alcanzaron "su nivel histórico más alto". Un año después, el pasado 14 de mayo, en su discurso ante el último comité interministerial, cuando nos acercábamos a un "mínimo histórico", el primer ministro Édouard Philippe no dijo una sola palabra sobre las cuestiones relacionadas con el medio ambiente, el clima, la responsabilidad de los agentes implicados y el significado mismo del turismo.

Mientras anunciaba una acumulación de ayudas económicas de todo tipo (por un total de 18.000 millones de euros), sólo se distrajo por un instante para mencionar su preocupación por el "turismo social". Un fondo de 225 millones de euros debería sostener las empresas del sector, gravemente debilitadas por la crisis. ¿Resulta suficiente, cuando sabemos que en los últimos cinco años el 65% de los franceses han tenido que renunciar a

las vacaciones de verano por razones financieras? (4). "Estos anuncios son bastante positivos para nuestro sector, que representa un poco más de mil millones de euros –afirma Simon Thiroit, delegado general de la Unión Nacional de Asociaciones de Turismo y Actividades al Aire Libre (UNAT, por sus siglas en francés)–. Pero tendremos que estar seguros de que las pequeñas estructuras situadas en el corazón de nuestros territorios acceden realmente a estos fondos, así como velar por la reactivación de la demanda de vacaciones para los franceses más vulnerables".

Son muchos, tanto agentes como militantes, los que cifran sus esperanzas en el trabajo de fondo realizado en 2019 por la Agencia para la Transición Ecológica (ADEME, por sus siglas en francés). Su coordinadora, Aude Andrup, está a la espera de que pronto se publique y no puede revelar su contenido, aún confidencial: "Hemos llevado a cabo una amplia consulta con todas las partes interesadas, con el fin de elaborar propuestas operativas para una estrategia de turismo más sostenible para Francia". Como para compensar todo lo que ha quedado obviado en el discurso del primer ministro, la palabra "sostenible" sirve de constante aderezo a lo largo del plan gubernamental presentado el pasado 14 de mayo, que la asocia generalmente con "innovación" y "digital". Pero aún cuesta ver cómo se traduce de forma concreta esta opción semántica en los próximos meses. ■

1. "Manifeste pour un plan de transformation du tourisme durable", consultable en el sitio web de ATD, www.tourisme-durable.org

2. Le Grand Pastis, 25 de mayo de 2020, www.le-grand-pastis.com

3. Cf. www.voyageons-autrement.com

4. Encuesta del IFOP para la UNAT y la Fundación Jean-Jaurès, julio de 2019.

*Periodista. Ha dirigido el volumen colectivo *Dix ans de tourisme durable*, Éditions Voyageons-autrement.com, Bourg-lès-Valence, 2018.

"Turistas, ¡go home!"

por Élisabeth Perriguet*

En 2019, cerca de 35 millones de extranjeros visitaron Grecia, una afluencia récord equivalente a tres veces la población del país. A finales de mayo de 2020, la temporada turística aún no había comenzado. Hoteleros, dueños de restaurantes y trabajadores estacionales esperaban la vuelta de los clientes en julio. A otros no les hace ninguna gracia: en algunas fachadas de la capital, Atenas, se pueden leer pintadas como "Turistas, destruyen lo que han venido a buscar", o "Turistas, quédense en casa", especialmente en el barrio de Exarquia, donde son muy activos los detractores de esta industria.

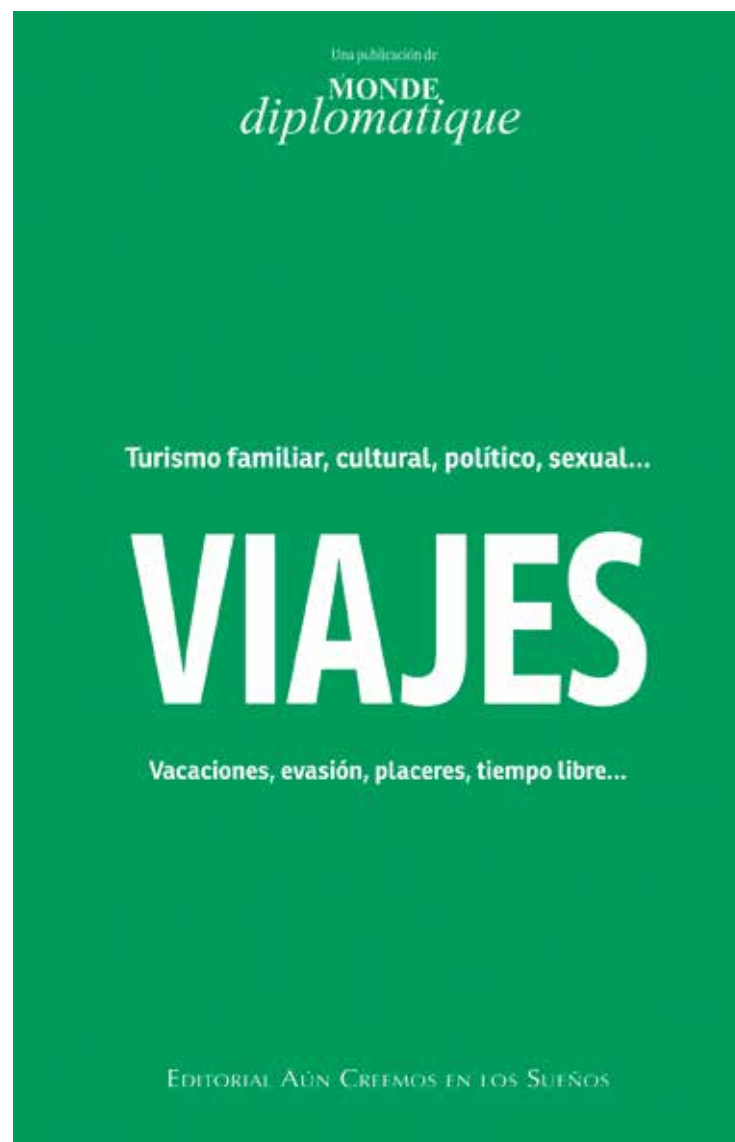
Este barrio alternativo ha convertido la denuncia del turismo de masas en uno de sus nuevos temas de lucha, junto con las batallas contra las políticas de austeridad o por la solidaridad con los refugiados. Grafitis y asambleas alertan contra la "turistificación", que es "la subversión de un lugar y de su carácter por la sobreexplotación turística", explica Penny Travlou, miembro del colectivo Action Against Regeneration & Gentrification (Acción contra la Rehabilitación y la Gentrificación), cuya acción se centra en la crisis de la vivienda. Varios grupos abogan por limitar el turismo, que sigue siendo una actividad económica vital para muchos griegos.

Saturación de los sitios turísticos, impacto medioambiental, sobre todo por el auge de los puertos deportivos, escasez y encarecimiento de los alojamientos de alquiler anual, cierre de los comercios tradicionales, etc. Los estragos del turismo han sido abrumadores en varias islas y ya empezaban a abatirse sobre Atenas antes de la pandemia. Nicholas Theocarakis, profesor de Economía Política en la Universidad de Atenas, no confía en el Estado para controlar esta ola. "Los gobiernos han dejado que se afiance esta sobreexplotación turística. No se ha invertido en infraestructuras para absorberla. Nuestra economía, destruida por los memorándums, no lo permite".

La plataforma Airbnb, que prospera en este vacío estructural, está en el centro de la diana. Desde 2015, se dedica a convertir los bienes inmuebles en alquileres de temporada, al tiempo que muchos griegos ya no pueden encontrar alojamiento. Maria F., del movimiento Iniciativa de los Habitantes de Exarquia, ha observado cómo crece el número de viajeros que se benefician de los bajos precios de Airbnb, en viviendas que pertenecen tanto a particulares como a fondos de inversión, incluso en su propio barrio. "Los alquileres han subido. Muchos amigos que ya no pueden pagar se han marchado", cuenta esta funcionaria, que vive aquí desde 2007. Atraídos por este foco anarquista, emblemático del anticapitalismo y desprovisto de bancos o de grandes cadenas comerciales, los viajeros, lamenta, "no son necesariamente conscientes de los vínculos sociales y del carácter político típicos de Exarquia". El espíritu de protesta se convierte en un objeto de marketing. Prueba de ello es la aparición de visitas temáticas por el barrio, organizadas por agencias de viajes o particulares que se presentan como guías locales.

El confinamiento ha asestado un golpe al sistema, pero sin derribarlo. Estos activistas son pesimistas; no ven ningún cambio a largo plazo. Según ellos, sería necesaria una regulación y mencionan varias vías, como la limitación del número de alquileres de temporada o un gravamen para pequeños propietarios y otro para las grandes empresas del sector. Pero esto no es una prioridad para el gobierno. Hoy más que nunca, lo suyo son campañas promocionales para atraer visitantes a un país que oficialmente registra cerca de doscientas muertes por Covid-19. "Cree que este modelo, basado en el turismo, es rentable. No se plantea buscar alternativas", comenta Theocarakis. ■

*Periodista, Atenas.



Ocio fordista

Economía y geopolítica del turismo

por Bertrand Réau y Christophe Guibert*

Y de repente, milagro: el líquido fangoso de los canales venecianos se tornó agua clara. Los turistas habían abandonado la ciudad confinada, por lo general saturada de visitantes y rodeada de “cruceiros factoría”. En el silencio de ese siniestro final de marzo, todo el mundo evaluaba los espectaculares efectos del turismo sin control, por la propia ausencia de este. Y podía soñar con un mundo en el que el tiempo de ocio se utilizara para actividades menos destructivas para el planeta. ¡El “turismo de masas”, ese es el enemigo!

Tras la aparente obviedad de una observación alimentada a diario por la hiperfrecuentación bien real de ciertos destinos (Barcelona, Venecia, Dubrovnik...) se esconde un implacable juicio social. El turista es el otro: “el tonto del viaje”, como dice el semiólogo Jean-Didier Urbain. Aborregado, gritón, escandaloso, superficial, tan invasivo y vulgar como el siluro en los ríos, su presencia masiva arruina al instante el auténtico y sereno paisaje que su figura opuesta, el “viajero”, se precia de contemplar. Semejante espantajo cristaliza la angustia de las clases cultas frente a la multitud y, de forma más general, frente a la congestión y “masificación” de privilegios que antes eran exclusivos de ellas.

Porque, si dejamos por un momento a un lado lo que es su envoltura comercial, la cuestión de fondo que plantea el turismo concierne los tiempos sociales y su contenido: la gestión del tiempo liberado de las clases trabajadoras, por un lado; y, por el otro, el valor educativo distintivo del tiempo que las clases altas dedican a sus actividades de ocio.

Contrariamente a lo que sugiere la visión dantesca de una terminal de vuelos chárter en el apogeo de las vacaciones de verano, el turismo tiene origen aristocrático. Llevaba por aquel entonces el nombre de Grand Tour, un invento británico de finales del siglo XVII que pretendía instruir a los jóvenes nobles mediante el descubrimiento de monumentos, leyes y costumbres de los países que visitaban, especialmente Italia, ofreciéndoles por lo demás la oportunidad de hacer alguna que otra calaverada a salvo de miradas indiscretas. Con esa ocasión, los herederos aprendían el oficio de heredar, adquiriendo conocimientos lingüísticos y culturales que pudieran posteriormente ser de provecho para desempeñar el título que se les había de transmitir.

Esa práctica se extiende a la burguesía a lo largo del siglo XIX, con el auge de los balnearios y del “excursionismo”. El turismo sigue siendo privativo de las clases más acomodadas. En el siglo XIX, la reorganización del tiempo hace mella en este exclusivismo. Primero, las leyes sobre la escuela hacen que surjan “prácticas de tiempo libre” para los niños de otros ámbitos sociales que el de la burguesía. Simultáneamente, la reducción del horario laboral de los niños, de las mujeres y luego de los hombres, y también la conquista gradual de las vacaciones pagadas, sientan las bases de un tiempo extralaboral cuyo perdurable símbolo son las vacaciones de verano de 1936 en Francia –aunque, en realidad, no alcanzarían su pleno esplendor

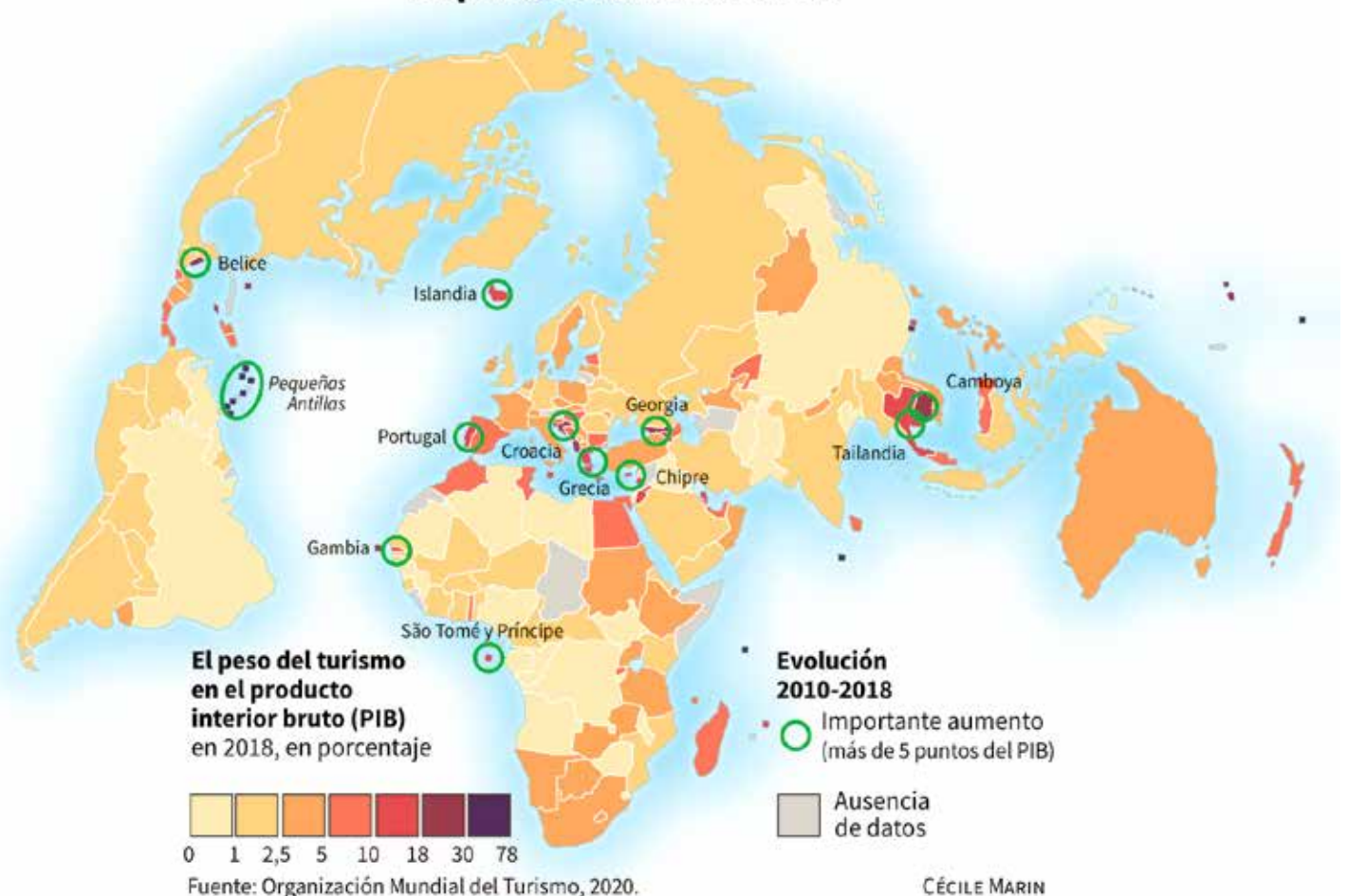
sino tres décadas más tarde—. En ese lapso, las elites religiosas, económicas, políticas y sindicales se enfrascaron en una lucha por organizar ese tiempo convertido en libre. Pasado casi un siglo, sus representaciones, expuestas por la historiadora Anne-Marie Thiesse, siguen estructurando el análisis del turismo mediante la oposición entre “una cultura distinguida, prerrogativa de la elite, que pone de manifiesto la capacidad y la voluntad individuales de desarrollar talentos naturales y, por otra parte, una cultura popular que no pretende la distinción sino la ‘educación’ de las masas, de forma colectiva y con una pedagogía ilustrada” (1).

Empresarios del ocio

Ya desde el siglo XIX, surgen empresarios del ocio, vanguardia cultural de su época, que crean mercados turísticos para los distintos segmentos de las clases altas y posteriormente medias: desde los ingenieros del Touring Club de Francia, fundado en 1890, hasta los excursionistas *new age* de Terres d’Aventure, pasando por los deportistas que fundaron el Club Med. De forma simétrica, después de la II Guerra Mundial, los sindicatos y partidos de izquierdas franceses, especialmente los comunistas, ofrecen un turismo social y familiar organizado en torno a una galaxia de asociaciones y también por los comités de empresa, sobre todo los de las empresas nacionalizadas (2).

Desde mediados de los años 1980, un 60% de los franceses se va de vacaciones, mientras que un 40% se queda en casa. Esta proporción oculta el hecho de que, en realidad, los altos ejecutivos y las profesiones intelectuales salen de vacaciones tres

Dependencia del turismo



veces más que los obreros y seis veces más cuando se trata de un viaje al extranjero (excluyendo las visitas a familiares) (3). La mitad de los que no salen se priva de vacaciones por motivos económicos; la otra mitad, por motivos de salud, familiares, etc.

En la era de los paquetes “todo incluido” con precios muy bajos, los veraneantes distinguidos están más expuestos a toparse en el camino con aquellos a quienes llaman “turistas”. Sorteando el peligro diversificando y multiplicando las fórmulas de viaje (descubrimiento de una ciudad, esquí en invierno, viajes culturales al extranjero, estancia en un club, etc.), inasequibles para quienes tienen un presupuesto ajustado. A imagen de lo que sucede en materia de cultura, el sector acomodado de la población se diferencia mediante un turismo “omnívoro” capaz de proporcionar a niños y adolescentes la oportunidad de adquirir habilidades de gran valía, al estilo del Grand Tour: un “saber estar” y un “saber hacer” que conforman lo que el sociólogo Pierre Bourdieu llamaba una “cultura libre”, que no se enseña en la escuela pero que resulta imprescindible para subir los últimos peldaños de la jerarquía social; precisamente los que faltan en la escalera meritocrática, aun cuando se haya ascendido entera sin el menor tropiezo.

La limitación impuesta a los viajes al extranjero a raíz de la epidemia de Covid-19 podría debilitar esas estrategias. Y aún más ahora, cuando a los profesionales del turismo les interesa reorientar su actividad hacia el perímetro nacional, movilizándolo por lo tanto a las poblaciones que, hasta la fecha, no se iban de vacaciones o lo hacían en contadas ocasiones.

Esta jerarquía social dentro de cada país se corresponde con una jerarquía internacional en términos de dependencia con el flujo de visitantes. De este modo, entre las naciones que más ingresos recaudan por turismo (Estados Unidos, España, Francia, Tailandia, Alemania, Italia), la participación del sector en la riqueza nacional es baja para Estados Unidos (7,8%) pero crucial para Tailandia (22%). Definir al propio país como un destino de ensueño con la esperanza final de captar una fracción de los 8,9 billones de dólares anuales que mueve esta actividad (10,3% del producto interior bruto mundial, según el World Travel and Tourism Council, un foro para la industria de viajes y turismo) es una tarea de alcance político y geopolítico.

Una actividad frágil

Los 13 millones de turistas que visitaron Marruecos en 2019 (frente a los 9,5 millones de 2012) son resultado de una estrategia gubernamental explícita, confirmada en el lema probablemente algo utópico de “20 millones de turistas en 2020” y materializada en planes de desarrollo como el de Taghazout Bay, cerca de Agadir. Pero basta con un cambio geopolítico, una ola de atentados o... una epidemia para que disminuya o se estanque el número de turistas, como ocurrió en Túnez durante la Primavera Árabe. El juego de los visados es también para los Estados una forma de influir en la cartografía de sus flujos, concediendo facilidades para viajar a turistas de determinados países.

Ser un país emisor de grandes cantidades de turistas constituye una nada desdeñable palanca de influencia sobre los países receptores. China, que generó 80 mi-

llones de estancias fuera de sus fronteras continentales solo en el primer trimestre de 2019 y que estaba experimentando un crecimiento anual de dos dígitos en esta área (al menos antes de la Covid-19), se vale de este recurso como de un *soft power*. Por tanto, para Francia, principal destino europeo, enemistarse con Pekín y exponerse a perder todos o parte de los 2,2 millones de visitantes chinos registrados en 2018 resulta un asunto delicado. Pero también para Tailandia, Vietnam y Japón, que llevan unos años recibiendo un creciente flujo de visitantes del gigante asiático.

Arma geopolítica, el turismo también ofrece a las autoridades una herramienta para controlar a su propia ciudadanía. Pekín alienta y organiza el desarrollo interno del sector: el propio gobierno es quien define lo que los chinos deben visitar en China, jerarquizando los sitios según una nomenclatura (5A, para la Ciudad Prohibida de Pekín y la Gran Muralla, 4A, 3A...) hecha a medida para fomentar el sentimiento de orgullo nacional. De forma más sutil, el turismo también permite el control de las minorías a través de la puesta en escena de sus culturas: las tradiciones, danzas y formas de vida se presentan como rasgos ahistóricos, esencializados y casi naturalizados. Folclorizar y musealizar a una población local equivale de esa manera a “congelarla”, trocando su futuro en pasado.

Los parques temáticos étnicos que se están multiplicando en el sur de Asia, desde Malasia, con el Taman Mini Malaysia, hasta la isla china de Hainan, cumplen así una función política evidente. En Hainan, por ejemplo, los tejidos, las viviendas tradicionales o la vestimenta del grupo étnico li se muestran a los visitantes entre retratos de Mao Zedong que alguna mano ingeniosa ha ido esparciendo por las cabañas.

Impacto ecológico

Al frenazo en seco causado por el coronavirus viene a añadirse una tendencia más estructural que sintoniza con el auge de las inquietudes medioambientales; así termina cuajando la invitación a relajarse no muy lejos de casa mezclando lo agradable, lo útil y lo sostenible. Propuestas en parajes de montaña o en la costa francesa procuran combinar las tendencias ecológicas, deportivas y de desarrollo personal, ofreciendo a una clientela próspera y que se cuida unos alojamientos de tipo “ecolodge” con actividades deportivas practicadas en un entorno natural, a veces asociadas con clases de yoga. En Seignosse, en la costa atlántica, por ejemplo, una agencia invita a los veraneantes a hacer surf durante el día, bajo la supervisión de instructores diplomados, y a regresar luego a sus “alojamientos ecorresponsa-

bles” renovados “con materiales naturales y tradicionales”, con el broche de una “decoración ‘casera’ procedente del reciclaje” y equipados con baños secos, antes de disfrutar de una comida compuesta de productos locales o de circuitos cortos de comercialización: “Un lujo sobrio y majestuoso” para vivir “en ósmosis con el medio ambiente”.

Ahora bien, el turismo es, según dicen, responsable del 52% de los desechos vertidos en el Mediterráneo (4) y del 97% de las emisiones de gases de efecto invernadero en la isla de Dominica (5); y, en 2017, los 47 barcos del grupo Carnival (Costa Cruceros, P&O Cruises, Aida Cruises, Princess Cruises, Cunard Line, Seabourn, Holland America Line) emitieron diez veces más óxido de azufre que todos los automóviles europeos, y eso que representan menos de la cuarta parte de la flota de cruceros del Viejo Continente (6)... La medición efectiva del impacto ecológico del turismo implicaría determinar su contribución específica a cada uno de los sectores a los que está vinculado: transporte, ocio, alojamiento, restauración. En Francia, a falta de un ministerio de pleno derecho, el fomento de la “responsabilidad ecológica” es principalmente obra de las administraciones públicas territoriales (consejos regionales, departamentales y municipales) que pueden o no incluir la

cuestión en sus proyectos de desarrollo.

Aún no sabemos si la actual reivindicación de un turismo “responsable” va a redundar en una nueva segregación social o si, por el contrario, brindará la oportunidad de pensar por fin el turismo en el marco de una política global del tiempo libre. Planificar la ordenación territorial, articular formas de turismo y flujos de visitantes, organizar su vocación social y ecológica: solo le falta a semejante programa un Estado que quiera abordar el tema con voluntad y compromiso. ■

1. Alain Corbin (bajo la dir. de), *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, Aubier, París, 1998.
2. Véase Bertrand Réau, *Les Français et les vacances. Sociologie des offres et pratiques de loisirs*, CNRS éditions, París, 2011.
3. Saskia Cousin y Bertrand Réau, *Sociologie du tourisme*, La Découverte, col. “Repères”, París, 2016.
4. Mauro Randone (bajo la dir. de), “Reviving the economy of the Mediterranean Sea: Actions for a sustainable future”, WWF Mediterranean Marine Initiative, Roma, 2017.
5. Daphne Ewing-Chow, “The Environmental impact of caribbean tourism undermines its economic benefit”, *Forbes*, Nueva York, 26 de noviembre de 2019.
6. “One corporation to pollute them all. Luxury cruise air emissions in Europe”, *Transport et Environnement*, European Federation for Transport and Environment, Bruselas, junio de 2019.

*Sociólogos, respectivamente en el Conservatorio Nacional de las Artes y los Oficios de Francia (CNAM) y en la Universidad de Angers (UFR Estheta, Turismo y Cultura). Los autores agradecen sus investigaciones a Laure Paganelli.

La otra punta del mundo enfrente de casa

por Philippe Bourdeau*

La crisis sanitaria cuestiona los modelos de desarrollo basados en la creciente mercantilización de las actividades de ocio. Al poner coto a la movilidad, ha dado nuevo aliento a la noción de lindes geográficas y culturales. Pero, ¿basta con relocalizar el mercado de los viajes, o podemos imaginar otras alternativas para el tiempo de ocio?

Torpedo al “relato oficial de la globalización” (1), las medidas adoptadas para controlar el coronavirus han puesto trabas a los desplazamientos, en cuya fluidez se basa el turismo, convertido este en un importante marcador del choque económico y social. ¿Causa o consecuencia? Los viajes han influido de forma nada desdeñable en la propagación del coronavirus, al igual que contribuyen al calentamiento global, que a su vez amenaza los centros turísticos costeros o de esquí.

La inmovilización general ha cuestionado con dureza la relación con el allá, reactivando la “ley de hierro” de la proxemia, que es el estudio de la relación con el espacio: lo que está cerca siempre termina importando más que lo que está lejos (2). Cuando salgamos del confinamiento, ¿asistiremos a

una descompensación para “disfrutar a lo grande el momento presente”, como espera el director del Club Med? ¿O, por el contrario, habrá un reaprendizaje gradual de una relación con lo lejano reajustada a partir del espacio de la vida cotidiana?

La dicotomía

“¡Madagascar no, Jura sí!”, “Estar a gusto sin irse muy lejos”... Se desempolvan eslóganes acuñados tras la crisis de 2007, que celebran encantos y virtudes de la proximidad, dejando atrás la dicotomía “aquí—allá”. Esta manera de buscar sosiego, optando por lo local, frente a una alteridad que se nos presenta cada vez más ansiógena, ¿se vivirá como una revelación y un reencantamiento que perdure, o como un turismo de crisis, sucedáneo frustrante y regresivo

del exotismo? ¿Habrà, tal y como se anuncia, frenesí con la bicicleta? He aquí una forma de transporte libre de carbono y favorecedora del distanciamiento físico, que también se asocia con un estilo de vacaciones itinerantes, donde recobra plenamente sentido el trayecto en sí, frente a la obsesión por llegar a un destino. ¿O, por el contrario, se instalará la percepción de que el coche es un cascarón protector contra los riesgos que conlleva el hacinamiento en los transportes públicos? A no ser que la autocaravana, ese moderno carromato híbrido de transporte y alojamiento, termine imponiendo su régimen prudencial, el del núcleo ensimismado de familia o amigos.

Última oportunidad

Con la excepción de unos pocos lugares, el imperativo de alcanzar una afluencia y una frecuentación récord (con el telón de fondo de una indefectible celebración del crecimiento) casi ha imposibilitado hasta ahora cualquier medida significativa de regulación de flujos, y por ende de sus perjuicios. El control del número de personas está llamado (¿temporalmente?) a ser la norma en materia de tráfico, de acceso o de limitación de aforo para eventos y espectáculos. ¿Vamos, por lo mismo, hacia más fragmentación y más dispersión en tiempo y espacio, con renovado interés por sitios pequeños, grupos pequeños, pequeños alojamientos y eventos pequeños? Así las cosas, los “espacios abiertos” (alta mar, montaña, bosques, etc.) podrían perfilarse como destinos refugio, al ofrecer el requerido distanciamiento, lejos de los habituales luga-

res de concentración turística. A no ser que la reducción de la capacidad de alojamiento, por precaución sanitaria, limite aún más su accesibilidad, en beneficio de los propietarios de segundas residencias.

Por supuesto, es posible imaginar un escenario en el que aumentaran los procesos de autolimitación y renuncia basados en convicciones militantes: menos avión, menos viajes y menos lejos, con menos prisas y por más tiempo, sin pretender por sistema visitar todos los lugares de ensueño que ofrece el planeta... A contrapelo de la promesa de escalada “experiencial” orquestada por la industria del turismo, dicho proceso contribuiría a “hacer que el mundo no esté disponible”, tal y como sugiere el filósofo alemán Hartmut Rosa (3), renovando asimismo la capacidad de deslumbramiento. Desde la perspectiva contraria, con las medidas de control social más o menos autoritarias también podría recrudescer un “turismo de la última oportunidad”. Consistiría en apresurarse a “disfrutar” de las bellezas naturales en peligro: glaciares, banquisa, la Gran Barrera de Coral...

¿Darà lugar la coacción a disidencias recreativas (4), desde las más ínfimas hasta las más transgresoras, que se salgan del marco previsto por quienes planifican y gestionan: prácticas fuera de pista, actividades nocturnas, exploración urbana? ¿Aunque por ello haya que romper o invertir los códigos del turismo, a imagen del viaje experimental (5), que introduce utopía en lo próximo, lo cotidiano, la frugalidad, la inmovilidad o la lentitud?

Hasta la Covid-19, la expansión del turismo ha resistido tanto las crisis económicas como la climática, aun a costa de contradicciones sistemáticas con los objetivos declarados de reducir la dependencia con las energías fósiles. Se daba por sentado que el turismo es una industria imprescindible, al no poder deslocalizarse. La crisis sanitaria evidencia que tal consenso pasa por alto una condición elemental, que es la posibilidad de desplazamientos masivos. La revelación de esta vulnerabilidad vigoriza dos puntos ciegos de las políticas turísticas: por un lado, da protagonismo a las clientelas locales y regionales, perspectiva que los operadores reincorporan positivamente en su discurso y que antes pasaba por arcaica; y, por otro lado, reduce la dependencia con el turismo de muchos territorios donde ha llegado a ser una monoactividad, y por ende un factor de fragilidad. El turismo ilustra perfectamente el doble reto de relocalización y desespecialización de los territorios, con la perspectiva de salir del “todo turismo” y de dejar de depender de un impredecible maná.

Nuevas vulnerabilidades

El ímpetu de la recuperación puede llevarse por delante esta doble lección que nos ha dado la crisis. Comprometerse a “remontar rápido y lejos”, según propone la oposición socialista (6), plantea una vez más la cuestión de cómo debe reorientarse la asignación de los recursos públicos. En última instancia, los designados para salvar a los actores tradicionales del sector son el Estado y las administraciones locales; una visión estratégica exigiría, pues, hacer frente a los retos que plantea la transición. De momento, la única ambición de cambio que invariablemente propugnan los programas de apoyo al sector, como el de la Organización Mundial del Turismo (7), gira en torno a lo digital, con una intensa batería de aplicaciones destinadas a optimizar la conectividad entre clientes y proveedores: acceso a los servicios, agilización de los trámites, etc. Tras la “furia por el acondicionamiento” de infraestructuras turísticas que prevaleció durante mucho tiempo, la doxa del turismo se reordena ahora en torno a otra solución tecnológica, el “frenesí por lo digital”, resumida en un “para salvarlo todo, pulse aquí” (8). Sin embargo, ese “inmovilismo acelerado” (9) no resuelve ninguna de las cuestiones de fondo pendientes. Anuncia además nuevas dependencias sociotécnicas y nuevas vulnerabilidades: ¿y qué pasa si el próximo virus es informático? Por supuesto, podemos imaginar que la omnipresencia de la tecnología digital fortalecerá los nichos turísticos basados, inversamente, en las relaciones humanas, la innovación social y la convivencia. Pero más probable es que contribuya a acelerar la concentración e integración de los operadores turísticos, como bien lo han entendido desde hace tiempo las plataformas Airbnb o Booking; y, de resultas, un escenario de mayor precariedad y sujeción para profesiones autónomas y pequeñas empresas.

Al pasar en espacio de unas décadas del bricolaje localizado a la industria globalizada, y del ingenio a la ingeniería, el turismo parece haberse dejado en el camino buena parte de su capacidad de emancipación y de adaptación. Enmarcado como está en un contexto de crecientes desigualdades en el acceso a las vacaciones, su función compensatoria de las frustraciones cotidianas lo convierte en un santuario para el consumo y el consuelo. Como tal, conforma una poderosa máquina de despolitización e individualismo, que toma como modelo la industria de la felicidad (10).



Desde el “descubrimiento” de los acantilados kalimniotas por un escalador griego en 1995, la fisonomía de la isla ha cambiado por completo. Menos favorecida que sus vecinas por el turismo de sol y playa (lejanía, pocas playas de arena), Kálimnos vivió durante mucho tiempo de la pesca de esponjas, actividad en declive desde los años 1960. La escalada ha surgido como la salvación económica de una isla con un turismo en horas bajas. En veinte años, el número de rutas acondicionadas ha dado un salto, pasando de unas cien a más de 3700. Grandes eventos organizados por los fabricantes de equipos deportivos han traído aquí a miles de escaladores, haciendo de la isla un “spot” de fama mundial. Toda su fachada occidental se ha convertido en un paraíso para escaladores (hasta tuvo, un tiempo, una moneda local específica), mientras que el lado opuesto, con un relieve menos vertiginoso, mantiene un rostro más tradicional. Pero, aunque se supone que el turismo deportivo es más “ecorresponsable”, la gestión del agua y de los residuos, así como la degradación de los sitios naturales, siguen siendo cuestiones descuidadas por las autoridades locales. Los escaladores, que hoy en día representan lo esencial de la frecuentación turística, son amantes de lo nuevo y lo suyo son los acantilados secretos. Algunos ya se están alejando de una isla que lo ha apostado todo a esta nueva forma de turismo.

Frente a un alza de contradicciones culturales, medioambientales y económicas, viene a topar, como otros sectores, con el dilema entre una norma “proambiental” y una norma “consumista”: ¿En modo contemplativo o hiperactivo? ¿Inmersión en la naturaleza o parques de atracciones? ¿Bricolajes intimistas o grandes instalaciones de prestigio? ¿Fiestas patrimoniales o clubbing desenfrenado? ¿Convivencia u orgía de masas? ¿Detox digital o wifi en todas partes? ¿Turismo para todos o de lujo? No hay nada cerrado en este juego de contrarios, pero sí son portadores de universos culturales que subyacen a los muchos mandatos contradictorios característicos de las sociedades contemporáneas: ¿acelerar o ralentizar? ¿High tech o low tech? ¿Prefabricado o hecho a medida? ¿Crecimiento o decrecimiento? ¿Hiperconexión o desconexión?

Cambio de paradigma

A nivel local, el turismo desemboca naturalmente en un aquilatado conservadurismo, respaldado en fuertes rentas, especialmente de bienes raíces, que poco favorecen las opciones divergentes o transformadoras. Frente a esta inercia, los usuarios e incluso ciertos operadores son quienes dan muestras de resistirse al hedonismo comercial, oponiendo un anhelo de realización personal a la búsqueda de entretenimiento. El cuestionamiento a los estilos de vida provocado por las crisis repercute en los marcos y códigos construidos por y para el turismo, los desborda e incluso a veces los invierte, con un cambio de paradigma que prioriza el residir sobre el visitar. Se viene percibiendo el runrún de una multipli-

cación de prácticas más o menos explícitas de “renuncia” al turismo: actividades manuales y culturales, jardinería, voluntariado y acciones colectivas, sociabilidad local, meditación, prácticas de “realización existencial”... Los esfuerzos llevados a cabo durante las tres últimas décadas para concebir un turismo más sostenible, responsable, ético y solidario ceden aquí ante la idea de dar un paso más y evadirse del propio turismo. Por lo tanto, más que formas alternativas de turismo, lo que está en juego son alternativas al turismo, pese a los constantes esfuerzos de los operadores por devolver al marco establecido del turismo todo lo que tiende a liberarse de él.

Reconversión turística

¿Pondrá la anunciada crisis económica el remate al decrecimiento turístico impuesto por el confinamiento? ¿Redundará en una mejora para las categorías sociales privilegiadas, reservándoles la experiencia de acceder a sitios en los que se haya descartado el turismo de masas? A no ser que la crisis consagre un repliegue a “lugares refugio” aburguesados, donde la promoción inmobiliaria ya no necesitará del turismo para ofrecer inversiones seguras en un mundo incierto. Si localmente se llega a considerar que es preferible acoger a residentes de forma anual, en lugar de ir cada vez más lejos a buscar turistas según un modelo económico y medioambiental insostenible, queda planteada la cuestión de la reconversión de los sitios turísticos. A medio camino entre la inventiva centrífuga de las prácticas, que tienden a alejarse de los lugares más fre-

countados, y la necesaria reorientación de las políticas de lo que aún se denomina “turismo”, parece imprescindible debatir esta cuestión, también a nivel local (11). ■

1. Michel Lussault, “Le Monde du virus, une performance géographique”, AOC, 14 de abril de 2020, www.aoc.media
2. Véase Abraham Moles y Elisabeth Rhomer, *Psychosociologie de l'espace*, L'Harmattan, París, 1998.
3. Hartmut Rosa, *Rendre le monde indisponible*, La Découverte, París, 2020.
4. Véase Philippe Bourdeau y Florian Lebreton, “Les dissidences récréatives en nature: entre jeu et transgression”, 28 de octubre de 2013, www.espacestemp.net
5. Véase Joël Henry, *Guide du voyage expérimental*, Lonely Planet, París, 2006.
6. “Tourisme, rebondir vite et loin, 34 propositions pour que vive le tourisme français”, Grupo de parlamentarios socialistas y afines en la Asamblea Nacional francesa.
7. Véase, por ejemplo, “Des solutions pour guérir le tourisme”, sitio web de la Organización Mundial del Turismo, www.unwto.org
8. Evgeny Morozov, *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism*, PublicAffairs, Nueva York, 2014.
9. Hartmut Rosa, *Alienación y aceleración*, Katz editores, Buenos Aires, 2016.
10. Véase Eva Illouz y Edgar Cabanas, *Happygracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Planeta, 2019.
11. Véase los “Estados Generales” de la transición del turismo de montaña, organizados por un colectivo ciudadano en todos los macizos montañosos en noviembre de 2020, www.eg-transitionmontagne.org.

*Profesor en el Instituto de Urbanismo y de Geografía Alpina de la Universidad de Grenoble-Alpes.

Un escritor, un país

Babel joven e inocente

por Yan Lianke*

Yan Lianke, uno de los escritores más oníricos de su tiempo, se apodera de los males de la sociedad china, arriesgándose a veces a la censura en su propio país. Pero no cede un ápice de su compromiso, su humor y su pluma. En ocasiones, quien revela la verdad –o la simple realidad– lo paga con la muerte, como en este cuento escrito especialmente para *Le Monde diplomatique*.

El niño iba al pueblo.

Hacia el este, al amanecer del día siguiente.

Las vacaciones de verano brotaban como el sudor. El día anterior, la última clase fue muy simple, cual problema de matemática resuelto tras la lectura del enunciado.

Fin de la clase.

Empezaban las vacaciones.

El niño se precipitó fuera del aula. En la entrada de la escuela, la cartelera estaba llena de papelitos. En uno se leía: “Querida X, te amo tanto que todas las noches me veo obligado a satisfacerme a mí mismo”. En otro: “¡Zhang, todavía no me devolviste los tres yuanes que te presté este semestre!”. Entre todos esos papeles, había uno, color rojo oscuro, que tenía escrito, con una lapicera de trazo negro y grueso, una frase desconocida, en inglés:

“*I fuck your mom*”.

Esta secuencia de letras lo impactó como si una bandada de gansos salvajes se estuviera lanzando directamente sobre él. Llevó los pájaros a su casa. Dejó la mochila y se fue al fondo del pueblo, a lo del maestro de la escuela. El maestro estaba alimentando a los cerdos. El niño le dio el papel rojo; el maestro lo leyó, se sonrojó y luego hizo tres comentarios:

—Realmente no sé lo que significa esta frase. Pero tampoco vale la pena ir a preguntarle a otra persona; de cualquier manera, el semestre que viene vas a pasar de grado y vas a aprender inglés.

El tercer comentario fue solo una recomendación insistente, mientras agarraba al niño que se volvía a su casa:

—¡Ey! Hagas lo que hagas, no le preguntes a nadie, ¡estoy seguro de que no es una frase linda de escuchar!

El niño tenía aun más ganas de averiguarlo. Aun más ganas de saber qué significaba “*I fuck your mom*”. Al día siguiente, decidió ir al pueblo para preguntarle al profesor de inglés. Se levantó temprano, tomó el desayuno que su mamá le había preparado, el dinero de bolsillo que su papá le había dado y, mientras el sol apenas izaba su bandera, se fue de la casa. Caminó unos *lis* (1), tomó la ruta de la cima montañosa y esperó, al pie de una antigua sófora, un colectivo rural. En ese momento, un grupo de vaquitas de San Antonio pasó frente a él, tan rápido como un rayo, y luego le revolotearon algunas mariposas. Mientras las miraba, pensó que sería mejor ir caminando. A pie, uno puede observar el paisaje. Y así partió, tranquilamente, hasta la entrada del pueblo. Al llegar, le pareció abrazar el Ideal. Edificios, casas nuevas y el pórtico sobre una gran aveni-

da. Los restaurantes a lo largo, los puestos y los feriantes rondando. Este era su destino. Aunque agotado, la sola idea de encontrar pronto al profesor de inglés le quitó el cansancio. Sacó el papel rojo de su bolsillo, lo miró y, cerciorado de que el papel con la frase “*I fuck your mom*” todavía estaba allí, pasó el pórtico. A unos diez metros de distancia, vio a una joven que vendía polleras. Le preguntó si sabía dónde vivía el profesor de inglés; ella le respondió que no. En ese mismo instante, apareció un joven detrás de ella, con una valija de polleras en brazos, que apoyó en el suelo antes de preguntarle:

—¿Estás buscando al señor Zhao, el profesor de inglés de la secundaria?

El niño abrió los ojos de par en par.

—Es mi primo.

Añadió que era inútil buscarlo en su casa, que al ser día de mercado, el profesor Zhao seguro estaba en el Mundo del electrodoméstico, en la segunda avenida. Lo mandó al niño a que fuera allí. El niño dudó, pero finalmente se dirigió al lugar indicado: una larga avenida de dos *lis*, al final de la cual encontró el negocio. Allí estaba, de hecho, el profesor de inglés. Él era el dueño y, aunque su hermano y su cuñada solían atenderlo, el señor Zhao se instalaba detrás del mostrador durante las vacaciones escolares. Era un hombre de cuarenta años, de estatura media, vestido con una camisa blanca, el cabello corto peinado a cepillo, zapatos de cuero sucios y arrugados, y un jean atemporal, exactamente como cuando iba al colegio. El negocio tenía tres piezas con estanterías repletas de vaporeras eléctricas, pavas, bombitas de luz, enchufes, etc. En el piso, a lo largo de las paredes, había televisores de todos los tamaños, hechos en China e importados. Un adolescente, un poco más grande que nuestro protagonista, iba y venía delante del mostrador, sin nada que hacer. El profesor de inglés hablaba con una pareja de ancianos frente a un gran aparato, cuyo precio estaban discutiendo.

El niño entró.

Se quedó tímidamente en la puerta. No avanzó, esperando pacientemente que el profesor y los ancianos terminaran su conversación. Finalmente, la pareja rechazó la oferta, el profesor los acompañó hasta la salida, se dio vuelta y le preguntó al niño que lo miraba sonrojado:

—¿Quieres comprar algo?

—Soy del colegio del pueblo.

Le dio el papel doblado en un cuadradito y agregó:

—Quería preguntarle qué significa la frase que está escrita en inglés en este papel.

El profesor agarró el papel, lo desdobló. Se puso un poco pálido y su rostro se crispó. Le preguntó al chico quién le había escrito eso. El chico le respondió que había visto esa nota el día anterior, antes de empezar las vacaciones, en la cartelera de la entrada del colegio.

El profesor lo miró fijo a los ojos y le preguntó de nuevo:

—¿De verdad no sabes qué significa esta frase?

—Recién el semestre que viene empiezo las clases de inglés.

El profesor le devolvió el papel.

—Bueno, entonces tendrás tu respuesta el semestre que viene.

El chico se negó a agarrar el papel, subió un poco la voz e insistió:

—Vine aquí especialmente para hacerle esta pregunta, ¡caminé veinte *lis*!

El profesor se mostró dudoso, fijó sus ojos, absortos, en el rostro del niño:

—¿Veinte *lis*?

—Veinte *lis*.

El niño se contentó con esta última respuesta. Vio en su rostro que el profesor estaba sorprendido y desconcertado, por lo que agregó: “También vine al pueblo para comprarme algunos libros”.

Aliviado, el profesor le acarició la cabeza y le dijo: “Ya que tienes que ir a la librería, compra también un diccionario inglés-chino, allí encontrarás lo que significa esta frase”. Y agregó: “No tengo mi diccionario acá, la verdad es que no sé cómo traducirte correctamente esta oración”. Zhao parecía arrepentido y hablaba con una sonrisa confusa y lívida en los labios. Luego, dobló el papel y se lo puso al chico en la mano.

El niño salió del negocio un poco perdido y se detuvo, desconcertado, en la puerta. En la calle, una marea humana iba hacia el mercado, el calor del mes de junio se intensificaba y los vapores de sudor ardiente se impregnaban en la gente. Dudó y caminó lentamente por la avenida hacia la librería. De repente, apareció alguien detrás de él y le tocó el hombro.

Se detuvo. Se dio vuelta. Era el adolescente que acababa de ver en el negocio. Cinco centímetros más alto que él y, en apariencia, tres o cuatro años más grande.

“Yo sé lo que significa la frase que le mostraste al profesor Zhao”, dijo, extendiendo la mano para que le diera el papel rojo oscuro. El niño se lo dio. El grande lo desdobló y su cara se iluminó con una extraña sonrisa:

—Te digo lo que significa la frase si me compras una sandía.

El chico lo miró fijamente.

El grande echó un vistazo alrededor y lo llevó hasta el borde de la avenida. Allí había un puesto de sandías. El vendedor estaba justo descargándolas y apoyándolas en el suelo. En una mesa que estaba frente a su vehículo, una fruta que acababa de ser cortada resplandecía como cuando el sol se eleva sobre los montes. El adolescente eligió hábilmente una sandía del puesto, se la dio al vendedor para que la pese, dejó que el chico pagara tres yuanes y veinte centavos, y luego lo corrió a un lado. Miró el papel una vez más y, con voz pausada, dijo:

—Esta frase significa: “Yo me cojo a tu mamá”.

El niño lo miró con un aire de asombro, un aire de incompreensión.

El grande repitió muy seriamente:

—¡De verdad! ¡Significa “Yo me cojo a tu mamá”!

Por miedo a que el niño no le creyera, volvió a leer la frase en inglés y repitió por tercera vez la traducción “Yo me cojo a tu mamá”. El chico simplemente siguió mirándolo, con un ligero temblor en la comisura de los labios, y cuando el grande le extendió el papel para devolvérselo, se dirigió a la mesa, agarró el cuchillo del puesto de sandías y se lo clavó, de golpe, en el estómago. Todo sucedió tan rápido que nadie tuvo tiempo de darse cuenta. El grande no sintió dolor, mostró cierta sorpresa frente al giro que habían tomado las cosas, emitió un leve “¡Ay!”, soltó la fruta y se desplomó en el suelo, de rodillas. El piso se tiñó con un charco rojo, que no se sabía si era de sangre o de jugo de sandía.

Inmediatamente después de clavarle el cuchillo, el niño se alejó, sin mucho apuro. Se corrió del borde de la avenida y se fundió en la marea humana en lo que una gota, desde un toldo, tarda en caer al piso.

Era junio, el calor era cada vez más ardiente. La gente transpiraba un olor fétido. A la hora del almuerzo, el chico se tomó un colectivo para volver a su casa. Sus padres, que estaban comiendo en el patio, le preguntaron por qué había vuelto tan temprano, ¿no había ido al mercado? El niño respondió que había mucha gente en el pueblo, que no valía la pena, y se metió en la cocina para buscar un vaso de agua bien fría que tomó con avidez. Cuando volvió al patio frente a sus padres, un ruido gélido y estridente retumbó desde la entrada del pueblo: el silbato de los policías en moto. Se escuchaba también el ruido de los pasos de los aldeanos que corrían detrás. Las motos parecían ir hacia allí. Su padre y su madre se alarmaron, pero el niño, con una nube blanca en la cara, sintió cómo saltaba en su cabeza una serpiente de palabras en inglés que había aprendido unos días antes. Luego, con una sonrisa falsa, dijo en inglés:

—*Dad, mom: I love you!* (2)

Pekín, 20 de mayo de 2020 (3)

1. El *li* es una unidad de longitud china que equivale a 500 metros [N. de la T.].

2. “Papá, mamá: ¡los amo!” [N. de la R.].

3. La pronunciación en chino de esta fecha es muy parecida a la de “Je t’aime” [Te amo] en francés. Con el desarrollo de internet, los chinos tienen como costumbre, desde hace ya algunos años, expresar su amor o afecto todos los 20 de mayo [N. de la T.].

*Escritor. Entre sus obras principales se encuentran *Servir al pueblo* (Maeva, Madrid, 2018), *Viaje a Xibanya. Escritores Chinos cuentan España* (Siglo XXI Editores, Madrid, 2010) y *El sueño de la aldea Ding* (Automática, Madrid, 2013). Este texto ha sido traducido del chino (mandarín) al francés por Brigitte Guilbaud.

Sobre
ética
y economía

Amartya
Sen
Alianza
editorial



Sobre ética y economía

Amartya Sen.
Alianza editorial, tercera edición 2020,
168 páginas.

Esta es una nueva edición de las conferencias que dictó Sen en 1986, hace más de tres décadas, pero se leen disfrutando a un filósofo y economista siempre agudo. Sen hace filosofía de la Economía, de los problemas que enfrenta y cómo lo hace. Finalmente, se trata de problemas universales de una Economía que se debe preguntar ¿Cómo quieres vivir? Es evidente que se queja de una economía que, desde los 80', se ha olvidado de su origen y sus preguntas básicas. Nos remite a Aristóteles y como este relaciona la Economía con la política y el problema de ricos y pobres y, a continuación, nos pide que hagamos economía con pasión, y no dejando de lado los intereses humanos.

Pasa revista a los Estados de Bienestar; su origen común en el debate utilitarista y su gran diversidad de matices en la realidad.

No olvidemos que en nuestra América los intentos bienestarristas y la “**vía no capitalista de desarrollo**”. Sen nos muestra los difíciles problemas filosóficos de este debate; la *teoría de juegos*, los problemas de *agencia* y los de la *acción*. Por cierto, sabemos que este debate en Latinoamérica significó importantes avances democráticos (sindicalización campesina y organización de la mujer, entre otros), pero no pudo contener una exigencia creciente de cambios sociales más profundos. A pesar de todo, es evidente que su mayor lastre eran las debilidades de su proyecto transformador; un bienestarrismo *utilitarista* y las limitaciones de Estados, desde la colonia, al servicio de capitalistas y terratenientes, que nunca cedían gratuitamente sus intereses en beneficio de la mayoría.

En un notable pasaje, adelanta los Estados de bienestar de “**derechos humanos fundamentales**”, que hoy consideramos exigibles; debate que comenzó en la década siguiente, y que hoy está muy latente, en el contexto de la pandemia, en el lento y necesario tránsito a un *bienestarrismo* de derechos en todo el continente.

Presenta su argumento de la capacidad, que después de recibido el Nobel, desarrollara con más extensión: “**la capacidad concierne a la vida humana, no exactamente a la manera como las vidas humanas suceden de hecho, sino al grado de libertad de que se dispone para llevar otro tipo de vida**”.

Nos pide que recordemos siempre “**la relación de ética y economía**”. Por cierto, nunca precisa qué quiere decir con esto pues, al parecer, no quiere perder tiempo en debates que siempre considera innecesarios, este juicio lo acompaña hasta hoy.

Estamos frente a un libro muy bien escrito por un filósofo y economista serio. Se lee rápido y sin desperdicio. Nos va mostrando las lecturas que podemos hacer, para profundizar aspectos importantes y que abordó en otros textos. Me quedo con sus sutilezas para enfrentar la utilización de la teoría de juegos en economía. Un libro muy útil y necesario. ♦

Gonzalo Rovira



El Museo Imparable

Roc Laseca
Ediciones Metales Pesados, 2015, 91 pp.

El Museo Imparable describe el estado actual de la cuestión museal, dando cuenta de aquello en lo que han devenido los museos (ese invento del s. XIX), pero también de lo que tiende a ser hoy todo museo. Para ello Laseca asume como paradigma *La ciudad genérica* de R. Koolhaas: “La Ciudad Genérica es lo que queda después de que grandes sectores de la vida urbana se pasaran al ciberespacio”. Se trata del destino de la ciudad en un mundo globalizado tardocapitalista: sin centro, “liberada del corsé de la identidad”, sin historia, pero con una potente voluntad de “elaborar la operación mítica de exaltar su pasado y ofrecer garantías de una peculiaridad de barrio que vincule su revenida autenticidad con el resto del tejido anómico del lugar”. Esa peculiaridad –que no es *lo otro*– es la misma de todo barrio, y por lo tanto es una “peculiaridad genérica”, en este sentido no es sino una mera repetición de lugares comunes. Pero no se trata sencillamente del avance planetario de un mundo hecho a imagen de las grandes corporaciones, pues “la audacia de este modelo radica en haber convertido en expectativa para sus habitantes la sedación potencial que despliega su superficie”. Podríamos decir que “las víctimas” de la ciudad genérica aspiran a serlo, reivindicando dicho movimiento como una “agencia”, una acción en la ruta de un supuesto, y nunca delineado, “proyecto progresista”. La generalización –sostiene Laseca– se ha convertido en motivo de orgullo. “La aspiración de toda ciudad ahora no es tener un museo, sino tener un museo anónimo” (pp. 34-35).

En efecto el Museo Imparable implica una lógica mundial de construcción de un imaginario anónimo, lo propio del este museo es la ocultación y el deslumbramiento y, por lo tanto, justamente la forma contraria a la aspiración de una musealidad genuina dirigida al despliegue estético de la imagen local. El carácter “imparable” del museo dice relación con la velocidad y formas atropelladas de su avance, pero también con la dificultad para resistirlo, pues no es tan sólo una forma homogeneizada que se expande, sino que también es un dispositivo de “sedación” política, en la medida que, con la seducción de los modos en que muestra (aprendidas rápidamente por los actores locales, pues son con las que se consiguen fondos de financiamiento), disuelve y despolitiza lo local, no obstante “se muestre”. Ya no estamos sólo en el tiempo de la musealización de la vida, de la expansión de museos por todas partes, sino del avance del mismo museo en todas partes. “Es el museo de todos que aspira a gestionar la indiferenciación estética. Ha nacido el Museo Imparable” (p. 19). Frente a ello se impone una repolitización por vía de su relocalización, con unos programas particulares y sin recetas. ♦

Pablo Aravena Núñez



Interculturalidad(es) y migraciones Desafíos desde una ciudadanía emergente

Sonia Brito, Lorena Basualto y Ruth Urrutia (editoras)

Editorial Aún Creemos en los Sueños,
Le Monde Diplomatique y Universidad
Autónoma de Chile, julio 2020, 260 pp.

“*Porque la interculturalidad permite la emergencia de un alma consciente cuando se respeta integralmente la dignidad humana dado que es un proceso de encuentro entre las culturas que muestra bien que el porvenir se juega en un cruce del diálogo y del intercambio cultural. Este libro no solo es un aporte. Es un libro necesario*”. Las palabras de María Emilia Tijoux anuncian el objetivo de este trabajo colectivo: reflexionar sobre lo que puede significar hoy la interculturalidad en nuestras sociedades globales, habitadas por varias culturas y sujetas a cada vez más migraciones.

Al contrario de los conceptos de multiculturalismo y asimilación que buscan empoderar algunos grupos minoritarios mediante la discriminación positiva o integrarlos completamente a la cultura hegemónica, la interculturalidad se enfoca en las relaciones que existen entre estas culturas, y propone cambiarlas y las percepciones generadoras de discriminación hacia las minorías por parte de la mayoría. Desde ese punto de vista, la interculturalidad no es solo la coexistencia, sino la convivencia entre grupos culturales diferentes mediante el respeto y la valoración de la diversidad.

Este libro se presenta bajo la forma de una reflexión distribuida en tres partes. La primera siendo más conceptual y reflexiva en torno a las acepciones existentes de la(s) interculturalidad(es), con un enfoque en las posibilidades que ofrece la “Hipermodernidad” para la aceptación de la otredad. Luego, desde la promoción de una educación física intercultural hacia la problematización de la ciudadanía en el marco de la interculturalidad, pasando por la necesaria educación intercultural de los profesionales de la salud; las y los autores emiten varias sugerencias en cuanto a los profundos cambios educacionales que hoy parecen indispensables para avanzar como sociedad. El último capítulo se centra en el desarrollo de la interculturalidad en los territorios, mediante el análisis de casos particulares de espacios de interculturalidades, con sus éxitos y fallas. Se desarrollan los ejemplos de las escuelas multigrado e intercultural en la Araucanía y de los lugares de educación terciaria en Nueva Zelanda, dirigidos hacia la transmisión de la cultura maorí, los cuales presentan posibilidades de transmisión y valoración de las culturas originarias dentro del marco neoliberal. En cambio, el cuento del camino entre vergüenza, resistencia y valoración cultural de los gallegos en Chile da cuenta de la exclusión cultural existente.

Finalmente, estos artículos son tantas proposiciones de búsqueda y construcción de un camino hacia sociedades donde el otro no es visto como una amenaza exterior, sino como una posibilidad de enriquecer su propia identidad. ♦

Caroline Chambon



¿Existen alternativas a la racionalidad capitalista?

Crisóstomo Pizarro Contador
Ediciones Universitarias de Valparaíso
(PUCV), Chile 2020, 522 páginas.

Las crisis se han ido superponiendo una encima de la otra, sus desarrollos particulares estimulan a las otras, mientras sus efectos golpean con dureza inusitada a las sociedades. No importa el continente, ni el tamaño de los territorios o de la población. La crisis es global. El telón de fondo es el capitalismo global en sus formas más salvajes, los niveles de desarrollo y profundidad de los modelos neoliberales, la volatilidad de los mercados, la extracción sin límites de los recursos naturales, la codicia sin fronteras, la opresión de poblaciones y pueblos, la estrechez democrática... y la lista es larga.

El abogado, cientista social, consultor internacional y académico Crisóstomo Pizarro Contador, desde Valparaíso, ofrece una maciza obra para el debate y la reflexión en su más reciente libro, que titula con una gran pregunta y una propuesta: “¿Existen alternativas a la racionalidad capitalista? La crisis del capitalismo y otra manera de vivir y pensar”. A lo largo de las más 500 páginas de la publicación, Crisóstomo Pizarro da respuesta a la interrogante. Cita a decenas de intelectuales y representantes del pensamiento crítico actual, que junto a los propios aportes del autor van configurando una contundente afirmación: Existen las alterativas, en momentos de crisis agudas es posible pensar lo impensable y, por cierto, se pueden empujar los cambios.

“No estamos condenados a aceptar -dice el autor- este orden-desorden. Queremos, podemos y debemos imaginar otra manera de vivir y pensar más acorde con nuestras más apreciadas intuiciones acerca de lo que podríamos denominar una sociedad justa y buena, menos desigual y más democrática y, en consecuencia, no sometida a la racionalidad capitalista”.

El libro alerta sobre los impactos de la crisis climática, quizás la más compleja y menos “manejable” por la tardanza de los gobiernos del mundo para adoptar medidas de mitigación. Menos cuando el planeta entra en una recesión cuyos efectos aún están por verse, gatillada por la crisis sanitaria más grave del último siglo. La suma de todas las crisis adelanta -como ya se ve en Chile, en el continente y el mundo- una profunda crisis social, que cuestiona las bases del modelo. En todo el planeta hay quienes se hacen la misma pregunta que plantea Crisóstomo Pizarro: ¿Hay alternativas? ♦

Libio Pérez

Gabriel Salazar

Historia del Municipio y la soberanía comunal en Chile, 1820-2018

Editorial Universitaria, 2019, 527 páginas.

Historia del Municipio y la soberanía comunal en Chile, 1820-2018

Gabriel Salazar, Editorial Universitaria, 2019, 527 páginas.

Hoy cuando es inminente cambiar y repensar las sociedades que habitamos, conocer cómo se han establecido los poderes locales es fundamental. Gabriel Salazar nos propone una historia de los municipios en Chile, desde su fundación hasta la actualidad.

Si el Estado nacional "debe -por ser un componente vertebral del derecho humano a la soberanía- tener "legitimidad", entonces debería contener y expresar, en su estructura constitucional y en su práctica administrativa, la voluntad soberana de las comunidades locales que componen el cuerpo vivo de la nación. En la sociedad chilena esta premisa, propuesta desde el inicio en el libro, nunca se ha verificado. Los poderes locales, desde la perspectiva del gobierno administrativo y político, se han construido desde el Estado, que como ya lo ha demostrado el mismo autor, es un Estado centralizado y no constituyente desde el pueblo soberano: Ni en la coyuntura constituyente de 1833 (dictador violento Diego Portales) ni en la del 1925 (dictador solapado: Arturo Alessandri Palma), ni en la de 1980 (dictador violento Augusto Pinochet). Desde la abolición de los Cabildos en 1830, estructura comunal de gobier-

no colonial, hasta hoy, la disputa por el espacio local, es una disputa político administrativa determinante para el ejercicio del poder que se ha dado desde las estructuras centrales y centralizadas del Estado, sin tener en cuenta la participación ciudadana en el ejercicio del poder, la ciudadanía solo es consultada para un voto a favor o en contra de personas o partidos cada cierto tiempo, pero no pueden decidir sobre el quehacer comunal ni siquiera el cumplimiento de lo que ofrecen al momento de las elecciones. Es esta disputa político social estratégica que el autor historiza, escudriñando los debates parlamentarios, los discursos a través de la prensa, las resoluciones oficiales, así como las propuestas de los partidos en la formación de los municipios, entre otros documentos, para establecer una soberanía que denomina *enjaulada*. Conocer la historia de los municipios, las ideas en torno a las que se han ido construyendo y las disputas locales y nacionales, nos permite entender la brecha que se ha abierto en tiempos de pandemia entre los poderes municipales, especialmente los alcaldes, con respecto a las decisiones centralizadas del gobierno político que busca preservar contra viento y marea el sistema de dominación neoliberal que ha llevado al país a la revuelta más importante del siglo XXI, que busca nuevos derroteros impuestos por el Covid-19, que no ha hecho más que develar con más crudeza la desigualdad y las discriminaciones de la sociedad chilena. En los ejemplos históricos de resistencia a la construcción jerárquica y centralizada de los municipios, el autor da cuenta de lo que llama las batallas de Maipú, por consolidar el poder popular, o más recientemente por la lucha por el control del agua potable en contra del Estado empresario, lucha social y comunal de relevancia histórica del presente y el futuro de los cambios sociales y políticos que deberían llevarnos a la Asamblea Constituyente y al cambio de Constitución desde la base de la sociedad. ♦

Margarita Iglesias Saldaña

¡Súmate ya!, a la COMUNIDAD DE LECTORXS LOM

Tenemos 4 modalidades de suscripción,
elige la tuya y recibe tu libro en casa.
Despacho gratuito.



Suscríbete en
www.lom.cl

 LOMediciones
  @Lomediciones
  @lom_ediciones

Ediciones Espartaco

<p>Carlos Marx Federico Engels</p> <p>MANIFIESTO COMUNISTA</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>Mijaíl Bakunin</p> <p>Textos anarquistas</p> <p>-EL PATRIOTISMO -LA COMUNA DE PARÍS Y LA NOCIÓN DE ESTADO</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>Mao Tse-tung</p> <p>SOBRE LA CONTRADICCIÓN</p> <p>FORMA EL TRATAMIENTO CORRECTO DE LAS CONTRADICCIÓNES EN EL SENDO DEL PUEBLO</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>LENIN</p> <p>EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>SALVADOR ALLENDE</p> <p>LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO</p> <p>-LA EDUCACIÓN -LA NACIONALIZACIÓN DEL COBRE -LA ESTABILIZACIÓN DE LA BANCA -ULTIMO DISCURSO</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>MIGUEL ENRÍQUEZ</p> <p>TEXTOS FUNDAMENTALES</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>TROTSKY</p> <p>PROGRAMA DE TRANSICIÓN</p> <p>LA ASOMBA DEL CAPITALISMO Y LAS TAREAS DE LA IV INTERNACIONAL</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>
<p>Alexandra Kollontai</p> <p>LAS RELACIONES SEXUALES Y LA LUCHA DE CLASES</p> <p>EL COMUNISMO Y LA FAMILIA</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>Piotr Kropotkin</p> <p>LA MORAL ANARQUISTA</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>GRAMSCI</p> <p>ESCRITOS JUVENILES</p> <p>Introducción: Jaime Massardo</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>ROSA LUXEMBURGO</p> <p>REFORMA Y REVOLUCIÓN</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>ALBERT EINSTEIN FEDERICO ENGELS CLARA ZETKIN JEAN JAURES</p> <p>SOCIALISMO Y COMUNISMO</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>FLORA TRISTÁN</p> <p>TRES TEXTOS DE UNA FEMINISTA DEL SIGLO XIX</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>VÍCTOR SERGE</p> <p>4 TEXTOS HISTÓRICOS</p> <p>INCLUYE EL "TESTAMENTO POLÍTICO" TRABAJO GRUPO EUROPEO DE LA REVOLUCIÓN RUSA</p> <p>PRESENTACIÓN DE CARMEN CASTELLÓ</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>
<p>GABRIEL SALAZAR</p> <p>MANIFIESTO COMUNISTA LIBERTARIO</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>FIDEL CASTRO</p> <p>PRIMERA DECLARACIÓN DE LA HABANA</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>LUIS EMILIO RECABARREN</p> <p>PROYECTO DE CONSTITUCIÓN PARA LA REPÚBLICA FEDERAL PROCLAMADA EN CHILE Y OTROS TEXTOS</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>FEDERICO ENGELS</p> <p>EL PAPEL DEL TRABAJO EN LA TRANSFORMACIÓN DEL MONO EN HOMBRE</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>	<p>LOUISE MICHEL</p> <p>LA COMUNA DE PARÍS</p> <p>HISTORIA Y RECUERDOS</p> <p>EDICIONES ESPARTACO</p>		

Libros digitales \$2.950 en: www.editorialauncreemos.cl

Selección de artículos de
LE MONDE
diplomatique



Últimos textos de **LUIS SEPÚLVEDA** en Le Monde Diplomatique

Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS



Nuevo libro

Últimos textos de **LUIS SEPÚLVEDA** en Le Monde Diplomatique

Este libro lo preparamos con Luis Sepúlveda a comienzos de febrero de 2020 con la idea de presentarlo cuando viajara a Chile en el transcurso del año, pero la pandemia quiso otra cosa. El 29 de febrero Luis fue internado en el Hospital Universitario Central de Asturias (HUCA) donde, a pesar de todos los esfuerzos, falleció el 16 de abril.

Con profundo dolor despedimos a nuestro compañero Luis Sepúlveda Calfucura, escritor y amigo, miembro del equipo de *Le Monde Diplomatique* y de la editorial Aún Creemos en los Sueños, en cuya inauguración, el 16 de abril de 2002 en la Biblioteca Nacional, pronunció un discurso, que transcribimos en anexo en este libro, el décimo que publicamos con sus crónicas.

Este nuevo libro, con los últimos textos de Luis Sepúlveda publicados en su blog, en www.lemondediplomatique.cl, es un homenaje a él y a su compañera, la poeta Carmen Yáñez, así como a sus hijos Carlos, Paulina, Sebastián, Max, León y Jorge.

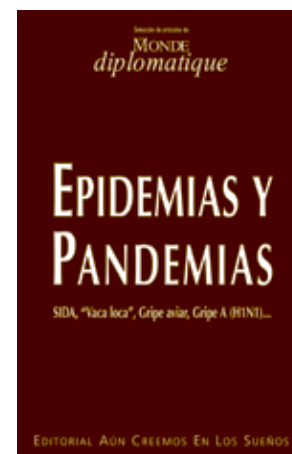
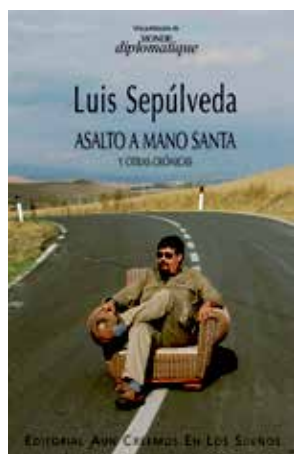
Para nosotros además de rendir homenaje a un gran escritor lo hacemos a un fiel amigo y compañero, que nos acompañó desde el comienzo en esta aventura que ha sido publicar *Le Monde Diplomatique* en Chile. Despedimos a un hombre generoso y talentoso, un contador de historias, que puso su saber al servicio de los demás.

Luis Sepúlveda fue un magnífico escritor y un ciudadano comprometido con las grandes causas revolucionarias, siempre al lado de las luchas sociales y ambientales con la pasión de los que creen que otro Chile y otro mundo son posibles. Sus últimas crónicas, referidas a la rebelión chilena y publicadas en este libro, son reflejo de aquello.

Víctor Hugo de La Fuente

Disponible por ahora solo en versión digital a \$2.950 en:
<https://editorialauncreemos.cl>

Libros digitales en venta a \$2.950



Libros digitales en venta en:

<https://editorialauncreemos.cl/categoria-producto/sin-categoria/libros-digitales/>